



Lucha
por lo
que
amas

Serie Australia

Sophie Saint Rose

Lucha por lo que amas

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Su compañera se acercó a su mesa con un montón de catálogos. —Blondelle, Matthew quiere verte.

Levantó la vista del teclado. —¿Ahora?

—Sí, y no tenía muy buena cara —dijo como si estuviera encantada de la posibilidad de que le echara la bronca.

Sonrió con burla. —Gracias por el recado, Frígida.

—Es Brígida.

Se levantó mostrando su ajustado traje gris y se estiró la chaqueta pasando a su lado. —¿De veras? Que mala memoria tengo. —Dio un golpe con su hermosa melena rubia y caminó con paso firme hacia el despacho del jefe sabiéndose observada. Sería bruja, no la había tragado desde que había entrado a trabajar allí hacía ya un año y no le había dado ni una sola oportunidad de conocerla. Siempre estaba con bromitas estúpidas e insinuaciones maliciosas, pero con ella lo llevaba claro, no pensaba pasarle ni una y le daba igual que le hubiera puesto en contra a toda la oficina.

Llamó a la puerta y miró hacia sus compañeros que mirando de nuevo sus mesas disimularon que cotilleaban. Serían idiotas.

—Adelante.

Abrió la puerta y sonrió a su jefe. —¿Me has llamado?

—Sí, Blondelle. —Su jefe parecía agobiado. —Tenemos un problema.

Se acercó a toda prisa y le miró fijamente con sus hermosos ojos verdes demostrándole que el trabajo se lo tomaba muy en serio. —¿Qué ocurre?

—A Robert le ha dado un infarto.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Qué? ¿Está bien?

—Todavía no lo sabemos. Su esposa está con él en el hospital, pero el problema es otro.

—Tenía la reunión en Australia.

—Exacto. Tenía la reunión con Malloy pasado mañana. Intenta ponerte en contacto con ellos, ¿quieres? Con el cambio de horario y todo el trabajo pendiente no sé cuándo llamar.

—Yo me encargaré y concertaré una cita. ¿Quién va? —Cruzó los dedos porque esa era una cuenta buenísima.

Agobiado negó con la cabeza. —Ni idea. —Entrecerró los ojos. —Conoces toda la maquinaria.

—Sí, jefe.

—Y viviste en un rancho cerca del Paso, ¿no es cierto?

—Sí, me crié en un rancho.

—Pues irás tú. Convénceles de que cambien su maquinaria. Si hay suerte serán unos dos millones de dólares que no debemos desaprovechar.

Casi chilla de la alegría. Le estaba dando el trabajo del mejor vendedor de la compañía y eso era un salto enorme en la empresa. —Le convenceré.

—Perfecto. Ponte con ello. Que Rose cambie los billetes. Tráeme resultados. Los jefes no están nada contentos con las ventas de este año.

—Enseguida me pongo con ello. —Se volvió y cuando iba a salir se detuvo. —Había pensado...

—¿Sí? —preguntó él ya distraído con unos papeles que tenía en la mano.

—Que ya que estaré allí y el billete es tan carísimo, podía visitar un par de ranchos más. Según tengo entendido hay otros dos que podrían interesarnos.

Él frunció el ceño y levantó la vista hasta ella. —¿Tú crees...?

Se acercó de nuevo. —Si los consigo, puede que doblemos ganancias y solo sería una semana más, dos como mucho. Merecería la pena. Además, podríamos usar el mismo barco para trasladar las cosechadoras y los tractores.

Los ojitos castaños del hombre brillaron. —¿Ves posibilidades?

—Si no lo intento seguro que no lo voy a conseguir.

—Tienes razón, ¿por qué no aprovechar la oportunidad ya que tenemos que trasladarnos hasta allí? Buen trabajo, Blondelle. Consigue estas ventas y te nombraré directora del departamento.

Se le cortó el aliento. —¿El puesto de Robert?

—Le queda un año para jubilarse y después de esto no creo que vuelva. Ya veremos, pero te garantizo que si consigues esas ventas, cuando se vaya el puesto será tuyo.

—Gracias por la oportunidad. Gracias, gracias.

—Quiero resultados.

—Los conseguiré para ti. Me dejaré la piel, te lo juro. —Salió de allí antes de que se arrepintiera y casi corrió hasta la mesa de Rose. —Tienes que cambiar los billetes de Robert a Australia y ponerlos a mi nombre.

—¿Y eso por qué?

Gruñó por dentro. —Matthew me envía a mí. ¿Puedes hacerlo? Tengo que irme cuanto antes.

Chasqueó la lengua como si fuera muy pesada antes de coger el auricular del teléfono. —

Veré qué puedo hacer.

Apoyó las manos sobre la mesa. —Mira, como me jodas con los billetes, voy a volver y pegarte tal paliza que no podrás levantarte de la cama en una puñetera semana. Estoy hasta los ovarios de tu actitud cada vez que te pido algo. Eres una secretaria y este es tu trabajo. Si no te gusta dimite, pero deja de dar por saco. Cambia los billetes y cierra la boca. ¿Me has entendido? —preguntó fríamente.

Asustada por su mirada asintió y Blondelle fue hasta su mesa sintiéndose observada. Levantó la vista. —¿Qué? ¿No tenéis trabajo? ¡Pues deberíais vender algo que para eso os pagan! —Reunió los nuevos catálogos de ventas y cogió el maletín para meterlos dentro antes de agarrar su bolso. —Que debería daros vergüenza lo poco que habéis vendido.

La miraron con rabia porque era la que más había vendido en la empresa y no había más que mirar el gráfico donde sobrepasaba y mucho a todos en objetivos. —¡A lo mejor en lugar de cotillear y criticar tanto, deberíais estudiaros mejor las características de la maquinaria que tenéis que ofrecer y saber destacar los puntos fuertes que tiene nuestro muestrario frente a la competencia! —Fue hasta la puerta y la abrió antes de mirarles. —Por cierto, cuando sea jefa de ventas aquí van a cambiar muchas cosas, así que poneos las pilas. —Varios dejaron caer la mandíbula del asombro y sonrió maliciosa. —Que tengáis un buen día.

Se detuvo en la gasolinera cerca de Crows Nest y un hombre con barba hasta la cintura y el mono lleno de grasa se acercó.

—¿Me lo llena?

—Claro.

Abrió el tapón del depósito y ella mirando el mapa que tenía en la mano preguntó —¿El rancho Newhall está por aquí? El navegador del coche no funciona.

—Está a veinte kilómetros por esa carretera. Tiene una señal que indica cuando

desviarse.

—Genial. —Metió la mano en el bolsillo trasero de su vaquero y sacó dinero.

—¿Viene a ver a Galen?

—¿Galen es el dueño del rancho?

—Sí —dijo confundido.

—Pues entonces sí, vengo a verle a él.

—Usted no es australiana, ¿no es cierto?

—Soy americana. Texana para ser más exactos. —Alargó la mano. —Blondelle Quirk. Vendo la mejor maquinaria agrícola y ganadera de todos los Estados Unidos.

Él sonrió y le mostró la mano llena de grasa. —Oh, no importa. —Le estrechó la mano con contundencia, como le había enseñado su padre. —¿Y usted es?

—Todos me llaman Toro.

—¿Por su envergadura?

—Por mi mala leche.

Se echó a reír. —No será para tanto.

Él sonrió. —Usted no es como esas pijas de ciudad.

—Es que soy de Texas, me he criado entre ganaderos y no me van esas tonterías. Y dígame Toro, ¿cómo es el señor Newhall? He oído que su rancho es muy importante.

—El más importante del este de Australia —dijo orgulloso.

—¿No me diga? —preguntó encantada—. Usted es mecánico, ¿le piden ayuda con las máquinas del rancho?

—Uff y tanto. Sobre todo con los tractores. Tienen cinco.

Casi le da algo de la alegría. —Cinco... Su finca debe ser muy grande.

—De hecho, ya está en ella. —Señaló la valla tras la gasolinera. —¿Ve eso? —Si la salta ya estaría en el rancho. Y lo mismo para todo lo que hay a este lado de la carretera hasta aquellas colinas.

Al ver la distancia donde estaban las colinas se quedó con la boca abierta. Jamás había estado en un rancho de esa envergadura. —Debe tener muchos empleados.

—Unos cuarenta vaqueros y unos ciento diez que viven del rancho de manera indirecta. Entre ellos yo, que les vendo gasolina y arreglo cosillas.

—Entiendo. Es impresionante. Es el motor económico de la zona.

—No podría haberlo dicho mejor. Galen es un trabajador nato como lo era su abuelo y ha explotado sus tierras mejor que nadie.

—Estoy deseando conocerle.

—Si va a ofrecerle algo... —dijo dejando el surtidor en el soporte—. Déjelo, no me meteré.

—No se preocupe, dígame. Siempre estoy dispuesta a escuchar consejos. Usted le conoce y no me gustaría hacer algo que le ofendiera o le disgustara.

—Galen es un tipo duro como muchos por aquí. Aunque él lo es mucho más porque tiene un peso enorme sobre sus hombros.

—Lo comprendo.

—A veces puede ser un poco brusco.

O sea que era un bruto de la leche. —Tranquilo, yo me espanto poco. Me he criado con catorce hermanos y mi padre no se ha caracterizado nunca por su buen humor. Pero en el fondo siempre ha tenido un corazón de oro. Perro ladrador poco mordedor. —Le dio cien dólares. —Quédese con la vuelta y gracias por los consejos.

—Gracias. ¿Le doy otro?

Abrió la puerta del coche. —Claro.

—Ahora no estará en el rancho. ¿Quiere que la escuche? Camélese a su abuela. Es su debilidad.

Le guiñó un ojo y decidió tutearle. —Perfecto. Te veré a la vuelta, Toro. Que pases un buen día. —Se subió al coche y arrancó.

Toro la observó alejarse y sonrió. —¿No te espantas de nada? Te vas a llevar una gran sorpresa, chica. Una gran sorpresa.

Detuvo el coche ante la gran casa y asintió porque era evidente que aquello era una explotación de primera. A unos veinte metros de la casa había un gran establo que por su tamaño demostraba que allí tenía trabajo. Se bajó del coche entusiasmada porque aquella zona era mucho más verde que lo que había conocido hasta ahora. En realidad, toda la propiedad era un sueño con grandes campos. ¿Y la casa? Ya les hubiera gustado a sus padres tener algo así. Hasta tenían jardincito y estaba lleno de flores. Mirando hacia el establo pintado de rojo oxido se fijó en el morro del quad que había al lado de la puerta. Con curiosidad fue hacia allí y sin llegar a entrar vio los seis caballos que suponía que serían de los que vivían en la casa. Ejemplares muy buenos, todos excepto uno que ya estaba algo viejo y debían usar para otras cosas.

Un hombre de unos cuarenta años muy moreno de piel entró por la puerta de atrás del establo y se detuvo en seco al verla. Blondelle sonrió quitándose las gafas de sol. —¿El señor Newhall?

El tipo que aún no salía de su asombro la miró de arriba abajo. Desde su espesa melena rubia bajando por su blusa de seda blanca y sus vaqueros desgastados hasta sus botas de cowboy. Blondelle se acercó alargando la mano. —¿Es el señor Newhall?

—No, soy Tomas.

—Encantada Tomas, soy Blondelle Quirk. Soy representante de Fortium, ¿nos conoce?

Él asintió y ella sonrió más ampliamente. —Sí, claro que sí. Somos punteros en maquinaria. Me gustaría hablar con su jefe, si es posible. ¿Sabe si está por aquí?

—Está arreando ganado.

—Claro, que tonta. He llegado en mala hora, ¿no es cierto? Llegaré sobre las cinco.

—Calcule que sobre las cinco y media.

—Sí, claro. ¿Cree que podría esperarle en la casa? No quisiera importunar a su familia.

—Su abuela está en la casa. Seguramente preparando la cena, pero no sé si le gustará su visita —dijo algo incómodo.

—Bueno, intentaré hablar con ella y si prefiere que vuelva en otro momento no tengo problema. Gracias.

—De nada, señorita —dijo forzando una sonrisa.

Salió del establo y se detuvo en seco al ver un motor al lado del quad. Era el motor de una desbrozadora. —¿Le ocurre algo a ese motor?

—Lo hemos intentado arreglar, pero nada. La jefa está que trina porque tendrá que comprar otro y el jardín trasero está hecho un asco.

—¿No lo ha mirado el de la gasolinera?

—No tiene ni idea de lo que le pasa.

Se agachó ante él y se colgó las gafas de su escote. —¿Tienes un destornillador por aquí?

—Sí, claro. —Entró en el establo y volvió con una caja de herramientas. —Normalmente están en el garaje, pero estaba arreglando las bisagras de la puerta de atrás. —La dejó a su lado.

—Gracias. —La abrió y cogió el destornillador de estrella.

—Señorita, se va a poner perdida.

—Qué va. —Sacó los tornillos con eficiencia y quitó la carcasa viendo de inmediato el

problema. Miró la caja de herramientas y cogió la cinta aislante. —¿Ves estos dos cables?

—Sí —dijo él estirando el cuello sin perder detalle de lo que hacía.

Señaló con la punta del destornillador. —Estos dos cables hacen contacto, del calor se ha pegado el plástico que los cubre y no funciona por eso. —Los separó arrancando el plástico que cubría a parte de uno de ellos. Rodeó uno de los cables con la cinta aislante y volvió a colocar la carcasa. —¿Y el resto de la desbrozadora? —preguntó apretando el último tornillo.

—Oh... —Entró de nuevo y regresó con ella entregándosela. El tipo alucinó cuando la colocó con eficiencia y conectó el motor al resto de la máquina. Cuando todo estuvo bien ajustado Blondelle se incorporó. —Es una máquina estupenda. De muy buena calidad. —Tiró de la cinta y el motor se encendió en el acto dejando al hombre con la boca abierta. —¡Suena bien! —dijo ella bien alto.

—¡Gracias! —Encantado la cogió y gritó —¡Mire jefa, la ha arreglado!

Se volvió para ver a una mujer de unos setenta años que les observaba desde el porche. Blondelle sonrió acercándose y esta no dejó de observarla como si fuera un bicho raro. Haciéndose la tonta llegó al porche y subió los escalones. La mujer fue a su encuentro. —Blondelle Quirk, señora Newhall, mucho gusto. ¿Le importa si me lavo las manos?

—No, por supuesto que no. ¿La ha arreglado usted? —preguntó como si no se lo creyera.

—Ha sido muy fácil. A mi padre le pasó lo mismo hace cinco años, ese verano hizo un calor de mil demonios en Texas. Se podía freír un huevo en el suelo. De eso por aquí sabrán mucho, ¿no es cierto?

—Bastante. Por favor entre. —Abrió la puerta para dejarla pasar y Blondelle se dijo que había logrado captar su interés. Además, estaba agradecida y eso le impediría echarla de buenas a primeras. El hall era impresionantemente grande y sin poder creérselo admiró la gran escalera doble que estaba frente a la puerta, pues los pasamanos de madera labrada tenían forma de enredadera. Los escalones de la misma madera brillaban por haberlos pulido hasta la saciedad y

elevando la vista vio el gran cuadro que había en la pared del piso de arriba. Un retrato de esa mujer mucho más joven sentada con un hombre tras ella tocándole el hombro como si intentara reconfortarla, protegerla... Era un cuadro precioso porque mostraba muchas emociones. Se notaba que ese hombre la había amado mucho. —Un cuadro muy bello.

—Gracias. —Le mostró una puerta a la derecha de la escalera. —Ahí tiene un aseo. La espero en la cocina. ¿Le apetece té helado?

—La verdad prefiero una cerveza fresquita.

La mujer entrecerró los ojos. —Por supuesto.

Mierda, tenía que haber tomado el té, pero es que no le gustaba nada. Suspiró entrando en el baño y se miró al espejo haciendo una mueca porque estaba algo despeinada y acalorada. Bufó abriendo el agua y se lavó las manos. Se estaba secando con la toalla cuando escuchó la desbrozadora en la parte de atrás de la casa. Sonrió saliendo del baño y apagó la luz cerrando la puerta. Se volvió para ir a la cocina y cuando entró se detuvo en seco al ver todo lo que la mujer había colocado sobre la mesa. Si hasta le había puesto mantel de hilo y todo. —Seguro que tiene hambre.

Viendo la pinta que tenía aquel festín, su estómago casi gruñó de deseo. —Pues...

—Coma, coma.

—Gracias.

—No, gracias a usted. Hubiéramos tenido que esperar dos semanas hasta que llegara la nueva desbrozadora y el próximo fin de semana es el cumpleaños de mi nieto.

—Me alegra haber ayudado. —Se sirvió la ensalada de patata y un pedazo de pollo. Empezó a comer con ganas y de repente masticó más lentamente como si lo saboreara.

—¿Qué? —preguntó la mujer—. ¿No te gusta?

—Tiene pimienta negra, ¿verdad? Y algo más...

—Ajo. A mucha gente no le gusta, pero a mi nieto le encanta.

—Está buenísimo. —Hundió el tenedor de nuevo metiéndose una buena porción en la boca.

—Gracias —dijo satisfecha sentándose ante ella—. Vienes de muy lejos.

—Por trabajo. —Bebió de su cerveza directamente de la botella y siguió comiendo. —Perdón —dijo con la boca llena—. Pero es que no había comido nada desde la cena de ayer.

—Parece que tienes prisa.

—Cuanto antes acabe, antes volveré a Austin.

—Eso está en Texas, ¿no es cierto?

—Sí. Mi jefe me espera para ascenderme. Está muy contento con mi paso por Australia.

—¿Y en qué se basa tu trabajo?

—Vendo la mejor maquinaria agrícola y ganadera de los Estados Unidos.

—Y sabes de motores.

—Mi padre nos enseñó a hacer de todo en el rancho.

—Rancho.

—Tiene un pequeño rancho cerca de la frontera con México. Por eso me dieron el trabajo, porque sé lo que es tener un rancho y entiendo a los clientes.

—¿Y tu padre qué opina de que visites ranchos ajenos?

Sonrió. —Mejor no se lo cuento.

La mujer correspondió su sonrisa. —No le gusta.

—Soy la única chica de quince hijos. Me tiene algo consentida. No se corta en decir ante todos que soy la favorita y mis hermanos le dan la razón. Quieren protegerme por encima de todo y eso de que pueda encontrar un cliente con malas intenciones no les gusta un pelo. Pero me han enseñado bien y de momento no he tenido problemas.

La mujer no pudo disimular su sorpresa. —¿Tu padre ha tenido quince hijos?

—Bueno, los ha tenido mi madre —dijo divertida.

—¿Y tu madre qué dice de tu trabajo?

—Que viva mi vida. En el rancho no se ganaba para todos. Mi hermano mayor vive allí con sus tres hijos y sobraba gente. Así que me fui y me ha ido muy bien. Me van a hacer jefa de ventas, ¿sabe?

—Felicidades, eso es que haces muy bien tu trabajo.

—Yo lo intento.

—Podías habernos vendido la desbrozadora, ¿verdad?

Se sonrojó. —Bueno, esa todavía puede durar un par de años más. Tampoco hay que derrochar.

La observó atentamente mientras comía y cuando terminó Blondelle sonrió. —Estaba muy bueno, gracias. —Se levantó con el plato en la mano y lo llevó ella misma hasta la pila sorprendiendo a la mujer. Ni corta ni perezosa se puso a lavarlo.

—No era necesario.

—No me importa. Soy algo inquieta, ¿sabe? Igual es por crecer con tanto hermano, siempre tenía que estar atenta a que alguno no le arrancara la cabeza a mis muñecas.

—¿Les echas de menos?

—Bueno, voy a verles al menos una vez al mes y hablo con mi madre todos los días. Intento mantenerme al tanto de todo lo que ocurre.

—Eso está muy bien. Se nota que les quieres mucho.

Sonrió mirándola sobre su hombro. —Mucho, pero es lógico, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Se secó las manos y vio como la mujer llevaba las bandejas a la nevera. Al ver la

cantidad de comida que tenía allí le recordó a su casa. La señora se volvió y sonrió. —Siempre tengo comida preparada porque nunca sé cuántos hombres va a traer mi nieto a casa. A veces se presentan de repente y no me gusta que se queden con hambre.

—Mi madre hace lo mismo —dijo con nostalgia—. Señora...

—Lláname Hillary, por favor.

—Gracias. Hillary, ¿te importa si voy al coche para sacar los catálogos y así estar preparada para cuando llegue tu nieto?

—Tengo la sensación de que tú ya estás muy preparada, pero ve a por ellos si quieres. Claro que no me molesta.

Sonrió. —Gracias.

Salió de la cocina y Hillary estiró el cuello viendo a través de la ventana como bajaba casi corriendo las escaleras del porche para ir hacia el coche. Antes de treinta segundos ya corría escaleras arriba con los catálogos en las manos. —No puede ser... —dijo por lo bajo—. Esto es un milagro. —Miró hacia el techo. —Gracias, gracias...

Blondelle entró en la cocina y miró hacia el techo. —¿Ocurre algo?

Hillary se sonrojó. —No, claro que no. Me había parecido...

Blondelle se acercó mirando hacia arriba. —Uy, ese aplique se está descolgando. Voy a por un destornillador y lo arreglo.

—No hace falta...

—Así me entretengo mientras tanto.

Asombrada vio que dejaba los catálogos sobre la mesa de la cocina y salía corriendo. —Sí que tiene energías, sí. —Ilusionada juntó las manos. —Gracias, gracias.

Capítulo 2

—¡No niña, no que pesa mucho! —dijo cogiendo la escalera temiendo que se cayera.

—Que sí. —Cogió la caja de la estantería. —Tampoco es para tanto. —Bajó los escalones y la dejó en el suelo al lado de las otras dos. —¿Quieres que te baje algo más?

—No, gracias. Con esto es suficiente. Bajemos, que el chico está a punto de llegar.

—Oh, genial. Estoy deseando conocerle.

—Niña, si no te recibe de buen talante tú ignórale.

—Vale —dijo como si nada yendo hacia la escalera.

—Gracias, gracias —dijo loca de contenta porque a cada minuto que pasaba demostraba que era perfecta. Bajó tras ella con una agilidad impropia de su edad y cuando llegó abajo allí estaba poniendo la mesa para la cena. Hillary fue hasta el horno donde tenía el asado—. Y dime, ¿qué haces para divertirte? Seguro que en Austin hay mil cosas que hacer.

—Yo salgo poco. Odio la ciudad —dijo distraída mirando el catálogo.

Hillary la miró de reojo. —Claro, después de criarte en un rancho estás acostumbrada al aire libre, no a tanto coche y sirenas por todos los lados.

—La primera noche que pasé en la ciudad no pegué ojo. Vaya, se me ha roto un catálogo. Eso no da buena imagen.

—Niña, no te preocupes tanto. —Puso los bollos de pan recién hechos sobre la mesa. — ¿Y tienes novio?

Se sonrojó ligeramente. —No. Es que soy algo rarita en mis gustos.

Hillary se detuvo en seco. —¿Rarita?

—Bueno, tengo unos gustos algo especiales y en la ciudad no conectaba con nadie. De hecho, hace mucho que no tengo novio.

—¿Y qué te gusta que sea tan especial?

—Pues no sé, pero los de la ciudad que he conocido hasta ahora parecen niñitas delicadas en lugar de hombres como Dios manda.

Suspiró del alivio. —Tú quieres un hombre como tu padre.

—Jo, lo difícil que es de encontrar. Tengo veinticinco años y aparte de uno con el que salí en el instituto no me encontrado con ninguno que se le pareciera ni en el blanco de los ojos.

Hillary reprimió una sonrisa volviéndose. —Seguro que algo encontrarás.

—Eso dice mi madre. Bah, no me preocupa.

—Sí que te preocupa.

—Bueno, un poquito.

—¿Y qué pasó con el del instituto?

Apretó los labios. —Murió.

Se volvió sorprendida. —Oh, cielo, lo siento.

—Estaba en un partido de béisbol y cayó al suelo. Parecía que se había desmayado, pero tenía una cardiopatía congénita y su corazón se paró sin más. No se despertó. Fue un shock. De repente ya no estaba.

—¿Llevabas mucho con él?

—Dos años. —Su mirada se oscureció recordando a David. —Pensábamos casarnos al acabar el instituto, pero... Fue muy triste.

—Es una pena. Lo debiste pasar muy mal.

—Le conocía de toda la vida y con dieciséis años algo así se te queda grabado.

—Esa fue otra razón para que te fueras, ¿no es cierto?

Miró sus ojos azules. —Sí. Algunos me miraban con pena, como si fuera la viuda y cuchicheaban a mi paso.

Hillary asintió. —Sé lo que se siente. A mí me ha pasado lo mismo.

—Lo siento, no es comparable con lo que te ocurrió a ti. Tu marido... Se nota que os amabais.

—Muchísimo. Le amé por encima de mí misma renunciando a todo para venir aquí.

—¿Cómo le conociste?

—En un funeral precisamente.

—Vaya. ¿Alguien importante?

—Mi padre. Galen le conocía por negocios y asistió. Era tan guapo... —Sonrió con tristeza. —No pude resistirme. Antes de un mes estábamos casados.

—Un noviazgo relámpago.

—Sí.

—¿También eras de por aquí?

—De Parkes en Nueva Gales del sur.

—Una ciudad.

—Sí.

—¿Y tu padre tenía un rancho?

—Qué va, era suministrador de piensos. Una empresa que distribuye a nivel nacional. Imagínate, lo más cercano que tenemos por aquí es Moore y está a cuarenta kilómetros.

—Sí, ya me he dado cuenta de lo aislados que estáis. Debió ser un cambio brutal para ti.

—Ni sabía montar a caballo. Y antes por aquí se iba mucho a caballo, ¿sabes? Ahora es distinto, pero cuando mi marido llevaba el rancho era mucho más pequeño. Solo teníamos un coche y si quería ir a cualquier parte tenía que estar pendiente de que él no lo necesitara.

No sabía si hacer la pregunta que le rondaba por la cabeza, pero parecía tan abierta a hablar de su vida que no pudo reprimirse. —¿Y tus hijos? Hablas de tu nieto, ¿pero y tus hijos?

Ella apretó los labios. —Tuve dos. Jeremy murió con quince años.

—Lo siento muchísimo.

—Un accidente de moto. Dichosas motos, las odio. Mi otro hijo se fue con dieciocho porque odiaba el rancho, estar aislado de sus amigos... Supongo que es lógico. Se fue y viene de vez en cuando. Cuando nació Galen nos lo trajo porque decía que no sabía qué hacer con él.

Impresionada se llevó la mano al pecho. —¿Y su mujer?

—No se ha casado nunca, cielo. Estuvo con una chica y esta creyendo que pillaría al hijo de un ranchero tuvo al niño. Al darse cuenta de que no podría llegar a ningún sitio con Galen, le dejó con el bebé. Y por supuesto él no iba a cuidarlo, desde siempre no ha sido capaz de encargarse de nada que no fuera él mismo. —Suspiró. —Y la culpa fue mía.

—No digas eso.

—Es cierto, admito mis errores. Después de morir Jeremy le consentí mucho más de lo que debía. Aquí te encargas de la casa o de los hijos y yo a los míos los mimaba demasiado. Mi marido era más duro con ellos, pero siempre ganaba yo porque no me viera disgustada y estas han sido las consecuencias. Mi hijo recibe una paga mensual para que no dé la lata. Mi nieto no le soporta. Le tiene rencor y es lógico porque le abandonó su propio padre. Le desprecia por encima de cualquier otra cosa.

—Puedo comprenderle.

Hillary sonrió. —Y yo. Por eso nunca he presionado a ninguno de los dos para que tengan contacto. Es mejor así.

—Así que al hijo mayor se le pone Galen de nombre.

—Sí, es una tradición desde hace muchas generaciones. ¿Te gusta el nombre?

—Me encanta.

—Pues el tuyo también es precioso.

—Otra tradición, mi madre se llama como yo.

—Es increíble que haya tenido quince hijos.

—No creas que tuvieron tantos hijos porque querían la niña. No, qué va. Yo soy la séptima. Mis padres son de la opinión que no hay mejor legado que dar vida. Y lo pusieron en práctica todo lo que pudieron —dijo divertida—. Y hubieran tenido más, pero a mi madre con el nacimiento de Peter le dijeron que frenara que ya estaba bien. Fue un parto difícil y tuvo una hemorragia.

—De todas maneras, es un legado magnífico. ¿Te gustan los niños?

—Bueno, he estado rodeada de ellos toda la vida.

Hillary rio por lo bajo. —Y tanto.

—Sí, me gustan. Ahora tengo doce sobrinos y les adoro.

—Así que te gustaría tener hijos en el futuro.

—Si tuviera una casa como esta tendría diez por lo menos. Dan alegría.

La mujer asintió. —Eso es cierto.

Escucharon un grito en el exterior y Hillary dijo —Oh, ahí está el chico. Prepárate, viene de mal humor.

—¡La madre que te parió, Jimmy! ¿Qué coño has hecho?

Asombrada parpadeó.

—Jefe, había que desbrozar, me lo pidió Tomas.

—¿Y te pidió que destrozaras los rosales?

Hillary jadeó abriendo la puerta de la cocina. —Oh, Dios mío... ¿Pero qué has hecho?

—Desbrozar.

Blondelle se acercó a la puerta para ver a un chaval de unos quince años con cara de arrepentimiento mientras un tío enorme que estaba de espaldas a ella le echaba la bronca. Ni hizo caso a lo que le gritaba, porque no podía dejar de mirar esa fuerte espalda cubierta por una camiseta azul llena de barro. Sus ojos bajaron por sus vaqueros desgastados para recrearse en un trasero redondito que tenía pinta de estar duro como una piedra. Y qué muslos. Su vientre se estremeció con fuerza al pensar en esos muslos. Ansiosa por ver más, dio un paso hacia el porche elevando la vista hasta su nuca. Su cabello negro estaba húmedo y por su cuello bajó una gotita de sudor que le aceleró el corazón. Jolín con el nieto y ella que esperaba un tío normal y corriente, pero ese hombre era todo un hallazgo. Si era guapo de cara sería como para morirse allí mismo.

—¡Te juro que como me llores, te envío a tu casa!

—Lo siento, jefe —dijo Jimmy compungido.

Galen miró hacia su abuela que tenía varios pedazos de rosa en las manos. —Abuela...

Hillary forzó una sonrisa. —No pasa nada, ya crecerán.

Al ver su perfil separó los labios de la impresión. ¿Guapo? ¡Menudo cañón de hombre! Y eso que estaba tenso de furia. Solo había que verle la venita del cuello, parecía a punto de explotar por lo que estaba viendo y sin darse cuenta miró hacia Hillary que tenía una mirada de pena que rompía el corazón. Queriendo consolarla dijo con una suave sonrisa en el rostro —No te preocupes, con esa poda crecerán aún más hermosas.

—¿Tú crees?

Galen se volvió. —¿Y esta quién es?

Impresionada por lo claros que eran sus ojos azules ni fue capaz de contestar.

—Oh, es Blondelle, ha venido a verte.

—¿A mí? —preguntó como si no se lo creyera. Entrecerró los ojos—. ¿Qué vendes?

Uy, que no lo notaba muy receptivo. —¿Por qué crees que vendo algo?

—Porque una mujer como tú no vendría hasta aquí sin un propósito, y puesto que no nos conocías no creo que sea una visita social —dijo con ironía.

Toma corte. Puso la mano en la cadera. —Pues sí, vendo algo.

—Lo sabía —dijo entre dientes antes de mirar a su abuela como si quisiera pegar cuatro gritos.

—Tiene unos catálogos monísimos.

—Entonces compra lo que quieras y que se largue.

—Es que lo que vende te interesa a ti.

—Lo dudo —dijo antes de subir los escalones y pasar a su lado. Aún impresionada con ese hombre levantó la vista para seguir contemplando su perfil—. Que tenga un buen viaje de vuelta. —Entró en la cocina y pegó un portazo que la sobresaltó.

—Niña espabila —dijo Hillary—. ¿No ves que te está dando esquinazo?

La miró sorprendida. —Qué nieto tienes, Hillary.

Esta soltó una risita. —Guapo, ¿eh?

—Estoy a punto de mudarme para contemplar esa maravilla todos los días. Solo por verle ya ha merecido la pena la paliza de viaje que me he pegado. —Suspiró mirando la puerta de nuevo. —Qué mono. Gruñe como papá.

—Pues no tiene novia.

—¿Pero qué les pasa a las australianas? —preguntó asombrada.

Hillary llegó hasta ella y susurró —No lo entiendo, ninguna tiene el carácter para llegar hasta el final, no sé si me entiendes. Se acuesta con ellas y consigue espantarlas cuando se ponen

pesadas con lo de la boda.

—Y tú quieres que se case —dijo conspiradora.

—Claro, quiero biznietos. Esta casa es muy grande y ya es hora de que se llene.

Levantó sus cejas rubias. —Ya entiendo por dónde vas. Ni de coña.

—Pero...

—Olvídate hermosa, que yo me vuelvo a casa. —Viendo que se estaba metiendo en terreno pantanoso dijo —Voy a por mis catálogos.

Abrió la puerta decidida y Hillary la siguió. —Pero es que eres perfecta para él.

Con los catálogos ya en la mano se volvió. —Ha sido un gusto conocerte. Hasta nunca.

—Te ha gustado, eso es evidente.

—¿Sabes lo que no me gusta? Estar a cientos de kilómetros de mi familia, eso es lo que no me gusta.

—Estás huyendo de tu destino.

—No, estoy huyendo de Australia. Ya encontraré un texano con la misma mala leche que quiera ver mis catálogos. —Fue hasta la puerta principal a toda prisa.

—Si te quedas un mes, te daré un millón de dólares. —Se detuvo en seco y Hillary sonrió maliciosa. —Con ese dinero seguramente podrías comprarte unas tierras cerca de tus padres. Ser tu propia jefa.

La miró sobre su hombro. —¿Estás de coña?

—Hablo muy en serio. Jamás he hablado tan en serio. —Levantó la barbilla. —Hasta te lo daré por escrito.

No le había parecido que estuviera mal de la cabeza durante el tiempo que había estado con ella, pero todo podía ser. —Tú no tienes un millón de dólares.

—Claro que lo tengo. Mi marido me dejó muy bien posicionada tras su fallecimiento. Mi

nieto me da parte de los beneficios cada año y no gasto un dólar porque aquí no hay mucho que gastar, así que sí, vaya si lo tengo.

Pasmada se volvió. —No puedes hacer una propuesta así. Hillary esto no es normal.

—Me importa un pito. Quiero que mi nieto encuentre una mujer que le haga feliz y sé que tú podrás hacerlo. Sois el uno para el otro. ¿Por qué crees que no te eché de aquí en cuanto pusiste un pie en mis tierras?

—¿Porque te arreglé la desbrozadora? Hubiera sido grosero.

—Me importa otro pito la desbrozadora. Somos famosos por echar a los vendedores con cajas destempladas. A uno hasta le pegué un tiro, no te digo más.

Sí, ya la habían advertido de que no sería bien recibida y de hecho la había sorprendido hasta que la invitara a comer. —Mira Hillary, esto no está bien. Tu nieto tiene que buscarse mujer él solo.

Le rogó con la mirada. —Un mes y si después de ese mes no ves futuro a su lado, te vas y listo. Y con el bolso repleto, ¿qué me dices?

—Es una idea tentadora, pero lo siento, no.

La cogió del brazo. —Anda, déjate de tonterías. —Tiró de ella hasta la cocina. —Y si de paso le vendes algo mejor que mejor.

—No puedo quedarme un mes.

—Claro que sí. Dices que te has roto una pierna y que no puedes regresar. Un mes de vacaciones en un rancho en Australia. —Sonrió de oreja a oreja. —Es perfecto.

—Eso sería deshonesto.

—Qué va.

—Uy, uy... Yo me largo que me estás liando y al final me voy a dejar llevar para llegar a Texas con una mano delante y otra detrás.

Tiró de su brazo de nuevo deteniéndola. Que fuerza tenía la vieja. —Le has visto. ¿Crees que encontrarías de veras alguien como él en Austin? ¿O en el rancho de tu padre? No, bonita. Es guapo, fuerte, trabaja más que nadie que conozca y es el hombre más leal que te encontrarás nunca. —Blondelle apretó los labios. —No es porque sea mi nieto, pero supera a su abuelo en muchas de sus virtudes.

—¿Y sus defectos?

Hillary hizo una mueca. —Tiene muy mal carácter. Y no le va a gustar nada que te quedes, porque le gusta estar tranquilo en su casa.

Entrecerró los ojos. —¿Y qué más? Venga, debe tener más defectos.

—Es un rácano.

—¿Qué?

—Un agarrado, no gasta un dólar a no ser que sea absolutamente necesario. Soy yo la que le compra la ropa y siempre me echa la bronca, no te digo más.

—Pero si estáis forrados —dijo incrédula.

Hizo una mueca. —Se lo inculcó su abuelo y es algo que se le ha quedado grabado desde pequeño. Con decirte que con dieciocho abrió la hucha que tenía desde niño y tenía veinticinco mil dólares, te lo digo todo. Ni chucherías se compraba.

—Porque se las comprabas tú.

—Eso también.

—Así que tiene mala leche y es de la virgen del puño.

—Exacto.

—Es imposible que sea tan perfecto.

Los ojos de Hillary brillaron. —¿Te gusta?

—¿Cómo no me va a gustar? Pero lo que no me gusta es que vive aquí.

—Es uno de los mejores ranchos de Australia. Tú eres ranchera, sabes cómo va esto. No te vas a espantar por nada y podrías colaborar en las mil cosas que hay que hacer por aquí. No eres como yo que no sabía hacer nada. Lo llevas en las venas. Y ahora no es como antes que no nos subíamos a un avión para nada. Eso ahora está a la orden del día, no dejarás de ver a tus padres. No perderás a tu familia, hay videoconferencias y mil cosas más para estar al día. — Blondelle se mordió el labio inferior. —No te estoy pidiendo que tomes una decisión así ahora mismo, sobre todo porque él no está por la labor, pero sí te pido algo de tiempo para que veas como es esto y después si quieres te vas.

—¿Y si me enamoro? —preguntó indignada.

Sus ojos brillaron. —Genial.

—¿Y si él no se enamora de mí?

Hizo una mueca. —Tendrás un millón para consolarte.

—Oye, ¿pero por quién me tomas?

Le rogó con la mirada. —En estas horas que he pasado a tu lado sé que eres honesta, sincera y buena persona. No te estoy ofreciendo esto porque piense que eres una interesada, pero también soy muy consciente de los riesgos que corres. Puedes perder tu trabajo, tu vida y tu corazón, así que si tengo que darte ese dinero lo haré con gusto.

Dejó los catálogos sobre la mesa y se pasó la mano libre por la frente. La abuela la miró preocupada y Blondelle suspiró antes de decir —No sé, Hillary. Estoy muy confusa. Confusa y agotada como para tomar una decisión así. Me voy al hotel.

—Pero...

—He pasado siete días en ese coche de un lado a otro de este país, a veces durmiendo tres horas e incluso comiendo sin dejar de conducir. No pienso tomar una decisión así si no tengo las ideas claras.

En ese momento escucharon que él bajaba por las escaleras. —Por favor no le digas nada

de esto —dijo su abuela.

Él apareció en la puerta de la cocina y se detuvo en seco al verla aún allí. Era evidente que se había duchado y estaba guapísimo con una camiseta negra y unos pantalones vaqueros que parecían nuevos. Madre mía, en qué lío se estaba metiendo. Pero es que era como para seguirle hasta el fin del mundo. —¿Tu coche tiene problemas? —preguntó mosqueado.

—¿Por qué? ¿Lo necesitas? Si quieres te lo presto.

Galen entrecerró los ojos. —Muy graciosa.

Cogió los catálogos y sonrió radiante. —¿Un vistacito?

Al ver un tractor en la portada la miró asombrado. —¿Vendes material agrícola?

—Y ganadero. Por cierto, tengo una ordeñadora que es una maravilla.

—No ordeñamos.

—¿Ni para consumo propio? Ahora está muy de moda hacer quesos y yogures... Son muy sanos.

—Hijo, que idea...

—Ni hablar. —Fue hasta la nevera. —Me vais a hacer pasar por esto, ¿no? —Se volvió con una cerveza en la mano para fulminarla con la mirada. —Llevo en pie desde las cinco de la mañana, ¿crees que tengo paciencia para escucharte?

—¿Y si hablamos mientras cenas? Cuando termines me voy.

—Pero...

Miró a Hillary interrumpiéndola. —Yo también estoy cansada, he hecho un largo viaje y no os entretendré mucho.

La mujer asintió y se volvió para ir hacia el horno. —Sentaos.

Dejó los catálogos sobre la mesa. —Deja que te ayude.

Hillary sonrió. —Gracias.

Blondelle se volvió con la fuente de ensalada en las manos y vio que él se sentaba hojeando uno de los catálogos. Reprimió una sonrisa acercándose. —Ya sé que mucho de lo que vendo no lo necesitas. Pero algunas cosas pueden resultarte muy útiles. —Dejó la fuente sobre la mesa y cogió un catálogo. —Mira esto... Son básculas fijas con una jaula abierta que llega a los 1500 kilos. También la tengo con la jaula cerrada. —Se la señaló con el dedo. —Lo último para pesar las reses antes de la venta. Ahora las tengo al veinticinco por ciento de descuento. —Cogió otro catálogo. —Y mira esto. —Le mostró una foto. —Con tu volumen de trabajo me imagino que usarás piensos cuando escasea el pasto. Esos silos son de acero de alta calidad y llevan una capa protectora diez veces más resistente a la corrosión ambiental que el galvanizado tradicional. Sin soldaduras ni pinturas, su interior está hecho a base de chapa con una ondulación que evita la adherencia en el interior. —La abuela puso el asado sobre la mesa y ni corta ni perezosa se levantó para coger el cuchillo y empezó a cortar el asado mientras Hillary se sentaba. Cogió el plato de Galen y le sirvió una buena porción antes de echarle al lado ensalada y el puré de patatas. —Y te los montamos nosotros, gratis.

—Nada es gratis. —Ella le puso el plato delante y le quitó el catálogo de las manos. —Come, ya verás las fotos después. —Cogió el plato de la abuela, que al ver la cara de sorpresa de Galen reprimió la risa.

Blondelle sirvió a su anfitriona. —Ya está bien, niña.

—Huele de maravilla —dijo tendiéndole el plato antes de coger el suyo—. ¿Necesitas tractores? Puedo hacerte muy buen precio. Y no son unos tractores cualquiera. —Se sentó y él miró asombrado su plato lleno hasta arriba. —¿Qué?

—No, nada.

—Gasto muchas calorías.

—Esta niña no para, hasta ha arreglado la desbrozadora.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—. Si Toro dijo que estaba para tirar.

—Para que veas, aún te durará un par de años, si hay suerte tres —dijo Blondelle cogiendo otro catálogo y abriéndolo—. Estos tractores los vendemos con la arrimadora de arena gratis. Muy práctico para limpiar los cubículos de las vacas o las reses en tu caso.

—Mis reses duermen fuera, esto es Australia.

—¿Ni las que están preñadas?

—Pues no.

—Qué interesante, mi padre siempre las apartaba. Bueno, da igual. Pues si no quieres la arrimadora de arena puedo hacerte un descuento en la pala que le puedes incorporar. Seguro que la usas para mil cosas como para recoger reses muertas, que seguro que alguna tienes.

—Las ato con una cadena al tractor.

—Vaya, que práctico, despellejando al animal hasta llegar al hoyo... —Hillary reprimió la risa. —¿Un volquete? ¿Comederos? Ya lo sé, bebederos. Estos tienen una garantía de por vida.

—Nada tiene una garantía de por vida —dijo cortando la carne.

Era de los duros. Todo un reto. Se metió puré de patatas en la boca y cogió otro catálogo. —A esto no vas a decir que no.

—No apuestes...

Abrió el catálogo y le mostró la foto. Él entrecerró los ojos y Blondelle sonrió con satisfacción. —Te gusta, ¿eh?

—No.

—¿No? Pues el dueño del rancho Baxter me ha comprado dos.

—Ah, ¿sí? —preguntó como si nada.

—Esto es Australia y estas maravillas encuentran agua en cualquier parte.

—Hijo, ¿eso hace esa máquina?

—Eso dice ella.

—Garantizado. Si no encuentras agua con ella, la puedes devolver durante el primer año.

Él se metió el tenedor en la boca sin decir ni pío. Sí que era duro de pelar. —Además hace el pozo y es automática. La enciendes y ella empieza a andar sola buscando el sitio más correcto para perforar.

—Necesitará un técnico que la supervise.

—Pues no.

La miró fijamente. —Eso es imposible.

—Va por wifi. Cuando empieza a perforar, te avisa y puedes seguir su trayectoria e incluso corregirla desde el móvil.

—¿Móvil aquí? Mira bonita, cobertura por aquí hay poca.

La abuela hizo una mueca. —Eso es cierto. Aquí tenemos una antena a dos kilómetros para tener internet en casa, pero si te alejas ya casi no hay cobertura porque la siguiente antena está a tomar por saco.

—Mierda. ¿Crees que los del rancho Baxter tendrán el mismo problema? Porque el dueño se va a cabrear.

—Ni idea. —Se metió el tenedor en la boca y Blondelle vio que estaba a punto de terminar.

—Niña cena, se te va a enfriar.

—¿Y pastores eléctricos?

—¿Sabes cuantos kilómetros tengo que cercar? Ni me quiero ni imaginar la factura de la luz.

—Con paneles solares. Aquí hay mucho sol, me ha llamado la atención que no tengáis placas solares en el tejado.

—Galen no quiere obras —dijo su abuela.

—Pero si te ahorrarías mucho dinero. Además, tienes terreno de sobra. Si no quieres ponerlas en el tejado, puedes ponerlas en el tejado del establo o pones unas cuantas a un kilómetro de aquí y traes los cables hasta la casa con una zanja en el suelo.

—Qué buena idea.

Él gruñó antes de meterse el último pedazo de carne en la boca y dejó el tenedor sobre el plato. Bebió de la boca de su cerveza y en cuanto tragó la miró a los ojos. —Se te ha terminado el tiempo.

—Hijo, que ella aún no ha cenado.

—No me interesa nada. —Se levantó. —He quedado con Martin en el Risk y ya llego tarde. Que tengas buen viaje de vuelta.

Uy, que mala leche tenía. Pues para mala leche la suya. —Me voy a quedar unos días, puede que coincidamos.

—Lo dudo.

Mientras se alejaba miró a Hillary, que suspiró como si estuviera decepcionada.

—Un poco cortante, este nieto tuyo. Le han gustado varias cosas, pero por llevarme la contraria se ha negado a todo.

—Otro defecto, es un cabezota. Si le ha gustado algo, ya no te lo compraría a ti. Ya se encargará de encontrarlo por su cuenta.

Jadeó. —Por encima de mi cadáver.

Se levantó y Hillary la miró sorprendida. —¿A dónde vas?

—A ese Risk. Este es un país libre, ¿no? Pues me voy a tomar una cerveza.

—Si ni has cenado.

—Uy... —Cogió un bollo y lo abrió metiendo la carne dentro. Le dio un buen mordisco y

preguntó con la boca llena —¿Por dónde cae eso?

—¿La carretera de la gasolinera de Toro? —Blondelle asintió masticando con ganas. —
Pues sigue veinte kilómetros más.

—Cuarenta kilómetros para ir a un bar... Madre mía. Si en América hay veinte a tiro de
piedra.

—Ya, es lo que hay por aquí. Allí se reúnen todos los de los contornos.

—Y allí es donde liga —dijo mosqueada.

—Supongo que sí. Suele ir dos veces a la semana.

Se volvió y salió de la casa decidida. Hillary se dio cuenta de que se había dejado los
catálogos. Sonrió levantándose y se acercó a la ventana para ver cómo iba hacia su coche. —Esta
vuelve, vaya si vuelve.

Capítulo 3

Aparcó el coche casi en un descampado porque el aparcamiento estaba lleno. Lo que parecía una nave destartalada, tenía un cartel oxidado que anunciaba con la pintura descascarillada que era el Risk. Movi6 el espejo retrovisor para mirarse bien y abrió su bolso para sacar la barra de labios roja que tenía en el pequeño neceser. Se pintó los labios y se echó perfume. A toda prisa se cepilló el cabello y tomó aire. —Lista. —Se abrió un botón de la blusa mostrando el canalillo y se miró los dientes. —Bien, a ver si vas a comprarle la maquinaria a otro.

Abrió la puerta y se puso el bolso en el hombro antes de pulsar el botón que cerraba el coche. Salió a la carretera desierta para caminar hacia el aparcamiento, que atravesó para llegar a la puerta. El sonido de la música la hizo sonreír. Entró en el local e hizo una mueca por el ambiente que había. Haciendo un cálculo por lo alto había una mujer por cada diez hombres y todas estaban acompañadas, así que no le extrañó nada que la mitad del local la mirara. Sin mostrarlo en su rostro gimió por dentro. —¿Qué estás haciendo, Blondelle? En menudo lío que te vas a meter... —dijo por lo bajo caminando hacia la barra para sentarse sobre un taburete.

Un hombre de barba larga se acercó y ella le miró sorprendida. —Toro, ¿qué haces aquí?

—El local es mío, chica.

—Vaya, eres un emprendedor.

Él sonrió dejando pasmados a muchos de los que estaban allí. —Eso pretendo. ¿Qué

desea tomar esta bella dama?

—Una cerveza, sin vaso. Eso es para niñas.

—Bien dicho. Hay que ahorrar agua.

Rio. —Cierto, vamos a colaborar con el país.

Le puso la cerveza delante y ella le dio un buen trago. Él apoyó un codo sobre la barra.

—¿Cómo ha ido?

—Fatal, no me ha comprado nada.

—Pero no te das por vencida. Por eso estás aquí, ¿no?

—¿Me ha visto llegar?

—Por supuesto, no te quita ojo.

—¿Y hacia dónde está más o menos?

—Al fondo del local justo detrás de ti.

—Cachis, me he colocado mal.

Eso le hizo gracia y le hizo un gesto con la cabeza antes de caminar hacia el final de la barra. Ella se bajó del taburete con su cerveza y fue hacia allí sentándose de nuevo tan contenta.

—¿Y ahora qué? —preguntó él de lo más interesado.

—No seas cotilla, Toro, que no lo sé ni yo.

Él se echó a reír y uno que estaba cerca le miró con los ojos como platos. —¿Qué le pasa a este? —preguntó ella.

—Pues no sé. —Le fulminó con la mirada. —¿Qué te pasa?

—Nada, nada...

—Ya me parecía.

Reprimió una sonrisa y bebió de su cerveza.

—Ahí viene un pesado —dijo Toro.

—¿Inofensivo?

—¿Para una chica como tú?

Sonrió. —Exacto.

—Tuve problemas una vez que se pasó con la bebida y hoy ya se ha tomado dos whiskies, pero no es mal chico.

—Gracias por el aviso.

En ese momento un hombre rubio tan alto como Galen se puso a su lado. La verdad es que no estaba nada mal. —Toro, ¿quién es esta belleza?

Su nuevo amigo levantó una ceja como pidiéndole permiso para presentarla y ella asintió. —Se llama Blondelle y está por aquí de paso.

Bueno, eso lo estaba pensando. Empezaba a ver cierto atractivo a la zona.

—Chica, este es Carl Monet. Trabaja en una estación meteorológica que hay aquí cerca.

Blondelle sonrió. —Encantada.

—Dios, eres preciosa. ¿Americana?

Asintió. —De pura cepa.

—Eso ya lo veo —dijo mirándola seductor. Pero no, no iba a tener problemas con él—. Toro ponle lo que quiera, que pago yo.

—No quiero ser grosera, pero yo con esto ya tengo más que suficiente.

—Una chica con control.

—Eso me enseñó mi padre. Quien pierde el control con la bebida o con cualquier otra cosa, nunca podrá dirigir su vida. Y paso de tener una vida desastrosa.

Él asintió como si estuviera analizando sus palabras. —Bella e inteligente. ¿Y qué haces por aquí?

—Vendo la mejor maquinaria ganadera de los Estados Unidos. ¿Te interesa?

—Solo tengo una perrita —dijo divertido.

Se dio cuenta de que Carl bebía porque se sentía solo y lo demostró al sentarse a su lado ansioso, como si hablar con ella fuera lo mejor que le hubiera pasado en toda la semana. —¿De veras? ¿De qué raza es?

—Caniche. Se llama Queen.

—Oh, me encantan. Con esos ricitos...

—¿Tú tienes perro?

—En la finca de mi padre tenemos dos. Pastores alemanes.

—Dicen que son muy fieles.

—Lo son. Una vez unos cacos intentaron entrar en la casa mientras estábamos en misa y a uno tuvieron que ponerle cuarenta puntos en la pierna.

—Hostia. ¿Y después de ese ataque nunca más hicieron nada?

—Jamás. Defendían su hogar y lo hicieron perfectamente. Además, mi padre los tiene muy bien educados.

—Vaya. La mía solo levanta las patitas delanteras si quiere chuches. Se pasa en esa posición casi todo el día.

Se echó a reír. —Qué mona. —Echó un vistazo al bar y sus ojos coincidieron con los de Galen, que efectivamente estaba al fondo del local con una rubia que le susurraba algo al oído. En ese momento se sentó a la mesa otra pareja. Como si nada miró a Carl. —Tú no eres de por aquí, ¿no es cierto?

—Soy inglés. Me vine por un proyecto universitario y no regresé.

—¿Y eso?

—No sé. Me emocionó eso de vivir en Australia, viajar por el país cuando tuviera tiempo,

que no lloviera continuamente me encantaba. —Suspiró antes de beber de su copa. —Además, mi madre acababa de morir, ya no me quedaba nadie y creí que el cambio me vendría bien.

Toro puso los ojos en blanco alejándose para servir a otro que acababa de llegar. Carl apretó los labios. —Pero las cosas no han ido como esperaba.

Blondelle perdió algo la sonrisa. —¿Por qué?

—Porque por aquí todos son muy raros. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Toro. —Ese no puede ni verme.

—Al parecer un día te pasaste de la raya.

—No hay uno por aquí al que alguna vez no haya tenido que sacar del local. No, estoy seguro de que no le caigo mal porque un día me pasara de copas. ¿Sabes cómo me llaman? El universitario. Creen que no tienen nada que ver conmigo y si me dirigen la palabra es solo para preguntarme sobre el tiempo.

—Oye Carl, ¿crees que mañana lloverá?

Él sonrió. —Exacto. Me tienen frito. Eso sí, si hay previsión de lluvias me adoran como si las trajera yo.

Se echó a reír a carcajadas. —Serás exagerado.

—Qué va. ¿Quieres que te lo demuestre? —Se levantó y gritó —¡Chicos, creemos que mañana va a llover!

Todos gritaron de la alegría y asombrada vio como un tipo le daba un abrazo. Al mirar a Galen vio que la rubia de la alegría le plantaba un beso en los morros y algo en ella la hizo gruñir. Carl riendo volvió a su lado. —¿Ves? Ya verás cuando mañana se encuentren un sol de justicia.

Divertida susurró —Seguro que no apareces por aquí en una semana.

—¿Una semana? Yo no vuelvo hasta que llueva, que hasta entonces no habrá quien les

aguante.

—Vaya, lo siento, y lo has hecho por mí.

—Ha merecido la pena —dijo mirándola fijamente.

—No.

—Lo sé. Eres de esas mujeres que saben lo que quieren y si has venido aquí es porque tienes algo en mente. ¿Le conozco?

—No es lo que te imaginas, esto es trabajo.

—Ya, claro. ¿Quién es?

—Galen Newhall. —Él silbó. —¿Qué?

—El niño bonito. Por aquí le adoran porque da mucho trabajo, que es lo que falta.

—Me lo imagino.

—Según he oído trabaja como un cabrón. Le admiran por lo que tiene y por cómo sigue avanzando para conseguir que su explotación prospere.

—Y eso quiero yo también, que prospere con mi maquinaria.

—Odia a los viajantes. Dice que no hay nadie más pesados que ellos.

—Sí, ya me he dado cuenta de que no somos santos de su devoción.

—¿Ya te has pasado por su rancho?

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—No quiso escucharte.

—Oh, sí que me escuchó, pero pasó de mí.

Toro se acercó. —Niña, si quieres hablar con él debes darte prisa, esa se lo quiere comer.

Su mirada fue a parar a él que seguía observándola mientras la rubia le daba besos en el cuello. Gruñó de nuevo y mirando a Toro bebió de su cerveza antes de decir —No tiene pensado

irse a ningún sitio. Esa no le interesa.

—Parece que conoces muy bien a los hombres.

—Con catorce hermanos y un padre no es de extrañar.

—Catorce... —Carl se echó a reír. —Me tomaste la medida en cuanto hablé contigo, ¿no?

—Eres inofensivo. Ese del final de la barra es el que me pone los pelos de punta.

Miraron hacia allí para ver un tío con los codos apoyados en la barra mirándola fijamente desde que había llegado. Toro apretó los labios. —Cuidado chica... Ha estado en la cárcel por agredir a su novia.

—Tranquilo, que sé cuidarme sola.

—Hostia, Perk es un mal bicho. Cuando llegué aquí, se metió conmigo y casi tuve que huir del local porque estaba empeñado en pegarme una paliza.

—¿En qué trabaja?

—Vive de la pensión de su madre —dijo Toro—. Nadie quiere darle trabajo por aquí. Ha tenido problemas con Galen varias veces, porque el jefe le dejó las cosas muy claritas cuando estaban en el instituto. Intenta provocarle todo lo que puede.

—Aléjate de él. Ese solo da problemas.

—Pues viene hacia aquí.

—Mierda —dijo Carl por lo bajo.

En ese momento se puso a su lado. —Enano, ¿quién es tu amiga?

Blondelle volvió la vista hacia él lentamente. —¿Qué has dicho?

—Perk no queremos problemas —dijo Toro—. Vuelve a tu esquina.

—¿Qué pasa, no puedo hablar con ella? ¿Acaso es vuestra?

—Para ti sí —dijo Blondelle fríamente.

—Vaya, la princesita tiene malos humos.

—Y más te vale que no los veas de cerca, así que lárgate.

Eso pareció hacerle gracia y apoyó la mano en la barra interponiéndose entre Carl y ella para decirle a la cara —¿Seguro que no quieres bailar? Bailo muy bien y tú tienes pinta de ser la hostia moviendo las caderas.

La implicación sexual era tan clara que era para ofenderse. —¿Por qué no te alejas un poco? Te apesta el aliento.

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe. —¿Pero a ti qué coño te pasa, pija de ciudad?

—Esta pija no quiere tu compañía y te va a retorcer las pelotas como no te alejes. —Toro cogió un bate de béisbol, pero ella hizo un gesto con la mano para que se detuviera. —Aléjate.

—¿Algún problema?

Gimió al escuchar la voz de Galen tras él y estiró el cuello a un lado para verle. —No, ningún problema. Perk ya se va.

Este se enderezó tensándose y se volvió. —¿Qué pasa, Galen? ¿También es tuya como casi todas las mujeres de por aquí?

La envidia que mostraba su voz era peligrosa, muy peligrosa. Estaba deseando partirle la cara.

—Deja a la señorita en paz.

—La señorita... —Se echó a reír. —Esta no tiene nada de señorita.

Asombrada miró a Carl que hizo una mueca.

—Esta va buscando lo que va buscando, solo hay que verla.

—Disculpa. —Perk se volvió y recibió un puñetazo en toda la nariz que le hizo trastrabillar hacia atrás casi llevándose a Galen por delante. Se bajó del taburete y lo cogió para arrearle con la parte metálica del asiento en toda la cabeza antes de que nadie pudiera reaccionar,

haciendo que el tipo pusiera los ojos en blanco cayendo hacia atrás tan largo como era. —¡Sí soy una señorita! —Volvió a poner el taburete en su sitio y se sentó. —Toro, ponnos una cerveza que me ha alterado.

Asombrado como todos los demás asintió. —Sí, claro.

—Hostia, ¿estás loca? —preguntó Galen atónito.

—Se ha pasado. Cuando se pasan hay que pararles los pies, eso dice mi padre —le aclaró a Carl que asintió como si estuviera aprendiendo una lección muy importante.

—¡Pues ya verás cuando se despierte!

—Carl me acompañará hasta el coche.

—¿Yo? —preguntó su nuevo amigo atónito.

—Sí, tú —dijo entre dientes.

—Joder, esto es estupendo. —Galen se pasó la mano por su cabello negro despeinándose antes de gritar —¡Sacadle de aquí!

Varios se acercaron en el acto para cogerle de los pies y de las manos para sacarle del establecimiento y Toro puso tres cervezas sobre la barra. —Galen igual deberías acompañarla hasta el hotel. Ese idiota puede darle un susto y de los gordos cuando se despierte.

—Venga, nos vamos —dijo él muy tenso.

—Estoy hablando con Carl. —Sonrió a su amigo. —Es todo un descubrimiento. Presiento que he encontrado un amigo para toda la vida.

La miró ilusionado. —¿De veras?

—Sí. Conectamos.

—Conectáis —dijo Galen entre dientes antes de mirar pasmado a Toro—. Conectan.

—Son cosas que pasan.

—Blondelle nos vamos.

Le miró asombrada. —¿Ahora vas a ponerte pesado tú?

—¡Solo quiero protegerte!

—Como te acabo de mostrar sé protegerme sola. La rubia te espera.

—¿Dónde estás hospedada? —Ella se encogió de hombros. —¿No sabes el nombre?

—Todavía no he buscado.

—Puedes quedarte en mi casa. —Toro y Galen fulminaron a Carl con la mirada. —Yo dormiré en el sofá.

Blondelle sonrió. —¿De veras me ofreces tu casa? Eres muy amable.

—Se quedará en el rancho. —Casi chilla de la alegría y le miró levantando una ceja. —Allí estarás segura.

—Ah, ¿sí? ¿Pero qué te pasa? No es para tanto.

—Ese cabrón le rajó la cara a una vecina porque quería dejarle, así que no me digas que no es para tanto.

—Cariño, ¿qué ocurre? —La rubia hizo acto de presencia y le cogió del brazo mirándola fríamente. Vaya, otra enemiga. —¿No nos vamos?

—No, no nos vamos. —Sorprendiéndola apartó el brazo para coger el de Blondelle. —Venga, nos vamos.

—Te he dicho que quiero hablar con Carl. Aún no me ha dado su número de teléfono ni nada.

—Uy... —Este agarró una servilleta y dijo —No tengo boli. ¡No tengo boli!

—Espera que yo tengo y... —Miró a Galen a los ojos. —¿Me sueltas el brazo?

Él gruñó mientras la soltaba a regañadientes. Buscó en su bolso un boli de promoción de la compañía. —Te lo puedes quedar.

—Gracias —dijo mirándola con adoración antes de empezar a escribir como un poseso.

—¿Cómo que no nos vamos? —preguntó la rubia indignada.

—May, tengo que llevarla al rancho —dijo Galen entre dientes como si darle explicaciones fuera una molestia enorme.

—Que vaya solita. Además, ¿quién es esta para que se quede en el rancho?

La fulminó con la mirada. —Mi invitada.

—Amigo, ¿qué pasa? —El tipo rubio que había estado en su mesa se acercó con su chica colgada de su cintura como si fuera un koala. —¿No te vienes a casa?

Era evidente que en casa de su amigo tenía el picadero para llevar a las chicas. —No, no puedo. Blondelle, nos vamos.

Ella sonrió al recién llegado. —¿Tú eres Martin? —Alargó la mano. —Yo soy Blondelle, encantada.

Confundido le dio la mano. —Mucho gusto. Amigo, ¿es tu invitada? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó su pareja.

—Porque mi amigo nunca tiene invitadas tan atractivas —dijo sin cortarse.

Esta jadeó molesta soltándole. —¿Te gusta la rubia?

—Bueno, habría que estar ciego para que no me gustara.

Galen le miró como si quisiera desmembrarle. —Martin cierra el pico.

—Ah, que es terreno acotado.

—Cállate.

Su amigo reprimió una sonrisa mirándola a los ojos. —Ha puesto los ojos en ti.

La rubia jadeó. —¿Pero qué dices, idiota? ¡Si sale conmigo!

—Y como sale contigo no puede gustarle otra.

—¡Claro que no!

—Martin, ¿por qué no desapareces? —preguntó Galen mosqueadísimo.

—Bueno, pues me quedaré con esta. —Asombrada vio como miraba a su cita divertido y esta sonreía triunfante como si le hubiera tocado la lotería antes de que se largaran del local.

—Así que me dejas tirada por esta —dijo May mosqueadísima.

—¿Acaso no has visto lo que ha pasado?

—¿Y qué más te da? —gritó perdiendo los nervios. Galen se tensó y de repente ella debió darse cuenta de que había metido la pata porque sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo siento, es que ...

—Vete a casa —dijo fríamente.

Y la tía se echó a llorar y sale corriendo. Blondelle no salía de su asombro. —¿Pero qué les pasa?

—¿Ahora me vas entendiendo? —Le dio la servilleta. —Llámame —dijo casi con desesperación.

—Si se va a largar —dijo Galen mirándole como si fuera estúpido.

—Ese es nuestro problema —le replicó ella cortante.

Galen entrecerró los ojos. —¿Vienes o no?

Sentía que esa respuesta podría cambiar el rumbo de su relación, pero su rebeldía le hizo decir —Creo que voy a aceptar la invitación de mi amigo.

Él se tensó como si le acabara de insultar. —Pues allá tú.

—Exacto, allá yo con lo que haga con mi vida. —Se bajó del taburete. —¿Nos vamos, amigo?

—Sí, por supuesto —dijo loco de contento sacando varios billetes del bolsillo.

—Invita la casa —dijo Toro muy serio.

—Gracias. —Ella le sonrió. —Ha sido un placer conocerte, si no te veo más deseo que todo te vaya muy bien.

Él sonrió. —El placer ha sido todo mío.

Miró a Galen. —Gracias por la invitación y dile a tu abuela que me ha encantado conocerla.

En sus palabras era evidente que no había sido un gusto conocerle a él y Galen siseó — Que tengas buen viaje.

—Oh, lo tendré. Cuando vuelva, claro... —Cogió del brazo a su amigo. —¿Nos vamos?

—Por supuesto. No está muy lejos.

Se volvieron y charlando salieron del local mientras Galen apretaba los puños. Toro se dio cuenta y dijo —Menuda mujer. Si fuera joven correría tras ella.

—Cierra el pico. —Cogió la cerveza de Blondelle y le dio un buen trago haciendo que Toro reprimiera una sonrisa mientras pensaba que la chica le había sorprendido. Les había sorprendido a todos y no había más que ver como sus clientes se habían puesto a cotillear en cuanto había salido de su local. Era una pena que no se quedara por allí, necesitaban sangre nueva.

Capítulo 4

Se despertó a las cinco porque la perrita de su amigo roncaba lo que no estaba escrito y para colmo creía que la cama era suya. La muy pilla se había pasado las pocas horas que había dormido intentando ganarle terreno y ahora ella estaba en un extremo de la cama mientras Queen bien atravesada ocupaba todo lo que podía. Sonrió porque era para comérsela. Suspiró pasándose la mano por los ojos antes de mirar el techo. Se había acostado a las dos después de estar hablando con Carl horas. Era un chico estupendo y era cierto que habían conectado. Sonrió. Cuando llegaron a su casa se puso nervioso porque la tenía hecha un desastre, pero entre los dos recogieron hablando de lo sucedido esa noche.

—A Galen no le ha gustado nada tu decisión.

—Bah, es que está acostumbrado a que no le lleven la contraria —dijo cambiando las sábanas.

—¿No te preocupa? —preguntó con unas toallas limpias en las manos.

—No.

—Te gusta.

—Sí, me gusta, pero no voy a dejar que ningún hombre domine mi vida. —Le guiñó un ojo.

—¿Otro consejo de tu padre?

—De mi madre. Casada con un hombre con mala leche, tuvo que aprender a imponerse.

Y teniendo quince hijos aún más. Te aseguro que nadie se le sube a la chepa a Blondelle Quirk.

Él sonrió con pena. —Debe ser estupendo tener una familia tan grande.

Se sentó en la cama y le miró. —¿Estás bien?

—A veces es duro. No tener a nadie...

—Yo me volvería loca. —Se levantó y le dio un abrazo. —Pero ahora me tienes a mí.

Él la abrazó. —Esto es casi un milagro. Pero te irás.

Apretó los labios apartándose y al mirar sus ojos castaños se dio cuenta de cuanto la necesitaba. —¿Por qué no te vienes a los Estados Unidos? Seguro que allí encuentras trabajo.

Él sonrió. —Jamás encontraría un trabajo de lo mío con el rango y el sueldo que tengo aquí.

—Otra razón para no irse, ¿no?

—Me encanta mi trabajo y es lo único que me queda. No puedo irme. —Lo entendía, pero estaba en un círculo vicioso. —¿Por qué no te quedas tú?

Se apartó haciéndose la loca.

—Sé que tienes allí a todos los tuyos, pero también sé que Galen te gusta, y mucho. Y por lo que me has contado de tu vida vivir en el rancho sería un sueño, ¿por qué no te quedas?

Se sentó de nuevo en la cama y decidió ser sincera. —Sé que no se enamorará de mí.

—Es muy significativo que no hayas dicho que tú no te enamorarás de él, ¿pero por qué crees que él no lo haría de ti?

—Esta noche en la cena no me miró en ningún momento con ese interés. De hecho, no dejó de mirarme cabreado como si le estuviera amargando cada bocado. No ha habido ni una sola señal de que le interese.

—Pero eso es porque desconfía de ti. Y cree que te largarás. —Se sentó a su lado. —¿Sabes que su madre le abandonó? ¿Y su padre?

—Sí, me lo contó su abuela.

—Creo que una persona como él, que está tan expuesto a todos además y que tiene su rango en esta sociedad, no confía en cualquiera fácilmente. Tendrías que ganarte su confianza y después puede que se soltara.

No sabía si contarle lo que le había pasado en el rancho, pero sí que podía contarle algo.
—A su abuela le gusto. Le gusto mucho.

Los ojos de su amigo brillaron. —Eso es genial, no le gusta ninguna. Ya tienes mucho ganado.

—Me ha invitado a estar en el rancho una temporada.

—Sí que le has caído bien.

—Me ha dejado ver que no le importaría nada que emparentáramos, no sé si me entiendes.

—La hostia. Y te ha conocido hoy. ¿Sabes el terreno que has ganado? La vieja tiene muy mala baba, sobre todo cuando se trata de Galen. Le protege con uñas y dientes. Tengo entendido que cuando Galen estaba en el instituto salía con una chica, pero fue a hablar con sus padres y les amenazó para que lo dejara o despedía a su padre.

—¿Qué dices? —preguntó asombrada—. ¿Hillary hizo eso?

—Oh, sí. Después se descubrió que la chica estaba embarazada y sus padres fueron al rancho a reclamar su paternidad. La vieja les gritó desde el porche que fueran a hablar con el hijo de Toro, que tenía mucho que ver en ello. Y era cierto, el chico confesó que se la trajinaba. De hecho, perdió la virginidad con él.

—¿Y el niño era suyo?

—Clavadito. Al parecer fue un escándalo. Los padres de la chica llevaron a los Newhall a juicio y se demostró que el hijo era de James no de Galen.

—Otra razón para desconfiar.

—Desde entonces no ha salido con ninguna en serio. Un par de citas y lo que viene después, pero nada más.

—Pero aquí hay pocas chicas.

—Bueno, tiene a una fija.

—¿Qué?

—Una divorciada que tiene dos hijos. Se ven de vez en cuando, lo sabe todo el mundo porque no se cortan. Creo que se llama Bea.

—¿Y las chicas que salen con él saben que tiene una amante fija?

—Sí, y ella también sabe lo de las otras. Tienen un acuerdo de esos. Es cómodo para los dos, ¿sabes? No se exigen nada. Ella solo quiere pasárselo bien cuando su ex tiene a los niños y el resto del tiempo es libre para hacer lo que le venga en gana. No están enamorados ni nada de eso.

—Genial —dijo con ironía.

—Se rumorea que la vieja estaba preocupada por ella, pero Galen debió hablar con la abuela porque ya no volvió a ponerle mala cara en misa.

—¿Vas a misa? —preguntó sorprendida.

Se sonrojó ligeramente. —Es otra manera de socializar.

—Oye, no te juzgo. Soy católica, aunque en Austin no voy mucho, pero en casa no falto un domingo. Pero pensaba que tú no eras católico.

—¿Y eso?

—No sé, los científicos no suelen creer.

—Pues yo soy de los que opinan que lo que inició todo esto, tuvo que salir de algún sitio. Pero no cambies de conversación, ¿qué vas a hacer?

Apretó los labios mirándose las manos y Carl la observó. —¿Por qué fuiste al bar esta noche? Porque no has insistido en que te comprara nada en ningún momento, así que no has ido por trabajo.

—No lo sé. Pero cuando estaba en su casa y dijo que se iba al bar, supuse a lo que iba. Me tocó las narices. —Miró a su amigo. —Igual fue mi orgullo, no sé.

—Y tu orgullo hizo que no fueras a dormir al rancho esta noche.

—No sé si fue mi orgullo, pero sentía que tenía que demostrarle que a mí no me va a tratar como a esa. Si está conmigo está conmigo, a mí esas tonterías de me acuesto contigo y paso a la siguiente, no majo.

Carl asintió. —Entonces lo vas a intentar.

—No me lées.

Su amigo se echó a reír. —¿Yo te lío? ¡Tienes que decidirte!

—Ya lo pensaré mañana.

Y ya había llegado la mañana y no se había decidido. Suspiró mirando el techo. Después de dormir unas horas no es que lo tuviera muy claro, la verdad. ¿Le gustaba? Claro que sí, fue verle por primera vez y todas sus células gritaron de la alegría. Pero había tantas cosas en contra... Vivir allí, tan lejos de los suyos sería doloroso. ¿Pero en qué estás pensando, Blondelle? Para eso él tendría que enamorarse de ti y por cómo te mira la cosa va muy mal. La mirada que le había echado la noche anterior cuando se fue con Carl la hizo gemir. Y todo porque le había llevado la contraria. ¿Debía aceptar la proposición de Hillary? Igual el roce hacía el cariño. Pero si no salía bien no sería capaz de coger su dinero. ¿Tan segura estaba de que eran el uno para el otro? Su corazón decía que sí, pero su cabeza le decía que cogiera un avión cuanto antes. ¿Y si le daba otra oportunidad? Se sentó a toda prisa y fue hasta su maleta abierta para coger algo de ropa. Sí, le vería de nuevo a ver si esas mariposas que sentía en el estómago aún seguían ahí o se habían largado con viento fresco. Hablando de fresco, allí hacía un calor de mil demonios. Entró

en el baño y abrió el grifo de la ducha para refrescarse rápidamente.

Se estaba enjabonando el cabello cuando llamaron a la puerta. —¿Sí?

—¡Tengo que ir a trabajar, te he dejado café en la cocina!

—Gracias, eres un amor.

—Te llamo luego, porque hoy te quedas, ¿no?

—¡Sí!

—Genial, si no te quedas en el rancho podemos cenar aquí.

Sonrió. —Vale.

—Voy a por más cafeína que se me cierran los ojos.

—Oh, pobrecito.

—¿Quieres un consejo?

—Claro.

—Ponte este pantaloncito blanco. Se quedará bizco mirándote las piernas.

—¡Oye, deja de registrar mi ropa!

Se echó a reír alejándose y Blondelle entrecerró los ojos. —Pantaloncito blanco, ¿eh?

Frenó ante la casa y se bajó del coche a las seis de la mañana en punto. Ya estaba amaneciendo y mirando el horizonte subió los escalones haciendo resonar los tacones de sus botas vaqueras en la madera del porche. —Buenos días... —dijo abriendo y entrando en la casa como si tuviera todo el derecho del mundo.

—Oh, niña... —Entró en la cocina y sonrió a Hillary. —¿Cómo te has levantado tan temprano?

—A quien madruga Dios le ayuda. —Señaló la cafetera. —¿Puedo?

—Claro.

—Carl hace un café horrible. —Hillary la miró sin comprender. —Me he quedado en casa de Carl...

—¡No!

—No ha pasado nada, somos amigos.

Dio un paso hacia ella. —¿Mi nieto lo sabe?

—Claro. Se ofreció a que me quedara aquí, pero con un tono dictatorial que no me gustó un pelo.

—¿Te ofreció venir aquí y te fuiste con el otro? ¿Pero a ti qué te pasa?

Gruñó antes de dar un sorbo a su café. —Qué maravilla. —Fue hasta la mesa y se sentó. —¿No se ha levantado?

—No, pero estará a punto y eso que ha llegado hace un par de horas.

La miró sorprendida. —¿Cómo que hace un par de horas si le dejé a las diez y estaba solo porque espantó a la de turno!

—Pues ha llegado hace un par de horas. Yo ya estaba despierta aseándome cuando ha llegado.

—Mierda. —Bebió de su café. —Eso es que quedó con la divorciada.

—¿Ya sabes lo de la divorciada?

—Carl no habla con mucha gente, pero se sabe todos los cotilleos.

—Es un buen chico. Un día nos encontramos en el supermercado y me llevó la compra al coche.

Sonrió. —Y es todo un caballero. Me trata como a una princesa. Hasta me ha cedido su cama y me ha hecho el café con una tostada. Toda quemada, pero lo que cuenta es la intención.

—Así que sois amigos, nada más.

—Quiere que me quede. —Entrecerró los ojos. —Siento que me necesita.

—Yo sí que te necesito y mi nieto también, así que ponte las pilas.

—Solo te lo decía para que vieras que tienes un aliado.

—Estupendo, ¿entonces te quedas?

—Me lo estoy pensando. ¿Has desayunado? —Se levantó y fue hasta la cocina. —Voy a hacer unos huevos.

—Niña, ya lo hago yo.

—Tengo dos manos, ¿sabes? ¿Has desayunado?

—No, siempre lo hago con el chico. ¿Te lo estás pensando?

Abrió la nevera y cogió los huevos. —Vamos a ver qué pasa hoy.

Vio que los panecillos ya estaban en el horno, así que hizo huevos con beicon y cuando terminó, los panecillos ya estaban preparados. Charlando con Hillary de lo ocurrido la noche anterior sirvió los tres platos. —Cuidado con ese, niña. Perk es un ojerizo. Siempre busca problemas y con quien se lleva mal... Pregúntaselo a Galen.

—Ya me informó, por eso me invitó a dormir en el rancho. Pero eso de que se haya ido con esa... —Cogió la jarra de café y la puso sobre la mesa. —¿No te indica nada?

—¿Que se sentía solo? —preguntó con inocencia.

—No, lo que indica es que pasa de mí como de la mierda.

—¡Niña! —La abuela se echó a reír. —Qué cosas dices. ¿Cómo no vas a gustarle? Seguro que les gustas a todos.

—Pues hasta ahora no es que se cayeran de las ventanas al verme pasar, la verdad.

—En América están ciegos.

—Como tu nieto. —Se volvió y gritó a pleno pulmón —¡Levántate vago, que ya han

pasado las lecheras! —Al mirar hacia la abuela que parecía pasmada preguntó —¿Qué?

—No se levanta de muy buen humor y a gritos menos.

—Bah, no me intimida.

—Pues debes ser de los pocos.

Escucharon un portazo y Blondelle sonrió cogiendo el tenedor. —Ya se ha levantado.

—Ya, ya...

Se apartó su cabello rubio y se puso a comer con ganas. —¿Qué vas a hacer hoy?

—Galletas y lasaña para cenar.

Gimió de gusto. —¿Me invitas?

—Niña, no necesitas decirlo.

—¿E invitas a Carl? No quiero dejarle solito. Necesita relacionarse con alguien.

—Claro que sí, es un chico estupendo.

Sonrió. —Genial. Se lo diré cuando hablemos por teléfono.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—¿No está claro? Intentar conocer a tu nieto, a ver si congeniamos.

Los pasos sobre los escalones demostraban que iba a la guerra y sonrió de oreja a oreja mirando hacia la puerta de la cocina. Cuando apareció jadeó al ver que tenía un ojo morado. —
¿Pero qué te ha pasado?

—¡Nada! ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a por los catálogos y nos ha hecho el desayuno —dijo su abuela a toda prisa —. ¿Quién se ha atrevido a hacerte eso?

—Perk se despertó con ganas de gresca.

—Espero que haya quedado peor —dijo Blondelle como si lo contrario fuera impensable.

—Esto me lo hizo porque ese malnacido me pilló desprevenido. —Se acercó a la mesa y se sirvió un café, pero no se sentó.

—¿No desayunas?

—Hace los huevos mejor que yo.

—Eso es imposible —dijo ella mirándola con cariño.

—No tengo hambre.

—Tienes que desayunar. Tu trabajo es muy exigente y no puedes irte con el estómago vacío.

Gruñó como si se estuviera mordiendo la lengua antes de dar otro sorbo a su café. —Hijo, la niña tiene razón. Siéntate.

Aquello era una orden en toda regla. Blondelle miró hacia él levantando una ceja y este gruñendo de nuevo se sentó. No pudo evitarlo se echó a reír.

Él la fulminó con la mirada. —¿De qué te ríes?

—Gruñes como mi padre. Cuando algo le molesta gruñe como si eso lo dijera todo. Por cierto, le caerías muy bien.

—¿Y eso por qué?

—Tiene un rancho. En Texas cerca del Paso.

Entrecerró los ojos como si eso no se lo esperara. —¿Tu padre tiene un rancho?

—Oh, sí. No es tan grande como este, pero ha dado para comer.

—Con quince hijos más le valía —dijo la abuela.

—¿Tienes catorce hermanos? —preguntó incrédulo.

—Todo el mundo pregunta lo mismo. No sé por qué es tan raro.

—Bueno niña, en los tiempos que corren es raro. —Miró a su nieto. —Y es la única chica. Se ha criado con quince hombres.

—Por eso sé defenderme. Si no pegaba cuatro gritos o les tiraba de las orejas pasaban por encima de mí. —Se metió una buena cantidad de huevos en la boca y masticó con ganas sintiéndose observada por él. —¿Qué?

—Nada.

—Sobre los tractores...

—No.

—¿Y los bebederos? Vamos, cómprame algo.

—¿Te estás oyendo? ¿Así haces tus ventas? ¿Suplicando?

—Es imposible que no te haya gustado nada y como se lo compres a otro me voy a cabrear.

—Yo solo compro en empresas australianas.

Blondelle parpadeó. —Pues llevas unos Levi's.

La miró como si quisiera soltar cuatro gritos. —La tienda estaba aquí.

—A ver si lo he entendido, si tuviera una sucursal aquí me comprarías.

—Puede.

Miró a su abuela que se encogió de hombros. —Tonterías que le metió su abuelo en la cabeza.

—Hay que comprar productos australianos, abuela. Te lo he dicho mil veces.

—¿Tú exportas carne? Con una explotación como la tuya... —La fulminó con la mirada.
—Ah, que de eso no se puede hablar.

Su abuela se echó a reír. —Ahí te ha pillado, hijo.

Gruñó metiéndose media loncha de beicon en la boca.

—¿Ese beicon es de aquí? No vaya a ser que te salga una úlcera por comerlo de otro sitio.

Él siguió masticando mientras aparentaba que la ignoraba y Blondelle suspiró. —Sí que eres duro de pelar. El detector de agua...

—No lo necesito.

—Bueno... entonces me iré con mi aburrida conversación a otra parte. Hillary, ¿hay algún otro rancho por aquí?

—Tienes uno a cuarenta kilómetros al oeste. Pero el señor Soller no te va a comprar nada. Está casi en la ruina.

Suspiró. —Vaya, pobrecito.

—¿Pobrecito? —dijo Galen mosqueado—. Ese mamón mató a su hermano por las tierras, a mí no me da ninguna pena.

—¿Le mató? ¿Por las tierras? ¿Y está suelto?

—No encontraron el cadáver —dijo su abuela—. Desapareció y...

—A lo mejor no le mató, puede que se largara. —Por como la miraban era evidente de que estaban convencidos de que el tipo la había guiñado. —Leche, seguro que está enterrado en sus tierras.

—Seguro, pero a ver quién le encuentra.

—Bueno, entonces debería irme.

Galen que iba a beber de su café se detuvo en seco y pareció hasta ilusionado. —¿De veras?

—Pues no, tu abuela me ha invitado a cenar. —Él volvió a gruñir. —No te alegres tanto, que me da algo de la impresión.

La abuela reprimió la risa. —¿Y qué vas a hacer todo el día?

—¿Tienes algo estropeado para mí?

—Niña ayer lo arreglaste todo.

Tamborileó los dedos sobre la mesa antes de mirar a Galen —¿Quieres que te ayude?

Eso sí que pareció sorprenderle. —¿Ayudarme a qué?

—¿A qué va a ser? A arrear ganado. —Parecía que le había dado la sorpresa de su vida.
—Eh, que mi padre tiene un rancho. ¿Cómo crees que me ganaba mi paga?

—Mira con tu padre, quince vaqueros tenía. —Miró a su nieto. —¿Ves como si tuvieras hijos te ayudarían?

—Primero tienen que crecer, abuela. —Entrecerró los ojos. —¿Así que vendrías conmigo?

—Claro. —Sus ojos brillaron de la ilusión. —De hecho, tengo ganas de ver tus tierras.

—Tú lo que quieres es ver mi material a ver si puedes venderme algo.

—Eso también.

—No volveré hasta la cena.

Era un reto. Quería espantarla. —¿Y?

—¿Hace cuánto que no montas a caballo? ¿Y todo el día además?

—Pues hace dos domingos, que ayudé a mi padre con la manada.

La abuela se echó a reír. —Con ella no vas a poder, hijo. Venga, llévatela y muéstrale como es un rancho australiano.

Ella levantó una ceja. —¿Acaso no te atreves?

—No digas tonterías.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó. —Pues vamos.

La miró de arriba abajo deteniéndose en sus piernas. —Así no vas.

—Ya está buscando una excusa. —Se miró la blusa de seda rosa y los pantalones blancos con las botas vaqueras. —¿Qué tengo?

—Niña necesitas pantalones largos, no puedes ir con las piernas al aire. Piensa en los hombres con los que trabajarás.

—Oh, es que en el rancho de mi padre no tengo que pensar en nadie. Pues me cambio. En un minuto estoy lista.

Salió de la cocina y la abuela le miró. —¿Qué opinas?

Gruñó. —Que hasta que no me venda algo no va a parar.

Capítulo 5

Lista con una camiseta vieja que usaba para dormir y un vaquero desgastado salió del baño de abajo para ver que Hillary estaba sola en la cocina. —¿Dónde está?

—Ensillando los caballos. —Le guiñó un ojo. —A por él.

—No corras tanto. A ver cómo se porta. —Salió de la casa y corrió hacia el establo. Cuando llegó vio el caballo que estaba ensillando. Un castaño precioso pero que ya tenía sus añitos. —A ver si lo reviento.

Apretando las cinchas dijo —Max aguanta lo suyo.

Sí, aguanta lo suyo, el tema es que la aguantara a ella. Miró a su alrededor para ver un caballo de pelo negro que era muy joven. —¿Y ese?

—Ese solo lo monto yo.

Bueno, era lo que había. Se acercó y cogió el bocado poniéndoselo con eficiencia. Se acercó a la silla y se subió con agilidad acomodándose. —¿Con los caballos también conducís por la izquierda?

—Muy graciosa.

—Vamos, ríete un poco. La vida es demasiado corta para estar siempre con esa cara. —Le guiñó un ojo e hincó los talones saliendo lentamente del establo. Le miró sobre su hombro sonriendo. —Ya vamos tarde y seguro que hay mucho que hacer. —Cuando llegó fuera le esperó y apenas dos minutos después salía él a galope alejándose sin esperarla. Jadeó. —Menos mal que

tengo mucho aguante... —Salió a galope tras él, pero su caballo no iba a su ritmo ni de broma. Ahora entendía por qué lo había elegido, para que siempre fuera tras él siguiéndola como su perrito faldero. Qué mala leche tenía.

Recorrieron los prados que no es que tuvieran mucho pasto y después de diez minutos a caballo se preguntó dónde diablos estaría la manada porque ella todavía no la veía y mira que aquello era llano. Entonces a lo lejos vio los puntitos negros. Leche, ¿todavía quedaba tanto? Si tardaba más de media hora en ir hasta la manada desde su casa. Ni ella tardaba tanto en llegar desde el trabajo hasta su apartamento. Le vinieron mil preguntas, pero por mucho que azuzaba a su pobre caballo este no daba más de sí. A lo lejos vio dos vaqueros que salían de una especie de barracón y se subían al caballo como si supieran que el jefe llegaba. Cuando Galen llegó hasta ellos les habló muy serio y cuando llegó ella sonrió a los hombres que intentaban disimular que les sorprendía su presencia allí. —Hola chicos. Soy Blondelle.

Galen volvió la cara hacia ella y no parecía nada contento de que hubiera hablado. De repente sonrió con ironía. —Blondelle piensa que puede arrear el ganado. Veamos cómo se desenvuelve.

—Jefe, ¿estás seguro de esto? —preguntó el más mayor de todos que debía tener unos cuarenta años.

—Es toda una ranchera de Texas, Bill —dijo con ironía—. Igual hasta nos enseña algo.

Ese tonito se lo iba a tragar. —¿Qué tenemos que hacer?

—Trasladaremos estas reses para su transporte.

—Perfecto. —Agarró bien las riendas. —¿Dónde me coloco?

—Quédate atrás, a mi lado, para evitar que alguna no siga a la manada.

—Lo que diga, jefe. —Miró la manada que debían ser dos mil reses. Nunca había trasladado una tan grande, pero no habría problema. Además, eran cinco. Había un hombre a caballo a unos metros. Le pareció raro que no se acercara. ¿Acaso no necesitaba instrucciones del

jefe? Que extraño...

—¡Vamos! —ordenó él. Los hombres se alejaron y Galen se puso a su lado—. ¿Seguro que puedes con esto? No me gustaría tener que llamar a emergencias.

Sonrió radiante. —¿Te preocupas por mí? ¿Ya empiezo a caerte bien?

—Blondelle esto no es una broma.

—¿Hacia dónde vamos para que sepa cuál es la parte de atrás de la manada?

Él apretó los labios. —Hacia el norte.

—Perfecto jefe. —Azuzó a su caballo y se adelantó apenas unos metros para colocarse tras la manada. Desde su posición vio como él bordeaba a las reses para hablar con el hombre que vigilaba el otro extremo de la manada. Sus hombres se colocaron cada uno a un costado y el que estaba sobre el caballo cuando habían llegado miró hacia ella antes de asentir en señal de saludo. Blondelle se acercó a caballo colocándose a su izquierda. Le sonrió. —Hola. —Él sin decir una sola palabra cogió el látigo. —Soy Blondelle, ¿y tú?

La miró a los ojos, aunque apenas fueron unos segundos. Blondelle perdió la sonrisa poco a poco y supo lo que ocurría. —No puedes hablar, ¿verdad? —Negó con la cabeza y lo sintió por él. —Es un gusto conocerte.

En ese momento Galen se colocó a su derecha a unos metros. —¿Listos? —Sacó su látigo y la miró antes de apretar los labios.

Uy, que se arrepentía. Blondelle metió los dedos en la boca y silbó con tal fuerza que la manada se puso a andar. Las siguieron a su paso, por supuesto, y loca de contenta por estar allí miró a Galen, que iba hacia una res que no se había movido del sitio. Ella vigiló su zona yendo detrás de la manada que iba a su ritmo. Entonces vio algo raro y estiró el cuello mientras Galen regresaba incorporando el animal a la manada. Él se acercó y sacó algo de la alforja que llevaba detrás. Se lo tendió y Blondelle parpadeó al ver una gorra. —Gracias. —La cogió y sus dedos se rozaron sintiendo tal descarga que le robó el aliento. Se miraron a los ojos y sintió una conexión

con él, pero Galen se tensó sobre su caballo tirando de las riendas para alejarse de ella. Aún impresionada miró al frente antes de bajar la vista hasta la gorra. Era la cosa más horrible que había visto en la vida, naranja y con el logo en verde fosforito, pero ella sintió que era un regalo precioso porque le preocupaba que se quemara. Intentando disimular se puso la gorra y sin poder evitarlo miró a su otro compañero que no le quitaba ojo. Blondelle sonrió. —¿Aquí pega el sol, verdad? —Este asintió. —En Texas también.

En ese momento se desvió una de las reses y ella se acercó con el caballo haciendo que corrigiera su rumbo. Volvió a su lugar.

—¡Richard ponte a la derecha! —ordenó Galen.

El chico se alejó y Galen se acercó a ella. —No hables con él, le estás incomodando.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Todavía no ha admitido lo que le ocurre y no está preparado para relacionarse con nadie.

—¿Y qué le pasó?

—Tuvo una herida en la lengua y tuvieron que amputársela. Lo está digiriendo todavía, ¿entiendes?

—Pobre.

—Joder, no hagas eso. No le mires con pena.

—Lo siento, no quería incomodarle.

Galen asintió y se iba a alejar cuando ella preguntó —¿Y no sería mejor que hablara con él normalmente para que se dé cuenta de que la vida sigue?

—Si no se acerca ni a sus amigos de toda la vida. Déjale en paz.

Se iba a alejar, pero ella le dijo —Esa res está enferma.

Él la miró. —¿Qué?

—Esa. —La señaló con el dedo porque cada vez se quedaba más rezagada y la tenía en frente. —¿Ves cómo camina? Está enferma.

—No digas tonterías, las revisó el veterinario hace dos días para la venta.

De repente la res se tambaleó a un lado y él juró por lo bajo antes de fulminarla con la mirada. —Encima que te aviso.

—¡Bill!

Su hombre se acercó a toda prisa. —¿Qué ocurre, jefe?

Él le señaló la res que tropezó. —Detén la manada.

—Mierda. —El vaquero se alejó y silbó a sus compañeros que rodearon la manada para detenerla.

Blondelle bajó del caballo a toda prisa y se acercó a la res al igual que Galen. Se acercó a su cabeza y al ver la espuma en la boca apretó los labios. —Está al borde del colapso —dijo ella—. Está totalmente agotada.

En ese momento la res estornudó y le cayó el moco en la cara. Gimió pasándose las manos por los ojos. Qué asco.

Las risas hicieron que abriera los ojos para ver que los vaqueros se lo pasaban estupendamente. Incluido Richard y eso la hizo sentir genial. —Chicos, controlaos no vaya a ser que os caigáis del caballo.

Bill le pasó un pañuelo que daba pena. —No gracias. —Cogió el bajo de su camiseta y se limpió como pudo sin mostrar el sujetador.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó Bill—. ¿La apartamos?

Él apretó los labios mirando el resto de la manada. —Hay que apartarlas a todas. Hay que paralizar la explotación.

—¿Por qué? —preguntó ella confundida.

—Bill, esta tuvo un aborto hace una semana, ¿no es cierto?

Su vaquero frunció el ceño mirando el animal. —Joder jefe, creo que sí.

Juró por lo bajo mientras ella incrédula decía —¿Crees que es brucelosis?

—Mírala, está agotada. Joder... —Se volvió hacia sus hombres. —¡Dividid las manadas en grupos de cien y distribuirlas por la finca! ¡Tenemos que contener esto! ¡Bill vete a llamar al veterinario cagando hostias! ¡Como sea brucelosis me lo cargo!

Preocupada se subió al caballo. —Galen no te preocupes tanto, están vacunadas, ¿no?

—La vacuna no es efectiva totalmente.

—Aléjate de ella.

Entonces la miró sorprendido. —¡Hostia nena, ve a ducharte!

—Me infecté hace cinco años. No va a pasarme nada, soy inmune. ¡Apártate de ella!

—¿La pasaste?

—Mi padre perdió la mitad de la manada.

Se llevó las manos a la cabeza. —Joder. —La miró. —¿Crees que separándolas y sacrificando las enfermas será suficiente?

—Habrá que esperar los análisis, Galen. Venga, ahora solo nos queda intentar salvar lo que podamos.

Llegaron al establo a las tres de la mañana después de trabajar como nunca en la vida para intentar separar las reses lo máximo posible por toda la finca en grupos de cien. Ni hablaban, estaban desmoralizados, agotados y doloridos. El veterinario había sido claro, no podía salir ni una sola res de allí hasta que no tuvieran los resultados de los análisis. Y habían sido muchas reses que analizar. Blondelle había ayudado en lo que había podido, pero

desgraciadamente no se podía hacer más. Controlar las manadas, separar las enfermas de las sanas y rezar para que esas sanas no se hubieran infectado entre análisis y análisis. Y para eso Galen necesitaría ayuda. Cuando se bajó del caballo vio como él pensativo descabalgaba del suyo y empezaba a quitar la silla de su montura. —¿Estás bien?

La miró sorprendido como si no recordara que estaba allí. Preocupada rodeó a su caballo. —Todo irá bien. Los hombres no saben de más abortos y no hemos encontrado más en ese estado.

—Sabes que tarda en incubarse.

—No seas negativo. —Quitó la silla y la dejó en el soporte mientras él hacía lo mismo. —Venga, saca la manguera.

Parecía que le había dado la sorpresa de su vida. —¿Qué has dicho?

—Tenemos que limpiarnos lo mejor posible para no meter alguna bacteria en casa. Hay que prevenir. —Entrecerró los ojos. —¿No estarás pensando...?

Él carraspeó. —¿Pensando en qué?

—No sé. Tengo la sensación de que pensabas que quería que sacaras tu manguera.

—No digas tonterías. —Se acercó a la manguera que había en la pared del fondo.

—¿Tenemos jabón?

—No es de Marsella, pero valdrá. —Puso ante ella un bote de lavavajillas.

Mirándole de reojo se volvió y se quitó la camiseta. Entonces al sentir el agua fría en la espalda chilló volviéndose y mostrando su sujetador de encaje que se empapó cuando el chorro le dio de lleno antes de que el agua le diera en la cara. —¿Estás loco? ¡No me he desvestido todavía!

—Esa ropa hay que lavarla.

Se tiró sobre él y le agarró del antebrazo. —Déjame a mí, que te vas a enterar.

—Blondelle para. —Se echó a reír levantando el brazo provocando que se mojaran los dos, ella intentó arrebatarse la manguera pegándose a su cuerpo y Galen quiso apartarla, pero no se daba por vencida. De repente la cogió por la cintura. —Soy más alto que tú, no podrás cogerla.

Al darse cuenta de que ya no reía y que tenía la voz enronquecida le miró a los ojos y vio en ellos su deseo. —¿Galen? —preguntó sin aliento.

—Joder, eres preciosa. —Atrapó sus labios y la besó con tal pasión que Blondelle ni pudo reaccionar porque inmediatamente todo su cuerpo empezó a sentir. Y era maravilloso, así que se entregó abrazándole por el cuello para saborearle tan apasionadamente como lo hacía él. Sentir su torso presionando sus pechos la alteró de tal manera que se pegó a su cuerpo provocando que gruñera cuando su pelvis se unió a la suya. Galen llevó sus manos a su trasero y lo amasó con ganas antes de subir sus manos por su espalda desabrochando el cierre de su sujetador, pero ella ni se dio cuenta como tampoco sintió que una mano pasaba por su costado. Cuando acunó su pecho apartó su boca sin darse cuenta para suspirar de placer y él besó su cuello. Blondelle gimió suavemente al sentir como esos labios bajaban hasta llegar a sus pechos y arqueó su cuerpo hacia atrás sin darse cuenta, justo en el momento en el que Galen metía un pezón en su boca para chupar con ansias. Fue tal la descarga que sintió su cuerpo que gritó aferrándose a sus hombros y cuando lo mordisqueó suavemente pensó que se volvería loca. Jamás había imaginado que podría sentir algo así con un hombre y tan mareada estaba de placer que no sintió como abría el cierre de su pantalón ni como lo bajaba dejándole desnuda ante él. —Joder nena, eres preciosa. —Pasó la mejilla por la suave piel de su vientre y la besó bajo el ombligo antes de ponerse de pie. Mareada intentó mantener el equilibrio y él se quitó la camiseta comiéndosela con la mirada. Ella impaciente se quitó las botas y los pantalones. Cuando él se abrió el pantalón mostrando su sexo erecto creyó que el corazón iba a salirse de la impresión, pero no tuvo tiempo ni para pensar porque él la cogió por la cintura pegándola a su torso para besarla de una manera que la embriagó. Le abrazó por el cuello, y con su ayuda elevó las piernas

deseando sentirle en su interior. Cuando su sexo rozó la dureza de su miembro todo su ser ardió de necesidad por él. Galen agarrándola por el trasero la guió y cuando sintió su sexo entrando en ella poco a poco, apartó los labios abrazándole con fuerza. —Sí... —Y la llenó, la llenó de tal manera que cada fibra de su ser se centró en buscar más placer y Blondelle gimió apretando sus dedos sobre su espalda aferrándose a él, porque sin Galen jamás hubiera sentido eso. Él se deslizó en su interior lentamente, de manera exquisita y delirante para llenarla de nuevo. El placer aumentaba a medida que él se movía. Cada vez más rápido hasta que sintió que su cuerpo no le respondía y gritó antes de que la llenara de nuevo haciendo estallar su interior para liberarla por completo. El placer era exquisito, tan embriagador, que podría hacerse adicta a él. Y eso la asustaba, la asustaba mucho porque no quería perderle.

Aún con la respiración agitada deseó quedarse así el resto de su vida. Ella besó su cuello antes de apartarse para mirar sus ojos, esos ojos que le habían robado el corazón.

—Si crees que ahora voy a comprarte algo, estás muy equivocada.

Fue como una cuchillada. Con una sola frase había arruinado ese momento tan hermoso, tan único. No se lo podía creer. —¿Qué has dicho?

—Será mejor que nos lavemos. —La dejó en el suelo.

Desnuda ante él vio cómo se terminaba de quitar los pantalones y las botas antes de coger la manguera y pasársela por su musculoso pecho. Sus ojos bajaron por él hasta su miembro aún medio erecto, pero no sintió nada aparte de desprecio de sí misma por creer que para él había sido especial cuando era evidente que la tomaba por una aprovechada que no tenía escrúpulos en vender su cuerpo por unas ventas. Sintió que se le rompía el corazón porque ni se había dado cuenta de que era virgen. O puede que sí se hubiera dado cuenta y le diera igual. Viendo cómo se lavaba estaba en shock. Había esperado tanto tiempo para encontrar la persona adecuada, la persona con la que compartir esa experiencia... Y su ser había sentido que era él. Durante un momento se había dejado llevar por la pasión y había creído que él era el elegido, pero con esa frase había explotado su burbuja, su ilusión, demostrando que nunca sería el hombre que

necesitaba en su vida ni él lo pretendía. Era evidente que quería dejarle claro lo poco que era para él. No le importaba nada.

Se aclaró el jabón y de repente pareció darse cuenta de que no había movido el gesto. —
¿Qué pasa?

Su orgullo le hizo decir —¿Te crees que soy una puta?

Se tensó. —¿A qué viene esto?

—Eres un cerdo. —Se agachó para recoger su ropa y empezó a ponerse los pantalones olvidándose de la ropa interior.

—Blondelle no me jodas con numeritos.

—Para numeritos los tuyos. —Se puso la camiseta y agarró sus botas de mala manera antes de caminar hacia la puerta.

—¡No quería ofenderte! ¡Joder, cualquiera se lo tomaría como una broma!

Se volvió furiosa. —¿Sabes lo que es una broma? ¡Tú! ¡Tú y tus aires de superioridad! ¡Sí, me gano la vida vendiendo, pero jamás he tenido que vender mi cuerpo para conseguir lo que quería! ¡Y si no fueras tan estúpido te habrías dado cuenta de que era virgen, gilipollas!

—¿Virgen? No me hagas reír. Solo he estado con una virgen en mi vida y no hacía más que quejarse.

—Cómo siento haber compartido este momento contigo.

—Lo dudo mucho —dijo con desprecio—. Es lo que llevabas buscando desde que llegaste.

No podía sentirse más insultada y ni se dio cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas. —Serás mamón, ¿acaso es un delito que te guste alguien? —Dio un paso hacia él. —
¿Lo es? ¿Eres tan insensible que no te das cuenta de que alguien puede querer estar contigo sin buscar algo a cambio? ¿Se te ha pasado por la cabeza que puede que me gustaras por cómo eres

y no por lo que tienes? Me das pena.

—Ya, ¿a que si te comprara un tractor te daría menos pena?

—¡Con ese comentario no solo me das pena, sino también asco!

Galen palideció viéndola volverse furiosa para ir hacia su coche. Él juró por lo bajo cogiendo sus pantalones y se los puso a toda prisa. —Blondelle, ¿qué haces? ¿Te vas? ¡Vaya, ahora que me habías convencido y que pensaba mirar tus catálogos con más detenimiento!

—¡Qué te den, capullo prepotente! ¡Guárdalos de recuerdo para cuando tengas sesenta años y estés solo!

Al ver que iba en serio se tensó corriendo tras ella. —Blondelle, ¿a dónde coño vas? ¡Son las tres de la mañana! —Parecía atónito. —¿Esto va en serio?

—¡A mí no me tratas como a una puta! ¡No esperes que haga como esa del bar que te dice que sí a todo! ¡Puede que te creas el dueño del contorno, pero yo tengo orgullo, imbécil!

Se subió al coche y él llegó corriendo e intentó abrir la puerta, pero las bloqueó a tiempo. —Joder, no llores, no puedes conducir así... ¡Blondelle abre! —Reteniendo las lágrimas arrancó el motor y metió la marcha pisando a fondo el pedal del acelerador. —¡Blondelle!

Viendo como el coche se alejaba a toda prisa juró por lo bajo y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Galen?

Se volvió de golpe para ver a su abuela en el porche. Parecía incrédula. —¿Qué has hecho? ¡Ve tras ella! —Galen apretó los labios antes de mirar el camino por donde Blondelle había desaparecido. —¿Piensas dejar que se vaya? —Él se volvió y caminó hacia la casa. — ¡Galen, no!

Volvió la vista hacia la carretera y observó el camino vacío. —Puede que sea mejor así.

Capítulo 6

Cuatro semanas después.

Dejó los papeles sobre su mesa y se sentó en el sillón agotada. Le dolía todo y la cabeza le iba a estallar. La puerta de su despacho se abrió y Matthew sonrió. —¿Te vienes a comer y hablamos de tu nueva estrategia de ventas? Además, tengo una noticia buenísima que darte. Hasta brindaremos con champán.

Uff, que pereza, pero sonrió levantándose y cogiendo su bolso. —Es una oferta que no pienso rechazar.

—Perfecto. Cojo mi chaqueta y nos vamos.

Salió de su despacho y miró a Brígida que ahora era todo sonrisas desde que dirigía el departamento de ventas. —Salgo a comer. Puede que no vuelva esta tarde, tengo que ver a un cliente.

—¿Qué cliente? —preguntó haciéndose la tonta—. Para apuntarlo en la agenda.

Como no pensaba ver a ningún cliente, sino que quería ir al médico dijo —No es necesario. —Se volvió y se mareó un poco tambaleándose de tal manera que tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Estás bien? ¿No habrás bebido? —dijo ácida.

—Cierra la boca. No he desayunado y me he mareado un poco.

—Pues menos mal que te vas a comer, ¿no? Cuidado con el champán.

Esta tía era tonta. —Siempre tengo cuidado. Por cierto, cámbiate a la mesa de Rose. — No pudo disimular su asombro y sintió una satisfacción enorme. —No consigo sentirme cómoda contigo, así que será mejor que Rose te sustituya.

—¡No puedes relegarme!

—¿Prefieres el despido? A mí me da igual.

—Cumpro con mi trabajo, no tienes motivos para el despido.

—¿Cumples con tu trabajo? ¿Dónde está el listado de clientes de los últimos diez años que te pedí el viernes?

Se sonrojó. —No me dijiste que tenía que presentarlo el lunes.

—Claro. Cámbiate de mesa.

—¡No pienso dejar que se me trate así!

—Pues ya sabes dónde está la puerta. Acuérdate de pasar por personal para que te preparen tu cheque —dijo como si le importara un pito antes de ir hacia la puerta—. Rose haz ese listado. —Sonrió a Matthew que se acercaba a ella con la chaqueta puesta.

—Estupendo, ya estás lista. He reservado mesa en el asador que hay aquí al lado.

—Perfecto. —Fueron hasta el ascensor y su jefe pulsó el botón. —¿Y esa noticia tan estupenda?

—Ah no, no pienso decírtelo hasta tener algo con lo que brindar. ¿He oído bien? ¿Has despedido a Brígida?

—Esa bruja no deja de molestarme, aunque al menos ahora lo hace con buena cara. Pero ya no pienso consentirlo más. —Entró en el ascensor y pulsó el bajo.

—¿Y no podrías...? —Le miró sin entender. —¿Cambiarla de departamento? Es que verás...

Cuando se sonrojó tuvo aún más interés. —¿Qué ocurre? ¿Por qué no quieres que la despida?

—Bueno, desde hace un tiempo tenemos una relación y...

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Será una broma. —Se puso aún más colorado. — ¡Estás casado!

—Bueno, tienes que entender que paso muchas horas en la oficina y el roce hace el cariño. ¿Te molestaría si la hago mi secretaria?

—¿Encima le das un ascenso? —No salía de su asombro.

—Tienes razón, mejor hablas tú con ella, te disculpas y que siga trabajando contigo.

—No pienso hacer eso —dijo indignada sin cortarse—. No cumple con su trabajo y no porque no sepa hacerlo, sino porque es una vaga y una chismosa. Me da igual que se acueste contigo, en mi departamento mando yo y Brígida ya no tiene un lugar en él.

Se quedó mudo. —Pero...

—Y mira, se me ha quitado el hambre. Dime la gran noticia, que ya hablaremos de mi estrategia de ventas en otro momento. ¡Cuando se me pase el cabreo!

Intimidado dio un paso atrás. —¿Te encuentras bien?

—Pues no mucho, la verdad. Venga, ¿qué es eso que teníamos que celebrar?

—Oh, pues... Un rancho australiano el señor Newhall ha hecho un encargo de dos millones de dólares. Quieren que vayas tú a firmar el contrato.

Incrédula de que Galen hubiera hecho eso preguntó —¿Qué contrato?

—El de la garantía. Dice que no piensa pagar nada hasta que no le garanticen cinco años en reparaciones o sustitución de todos y cada uno de los productos. Ya que te conocen, prefieren que vayas tú para la firma.

—¡Y una mierda!

Matthew se sobresaltó. —¿Qué has dicho?

—Ay, que me falta el aire.

—¿Claustrofobia?

Las puertas se abrieron y salió del ascensor agobiadísima teniendo sudores fríos. Todo empezó a girar a su alrededor y puso los ojos en blanco antes de caer al suelo de mármol sin sentido.

Tumbada en la cama del hospital mirando al doctor susurró —Creía que tenía inmunidad a la brucelosis. Ya la había pasado.

—No es exacto, pero esa inmunidad puede durar unos dos años.

—Han pasado más. —Agotada cerró los ojos apoyando la cabeza en la almohada. —Así que antibiótico, ¿no? —Cuando el doctor no contestó nada abrió los ojos de nuevo. —¿No me van a poner antibiótico?

—De hecho, ya te lo hemos puesto por vía, pero hay algo de lo que tenemos que hablar. —Se sentó a su lado en la cama. —Los análisis han mostrado algo que me parece que no sabes, porque no has hablado de ello en ningún momento.

—¿Ha afectado algún órgano?

—Blondelle estás embarazada.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—De muy poco, pero lo estás.

Aquello no estaba pasando. Tenía que ser una broma o un sueño, porque se negaba a que estuviera ocurriendo. Pero por la cara del médico sí que estaba embarazada y al parecer estaban en problemas. Y supo lo que estaba pensando. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo voy a

perder, ¿verdad?

—Es una posibilidad. Pero también puede haber otras complicaciones en el feto. Quiero que sepas que tienes opciones, podemos seguir otros caminos para que no sufras más de lo que ya lo haces.

Sollozó sintiendo que se desgarraba. —Habla de un aborto.

El médico asintió. —Es una posibilidad que deberías valorar. Estás de muy poco, con la medicación que puedo darte ni te enterarías. Pero si sigues adelante... He tenido pacientes que han llegado al hospital con el feto muerto en su interior después de meses de embarazo y te aseguro que es muy duro.

—Pero puede que no pase.

—También existe esa posibilidad. En cuanto me he enterado de que estás en estado he empezado a suministrarte rifampicina. —Dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas. —Igual quieres hablarlo con el padre o...

Negó con la cabeza. —No hay padre

—Pues con tu familia. Valora con ellos si quieres arriesgarte.

—¿Usted qué aconsejaría a su mujer?

—Dependería de lo que ella deseara, pero como médico te voy a decir que si la enfermedad no remite habrá que darte otros antibióticos y no serán buenos para el feto. Hay que valorar los riesgos y tu hígado está muy inflamado.

—¿Pero hay posibilidades?

Él apretó los labios. —Sí, las hay. He leído casos que han salido adelante y sin secuelas.

Miró al frente. —Mis padres han tenido quince hijos y nunca se han rendido —dijo emocionada—. Siga con el antibiótico, lo que tenga que ser será.

Su mirada demostraba que no estaba de acuerdo. —Muy bien. Te vas a quedar ingresada

unos días a ver cómo evolucionas.

Intentando retener las lágrimas susurró —Está bien.

Acarició su hombro. —Ánimo. Ahora descansa. Tu cuerpo necesita descansar.

—Gracias.

Cuando se quedó sola en la habitación, cerró los ojos sintiendo un dolor profundo en su pecho. —Un hijo. —Ya no pudo reprimir las lágrimas y se cubrió la cara con las manos sin saber cómo sentirse. Estaba tan confusa... Jamás pensó que lo ocurrido en Australia tuviera consecuencias más allá de no poder olvidarle. Porque no podía olvidarle, no podía olvidar cómo se sentía a su lado, ni sus caricias ni sus besos y ahora seguro que no le olvidaría nunca. Su hijo estaba en peligro. Jamás pensó que eso pudiera ocurrirle a ella. Siempre creyó que se casaría con un hombre extraordinario y que tendrían hijos sanos y fuertes. ¿Debería seguir el consejo de su médico? Dios, no tenía pareja, ¿si llegara a vivir nacería bien? No podía enfrentarse a eso, no sabía enfrentarse a eso y se sintió más sola que nunca en la vida. Estiró el brazo ignorando como temblaba su mano y cogió el móvil que tenía encima de la mesa portátil. Casi sin ver por las lágrimas buscó su número en el teléfono y lo puso en manos libres sintiendo que no tenía fuerzas ni para sostenerlo.

—Que sorpresa hermanita, ¿llamas para echarme la bronca porque no fui a casa este fin de semana? Tenía trabajo.

—¿Malcom?

—Blondi, ¿qué pasa? ¿Estás llorando?

—Necesito que vengas.

—Voy enseguida.

—No estoy en casa, estoy en el hospital.

—¿Qué coño ha pasado, peque?

—Estoy bien, pero.... Ven, lo hablaremos aquí.

—¿En cuál estás?

—En el Saint David's.

—Ya estoy saliendo de la empresa. Iré lo más rápido posible.

—¡No corras! ¡Siempre conduces como un loco! —dijo muy nerviosa.

—Tranquilízate, no ocurrirá nada.

—Ya ha ocurrido.

—No te preocupes, sea lo que sea se solucionará. Te lo juro.

Sollozó antes de colgar el teléfono y se giró abrazándose las piernas. —¿Qué voy a hacer? Dios ayúdame.

Su hermano mayor sentado a su lado en la cama le acarició la frente. Siempre la había comprendido, siempre la había apoyado y siempre estaría a su lado. De todos sus hermanos era el que más la había protegido y se cortaría un brazo antes de que a ella le ocurriera nada, por eso le había llamado a él. Las lágrimas corrieron por sus sienes mientras le contaba lo que había ocurrido. —Shusss deja de llorar, lo solucionaremos.

—No sé qué hacer, al principio creí que era una decisión que tomaría nuestro señor, pero ¿y si deja en mí la responsabilidad?

—Tienes fiebre y estás agotada, no creo que sea el momento de que decidas nada. Espera unos días y entonces podrás pensar con más claridad.

Miró sus ojos tan parecidos a los suyos. —No me dejes.

—No me moveré de aquí, te lo juro por mi vida —dijo muy serio—. Pero...

—No.

—Tengo que avisarles, sabes que mamá se pondría como loca si no le cuento algo así.

Sollozó. —Les he defraudado.

—Joder, no digas eso. No pueden estar más orgullosos de ti. Eres la hija que cualquiera desearía. Esta es una piedra que se te ha puesto en el camino, pero saldrás adelante y tu familia te apoyará en lo que decidas. Todos y cada uno de nosotros estaremos a tu lado.

—Papá se va a enfadar.

—Contigo no. Contigo no se enfadaría nunca y menos por algo así. Hubieran deseado otra cosa para ti, pero por tu propia felicidad. Solo desean que seas feliz. —Malcom la cogió con delicadeza y la abrazó sintiendo su altísima fiebre. —Tienes que descansar. —La besó en la sien. Y no te preocupes, estamos a tu lado. Siempre podrás contar con nosotros.

—Odio vivir en Austin —dijo entre sollozos.

Malcom apretó los labios porque era algo que siempre se había imaginado. Era una chica de campo y siempre le había gustado el rancho, trabajar en él. Un trabajo de oficina la ahogaba, aunque siempre lo había ejercido lo mejor posible y les había mentido diciendo que le encantaba. Todo para que sus padres no se preocuparan por su futuro porque pensaban que era lo que quería. Pero quería otras cosas y se dejaría la vida para que las consiguiera. —Pues nos iremos a casa.

—¿Vendrás?

—Por supuesto que iré. Estaré a tu lado.

—Tu trabajo...

—Vender coches de segunda mano en San Antonio tampoco es el sueño de mi vida, ¿sabes? Llevo un tiempo pensando en comprar las tierras del señor Pullman. Necesitaré vaqueros.

Se apartó para mirar sus ojos. —¿Hablas en serio?

—He conseguido ahorrar un dinero y si hipoteco la finca... —Sonrió. —Sí, puede que

consiguiera salir a delante. ¿Quieres trabajar conmigo?

—Sí —dijo emocionada.

—Entonces ahora estoy seguro de que mi sueño saldrá adelante, porque tengo en plantilla a la mejor vaquera de todo Texas.

Tres días después Malcom y sus padres observaban como el médico salía de la habitación. Este negó con la cabeza. —El antibiótico no está haciendo efecto como debería. —Su madre cogió la mano de su padre necesitando su apoyo. —Voy a empezar con una combinación de antibióticos.

—¿Y el bebé? —preguntó su madre muy asustada—. Esta mañana la enfermera me ha dicho que ha sangrado durante la noche.

—Tiene tanta fiebre que no se ha dado cuenta. Lo siento, pero ha tenido un aborto.

Su madre se echó a llorar y Malcom dijo —Así que lo ha perdido.

—Como ha dicho tu madre, la enfermera que la cambió esta mañana limpió la sangre y una ginecóloga la ha revisado. Ya no hay feto.

—Mi pobre niña.

—¿Mi hija se recuperará? —preguntó su padre emocionado.

—Veremos qué ocurre con el cambio de medicación.

—Dios mío, ¿se puede morir? —preguntó Blondelle sin poder creérselo—. Ya estuvo enferma de esto y se puso bien enseguida.

—Esta vez es distinto. Ha afectado al hígado y no voy a negárselo, es grave. Pero haré todo lo que pueda para que se recupere lo mejor posible y sin secuelas. La nueva combinación de antibióticos ayudará. Deberán tener paciencia, señora Quirk. —Miró hacia el pasillo donde una

enfermera le decía que se acercara con la mano. —Si me disculpan tengo que ver a otro paciente, ha debido pasar algo.

Cuando se alejó casi corriendo los tres se miraron y Malcom apretó los labios. —No pinta bien.

—Ha perdido el bebé —dijo su madre disgustadísima.

—Ese cabrón... —siseó su padre—. Si le tuviera delante... Ir a Australia le ha destrozado la vida.

—No pienses en él. —La mirada de su hijo se endureció. —Ya tendremos tiempo. Ahora lo que debe importarnos es que Blondelle se ponga bien. Cuando se recupere, tendrá que recomponerse y seguir adelante.

—¿Y si mi niña no se repone?

—Madre, ni pienses en esa posibilidad. No han dado con el antibiótico que necesitaba, eso es todo. Ahora todo irá bien.

En ese momento llegaron Jared y Lester muy serios. Sus expresiones se endurecieron al ver como su madre lloraba. —¿Cómo está?

—Ha perdido el bebé —dijo su padre.

Lester juró por lo bajo. —Joder...

—¿Marc está en el rancho? —preguntó Malcom refiriéndose al hermano mayor—. Solo nos faltaba que viniera y montara un escándalo.

—Se ha quedado en el rancho, pero a regañadientes —dijo Jared—. Menos mal que tenía trabajo con las crías. Los gemelos y Peter le ayudan.

—Lester llévate a mamá a casa.

—Ni hablar, yo no me separo de mi niña —dijo ella firmemente.

—Pues vete a descansar al piso de Blondi, estás algo pálida.

—¿Es que no me has oído? ¡No pienso moverme de aquí! Marc díselo a tu hijo.

Marc apretó los labios como si esa decisión no le gustara un pelo y Blondelle le miró asombrada. —¿Crees que no soy capaz de cuidar de mi niña?

—Cielo, llevas unos días con la tensión algo alta. Me preocupas.

—¡Estoy perfectamente!

—¿Por qué no vas a tomar algo a la cafetería? —preguntó Lester intentando que se calmara—. Ahora pasaremos nosotros y sabes que no quieren tanta gente en la habitación.

—Vamos, preciosa —dijo Marc cogiendo su mano—. Comerás algo, que no has comido nada desde ayer por la noche.

—Llamadme si hay novedades —dijo ella mirando hacia la puerta como si no quisiera irse de allí.

—No te preocupes, madre —dijo Lester forzando una sonrisa—. Cualquier cosa y te avisaré.

—Bien, hijo. —Siguió a su padre y los tres les observaron ir hacia el ascensor.

En cuanto desaparecieron Jared se volvió hacia sus hermanos. —¿Pinta mal?

—El antibiótico no funcionaba.

—Joder...

—Van a cambiarle el tratamiento.

Se quedaron en silencio, pero sabían de sobra lo que estaban pensando los demás. —Ahora no es el momento —dijo Malcom—. Lo único que debe importarnos es nuestra hermana, después ya dejaremos las cosas claras.

Jared asintió mientras sus ojos clamaban venganza. —Ese cabrón no se irá de rositas. ¿Te lo ha contado todo?

Asintió. —Es el dueño de un rancho que es el mandamás del contorno. Se cree el dueño

del mundo. Ella se enamoró y justo después de tirársela, le dijo que aunque se la había follado que no se creyera que le iba a comprar nada. —Sus hermanos se tensaron por el insulto. —Ella se largó. Teníais que verla mientras me lo contaba, estaba destrozada. Como si la reacción de él la hubiera tomado totalmente desprevenida. Es evidente que ese capullo le ha roto el corazón, está todavía peor que cuando murió David.

—Pero si solo le conocía de unos días —dijo su hermano Jared impresionado—. Si ha visitado otros ranchos, como nos dijo a su llegada, no ha podido estar mucho con él.

—Pues han pasado juntos el tiempo suficiente como para enamorarse y acostarse con ese cabrón.

—Ya sabía yo que no estaba bien. El último fin de semana que la vi, casi no hablaba —dijo Lester—. A Jenny le pareció raro.

—¿Tu novia no le preguntó?

—Sí, pero solo le dijo que estaba agotada del viaje. Que con el trabajo aún no se había recuperado.

Malcom asintió y muy serio miró hacia la habitación. —Si se despierta habrá que decirle lo del bebé. Me quedaré para que no se lo tengan que decir nuestros padres.

—Bien —dijo Jared—. Yo voy a ir a su empresa. Averiguaré quién es ese tipo sin decir lo del bebé.

—Saben que está enferma, diles que el médico te ha pedido la lista de sus clientes en Australia para ponerse en contacto con ellos.

—Perfecto. La veo y después voy para allá.

Su hermano entró en la habitación y Lester dijo —¿Y yo qué hago?

—Esperar, hermano. Tarde o temprano llegará nuestro momento.

Capítulo 7

Hillary colgó el teléfono en el soporte de la pared y preocupada se volvió para ir hacia el horno. El pollo ya estaba en su punto y lo estaba sacando cuando vio por la ventana de la cocina que su nieto acababa de llegar. Cuando él entró tirando el sombrero a un lado dijo —Hola abuela...

—Hijo. —Se volvió apretándose las manos y él que estaba cogiendo una cerveza de la nevera la miró. —Tengo que decirte algo.

—¿Qué ocurre? —Dejó la cerveza sobre la encimera. —No tienes buena cara, ¿estás bien?

—Es que me he enterado de algo por Carl. Me ha llamado pensando que igual me interesaría, sabe que me llevaba muy bien con Blondelle.

Galen se tensó al oír su nombre. —No va a venir, ¿no? Han pasado semanas desde que pedí el material y su jefe no deja de darme largas.

—No hijo, no va a venir. —Él juró por lo bajo. —Pero no por lo que piensas.

—¿Qué quieres decir?

—Está muy grave en el hospital. Brucelosis.

—¿Qué? —Incrédulo dio un paso hacia ella. —Dijo que era inmune, tienes que estar equivocada.

—Pues al parecer le ha afectado al hígado. Carl habló con un hermano suyo que ahora

tiene su móvil. —Galen apretó los labios. —¿Qué vas a hacer?

Galen se volvió apretando los puños con fuerza y Hillary vio la impotencia en su rostro.

—¿No piensas ir?

—Abuela, sabes que ahora no puedo irme.

Hillary apretó los labios. —Igual ya ha pasado el peligro.

—Hemos perdido cuatrocientas cabezas de ganado, hasta que todo esté en calma no puedo salir de aquí y lo sabes muy bien.

—Pero...

Fue hasta el teléfono y descolgó el auricular. —¿Sabes el teléfono de Carl?

—Acaba de llamar, dale a rellamada.

Él lo hizo y esperó. —¿Carl? Soy Galen Newhall. Sí, ya me lo ha contado. Tú no tendrás vacaciones, ¿no? Necesito que vayas a Austin.

Carl salió del ascensor. Al ver un montón de tipos rubios y enormes sonrió por la exacta descripción de su amiga sobre cómo eran sus hermanos. Se acercó a ellos y preguntó —Hola, ¿eres hermano de Blondelle?

Los tipos se volvieron para mirarle de arriba abajo y Carl sonrió aún más. —¿Es aquí? He venido desde Australia para verla, ¿puedo pasar?

Se miraron los unos a los otros y antes de darse cuenta el tipo que tenía delante le cogió de la pechera de la camiseta levantándole hasta su rostro. —¿Cómo tienes la poca vergüenza de venir a verla, hijo de puta? —siseó el tío poniéndoselos por corbata.

—Creo que...

—Joder, qué ganas me entran de partirle la cara —dijo el de al lado—. Vamos al

aparcamiento, Joss.

En ese momento les rodearon como si quisieran tirarse sobre él mientras ese no le soltaba. —Os equivocáis —dijo a toda prisa porque se jugaba el cuello.

—¿Nos equivocamos? Te juro que cuando acabe contigo no te va a quedar un hueso sano y serás residente de este hospital una buena temporada.

—¡No soy Galen! ¡Soy un amigo de Blondelle! ¡Soy Carl! ¡Hablé con Malcom por teléfono!

—Mierda, con las ganas que tenía de partir huesos. —Le soltó y pasó su gran mano por la camiseta que estaba arrugada. —Lo siento, tío.

—No pasa nada. —Forzó una sonrisa. —Un error puede tenerlo cualquiera.

—Con mi hermana no —dijo otro.

—No, claro que no, con tu hermana no. Yo la respeto mucho. Muchísimo. No le he tocado un pelo.

Uno le pasó un brazo por los hombros. —Ven conmigo, que me vas a contar que le pasó a mi hermana en Australia.

Carl gimió por dentro. —No sé mucho sobre los detalles, solo durmió en mi casa. —Se tensaron de nuevo. —¡Separados! ¡Dormimos separados! ¡No le he tocado un pelo!

—Eso ya lo has dicho —dijo el del brazo—. Lo que no has dicho es lo que nos interesa saber. Pero seguro que no tardas en hacerlo. Has venido a ayudar, ¿no?

—Claro, es una amiga.

—Pues eso es lo que vas a hacer. Ayudarme a descubrir al cabrón que le ha destrozado la vida.

El teléfono del despacho sonó y Galen descolgó a toda prisa. —¡Sí!

—Ya la he visto.

Lentamente se sentó tras su escritorio. —¿Cómo está?

—Parece que la nueva medicación empieza a ayudarla.

Suspiró del alivio. —¿Has hablado con ella?

—Apenas dos minutos. Llegó su madre y al enterarse de que llegaba de Australia se puso hecha una furia. La enfermera entró en la habitación y nos echó a todos. Al parecer siempre está rodeada de hermanos y están un poco hartas de tantas visitas.

—¿Cómo la viste? ¿Qué te ha dicho? —La puerta del despacho se abrió mostrando a su abuela que se quedó en silencio.

—Está muy pálida y mucho más delgada. Se puso a llorar en cuanto me vio y me abrazó. No tiene fuerzas. Pero...

—¿Pero? —preguntó ansioso.

—Malcom dice que se repondrá.

—¿Quién es Malcom?

—Uno de sus hermanos. Es el segundo y de los que estaban allí el más protector con ella. No se separa de su lado y su madre tampoco.

Suspiró del alivio. —Así que se repondrá.

—Malcom piensa que sí. Pero...

—¿Qué?

—Joder tío, prepárate. Casi me parten la cara cuando se enteraron de que llegaba de Australia y sus hermanos no han hecho más que preguntarme por ti, por tu rancho por cómo eres y cosas así.

Galen apretó los labios. —Se lo ha contado. Les ha hablado de mí.

—No ha tenido más remedio porque...

—¡Joder, habla de una vez!

—Por la enfermedad ha perdido el bebé que esperaba.

Galen palideció apretando el auricular. —¿Qué coño me estás contando?

—Estaba embarazada.

Su abuela que debió oírlo se tapó la boca de la impresión. —Su hermano Malcom habló conmigo y me contó que ella se enteró cuando ya estaba ingresada. Apenas unos días después tuvo un aborto. —Galen apretó los labios. —Cuando se enteró de que lo había perdido lloró todo el día. Lo está pasando mal y no solo por la enfermedad.

—Cogeré el primer avión que salga a los Estados Unidos.

—¡Ni de coña! ¡Ni aparezcas por aquí, que te juegas el cuello! —gritó Carl—. ¡Y no estoy exagerando ni un pelo! Se han enterado de que insinuaste que era una puta y tienen ganas de sangre después de todo lo ocurrido. Hablo en serio. —Hillary se llevó la mano al cuello mientras él se tensaba aún más. —¿Sabes lo que me ha dicho Malcom? Que esto no se va a quedar así, que la sangre con sangre se paga.

—Oh, Dios mío. Hijo...

—No pasará nada, abuela. —Entonces preguntó a Carl —¿Vas a quedarte?

—Puedo quedarme una semana y pienso hacerlo.

—Entonces te veré allí.

—No, no —dijo su abuela asustada mientras colgaba el teléfono—. No vas a ir.

—Abuela, esto también es responsabilidad mía.

—¡Es una enfermedad, no es culpa de nadie!

Se levantó y fue hasta el cuadro de su abuelo para abrirlo mostrando la caja fuerte. —Voy a dar la cara.

—¡Para que te la rompan! ¡Eso si no te matan! ¿Acaso no le has oído como yo?

Sacó el pasaporte. —¡Soy responsable de lo que ha ocurrido, abuela! ¡No tenía que haberla llevado a arrear el ganado, no tenía que haberme acostado con ella, no tenía que haberle dicho esas malditas palabras y dejar que se largara como hizo! ¡Nada de eso tendría que haber pasado y ella estaría bien!

—¿Pero qué le dijiste? —preguntó sin entender su comportamiento.

Él apartó la mirada. —Algo de lo que me avergüenzo.

—¡Dímelo!

La miró a los ojos y se lo contó. Hillary se llevó la mano a la boca. —¿Por qué?

—¡Joder, no lo sé! —Frustrado se pasó la mano por la cabeza. —No quería que ...

—¿Se hiciera ilusiones con algo más?

—Después de hacer el amor me besó en el cuello antes de mirarme a los ojos y parecía que me amaba. A mí, que no había hecho nada por ganar su amor. No podía ser real, tenía que estar fingiendo. No sé lo que se me pasó por la cabeza. ¡Deseaba que se fuera porque no quería sentirme así, depender de ella cuando Blondelle solo fingía y con lo poco que habíamos estado juntos, sabía que terminaría dependiendo de ella! —La miró como si estuviera sorprendido de sí mismo. —¡Y le dije todas esas cosas horribles! ¡Era muy consciente de que le mentía solo por hacerle daño para que se alejara, porque tenía que alejarla cuanto antes! Y tenía razón, joder, porque no puedo olvidar su sonrisa, ¡sus intentos de acercarse a mí y cómo me respondía! ¡Porque desde que se fue siento como si me faltara algo!

A su abuela se le cortó el aliento. —Cielo, eres idiota.

—Estupendo, abuela. Eso es precisamente lo que necesito en este momento. —Sacó dinero de la caja y la cerró antes de salir del despacho pasando ante ella.

—¡Tiene catorce hermanos! ¡Y un padre que debe estar de muy mala leche! —gritó mientras él subía las escaleras—. ¡Y yo solo tengo un nieto! —Subió las escaleras lo más rápido

que podía y al llegar arriba respiró hondo. —Estos chicos van a acabar conmigo. —Fue hasta la habitación de Galen y vio que estaba haciendo la maleta. —Escúchame, por favor.

Él suspiró volviéndose hacia ella. —Voy a ir.

—¿Y el rancho? ¿Hace tres días no podías irte de aquí y ahora sí?

—Ahora me he enterado de que estaba embarazada, abuela.

—Se fue de aquí embarazada y no te importaba tanto. —Él palideció sentándose en la cama y ella dio un paso hacia su nieto arrepentida. —Perdona, pero...

—Tienes razón.

—Te estás metiendo en una situación muy peliaguda.

—No quiero que piense que no me importa.

Hillary apretó los labios viendo el conflicto que tenía en su interior. —Has intentado que regresara y sé que es porque no la has olvidado, pero piensa bien antes de actuar, Galen. No te dejes llevar por los impulsos como hiciste aquella noche. Ella tiene que estar rota de dolor y además aún está enferma. La rodea su familia y la protegen, ni dejarán que la veas. Te echarán del hospital en el mejor de los casos y en el peor acabarás ingresado allí.

Apoyó los codos sobre las rodillas. —Jamás quise que sucediera algo así.

—Ella nunca te creerá. Cuando hiciste ese comentario querías herirla para que se fuera. No fuiste tras ella aun sabiendo que se iba a quedar en casa de Carl, porque era el amigo más cercano. Ni siquiera la llamaste. Puede que después te arrepintieras, pero hiciste mal y lo dejaste pasar en su momento. Ahora ya no tiene arreglo.

La miró sorprendido. —¿Qué quieres decir?

—Hijo, me pongo en su lugar y no te perdonaría jamás. Creería que no te importo y...

—¡Pero sí me importa! —Se puso en pie y siguió haciendo la maleta. —Y pienso ir para que al menos se dé cuenta de eso.

—¡No te dejarán verla!

—Eso ya lo veremos.

—¿Y el rancho?

—Que se encargue Richard, pensaba nombrarle capataz.

Ahora sí que no salía de su asombro. —Si no tiene lengua, ¿cómo va a dar las órdenes?

—Se las arreglará. Además, necesita un puesto de responsabilidad para darse cuenta de lo que vale.

—Hijo, creo que estás perdiendo la cabeza.

—Sí, abuela. Ya llevo tiempo pensando lo mismo, desde que una rubia descarada y con la sonrisa más preciosa que he visto en la vida, entró por esa puerta.

Cambió de canal aburrida como una ostra mientras su madre hacía un sudoku sentada a su lado. —Leche, ya me he vuelto a equivocar. Esto no hay quien lo rellene.

Levantó una ceja mirándola porque ella ya había hecho medio libro y su madre al verla chasqueó la lengua. —Listilla.

Reprimió la risa y cambió de nuevo para ver un documental sobre las playas australianas. —Genial.

—¿Viste alguna?

—No mamá, no me acerqué a la costa. En cuanto me dejó el avión, alquilé un coche y a la carretera a vender tractores. —Entrecerró los ojos. —Tengo que decirle a Malcom que hay uno de segunda mano en la central que está muy bien. Espero que no lo hayan vendido.

Su madre dejó el sudoku sobre la mesa y cogió su mano. —¿No te gustaría pasar unos

días con nosotros en el rancho cuando salgas de aquí?

—Mamá estoy bien. Ya has oído lo que dijo el doctor esta mañana, el antibiótico funciona y podré llevar el tratamiento desde casa. Saldré en una semana y me iré a casa de Malcom. Allí estaré muy bien y no estaremos tan apretados.

—Sé que tu hermano te cuidará bien, pero tú piensas trabajar y...

—Malcom necesita ayuda. Se ha dejado todos sus ahorros en esto y...

En ese momento sonó su móvil y lo cogió a toda prisa sonriendo al ver que era Carl. —
¿Dónde estás, pendón? ¿Haciendo turismo?

—Iba a verte, pero es que me he encontrado... Me ha pedido...

En ese momento se abrió la puerta y al ver a Galen se le cayó el móvil de la impresión.

—Disculpe, pero no ha llamado —dijo su madre levantándose.

—Es que si hubiera llamado no me hubieran dejado entrar —dijo sin quitarle la vista de encima—. Hola nena.

Su madre dejó caer la mandíbula de la impresión mirándole de arriba abajo mientras Blondelle ni sabía qué decir. ¿Aún tenía fiebre? —Mamá...

—¿Sí, hija?

—¿Hay un tío moreno con una camiseta negra delante de mí?

—Sí, hija. Y te mira de una manera...

Ahí reaccionó y dijo fríamente —¿Qué haces aquí, Galen?

—He venido a verte. Me enteré de tu estado y...

—¿Y? ¿Qué te importa a ti mi estado?

—Eso, ¿a usted qué le importa? —preguntó su madre mirando hacia la puerta—. ¿Y dónde está mi marido? Nunca está cuando se le necesita.

Entonces Blondelle se dio cuenta. —Te lo ha dicho Carl, ¿verdad?

—¿Cómo te encuentras? —preguntó como si no la hubiera oído.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¡Desaparece de mi vista!

—Me enterado de que...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —chilló poniéndose histérica mientras perdía el poco color que tenía en la cara.

—¡Fuera! —gritó su madre empujándole por el pecho—. ¡Deje a mi niña en paz!

Se abrió la puerta y Malcom entró en la habitación. —¿Qué pasa aquí?

—¿Hermano tuyo, nena? —preguntó irónico.

—¿Es él? —preguntó agresivo.

—Sí —respondió ella mirándole con odio.

—¿Tú crees que mi hermana es una puta? —Le agarró por la camiseta. —Estás muerto, cabrón.

—Joder, nena... Nunca te llamé eso —dijo antes de que Malcom le tirara contra la pared. Galen levantó las manos—. No me voy a defender.

—Es que no tienes defensa.

Apretó los labios. —Solo quiero saber cómo está.

—¡Sácale de aquí! —chilló ella muy nerviosa.

—Con mucho gusto. —Malcom le empujó hacia la puerta. —Sal, que te voy a dejar las cosas muy claritas.

Apretó los labios mirando hacia la cama. —Puedes culparme por esas malditas palabras, pero no tengo la culpa de que hayas enfermado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras Malcom le agarraba por el cuello. —O sales o te saco.

—Aunque quisieras no podrías, pero me voy, no quiero alterarla.

—Pues no se nota, joder. ¡Muévete! —Le dio un empujón y en ese momento llegó Lewis.
—Adivina quién es.

Este sonrió malicioso. —Joder tío, eres idiota o un suicida. Vamos, que te acompañamos al aparcamiento.

—Estupendo. —La miró a los ojos. —Adiós, preciosa. —Le empujaron al pasillo y Lewis cerró la puerta antes de que pudiera decir algo.

Pálida miró a su madre. —No le pegarán, ¿verdad?

—No, hija, claro que no. —Forzó una sonrisa mostrando que no se creía nada de lo que decía. —Hablarán con él para que no te moleste más.

—Quiero que vuelva a Australia y si le pegan demasiado...

Su madre salió corriendo. Era evidente que deseaba que Galen se largara del país cuanto antes. Una lágrima recorrió su mejilla. Había ido a verla, había ido hasta allí para saber cómo estaba. Se mordió el labio inferior. Era cierto que lo que le había ocurrido al bebé no era culpa suya y su enfermedad tampoco. Para él también debió ser una sorpresa enterarse de su embarazo. Suspiró apoyando la cabeza en la almohada. Estaba agotada y muy confusa. ¿Por qué había ido? ¿No habría sido mejor dejar las cosas como estaban? Había hablado con Carl, tenía que saber que la medicación ya había empezado a hacer efecto. ¿Por qué había ido? Esa pregunta no dejó de agobiarla y sin darse cuenta ni de que lloraba se levantó cogiendo su gotero para ir hacia la ventana. En el fondo de su corazón se moría por verle de nuevo. Sollozó cuando no le encontró y acarició el cristal deseando no haberle echado.

Capítulo 8

—¡Cierra, deprisa! —gritó su hermano con esfuerzo.

Se bajó del caballo y corrió hacia la puerta de metal para deslizar el cerrojo. Malcom suspiró del alivio soltando la soga que sujetaba al toro por los cuernos y sonrió acercándose a la valla para subirse y ver como el toro caminaba en círculos por el cercado.

—Menudo ejemplar —dijo ella subiéndose al caballo.

—Te gusta, ¿eh? Un chollo de diez mil dólares.

Blondelle silbó. —Te estás excediendo, hermano.

Él asintió. —Lo necesito.

—Lo sé, pero esa hipoteca que pediste tiene un límite. Y tengo la sensación de que ya estás en números rojos.

—Todo está muy caro.

—Tengo unos ahorros que...

La miró de una manera que cerró el pico en el acto. —Muy bien, pero si los necesitas son todo tuyos. El dinero es para estas cosas.

—Saldré de esta en dos meses cuando venda el ganado. Además, el señor Foster tiene que pagarme el alquiler de las tierras del norte.

—Bien. —Tiró de las riendas y volvió su caballo. —Voy a hacer la cena.

Su hermano gimió de gusto. —¿Queda lasaña?

Se echó a reír. —Te la comiste toda ayer por la noche.

—¿Cuándo aprendiste a cocinar tan bien?

—Yo todo lo hago bien, guapo. —Azuzó a su caballo y fue hacia el pequeño rancho que estaba al otro lado de la colina. En cuanto vio la casa sonrió. Solo tenía dos habitaciones y estaba hecha polvo porque ni pintura tenía, pero se sentían muy a gusto allí. Hincó los talones y se acercó a galope cuando vio el coche que se aproximaba por el camino. No era ninguno de su familia y se preguntó si sería alguien del banco, porque era un cuatro por cuatro de los caros. Detuvo su caballo al llegar ante la casa y en ese momento el coche llegó colocándose a su lado. La ventanilla se bajó mostrando el rostro de Galen y sintió que su corazón se detenía.

—Me alegra verte tan bien, nena —dijo antes de abrir la puerta mostrando que vestía con vaqueros y un polo negro. Dios, estaba tan guapo que quitaba el aliento.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía negocios en Dallas y me he pasado para hacerte una visita. —Sonrió. —Ha pasado mucho tiempo.

—Seis meses, ni más ni menos.

—Veo que sigues enfadada.

Le miró fijamente. —No, no estoy enfadada. Me eres indiferente.

Galen apretó los labios y asintió mirando hacia la casa. —Me ha dicho Carl que vivías con tu hermano.

—Sí.

—¿No me invitas a pasar? Ha sido un viaje largo y estoy sediento.

Muy inquieta fue hacia la casa sin responder y él sonrió antes de seguirla. Blondelle se quitó las botas como tenían costumbre desde niños y se puso las zapatillas para ir hasta la

pequeña cocina.

—Acogedor —dijo él mirando a su alrededor—. Has trabajado mucho, ¿no?

—Hemos trabajado mucho. —Le puso la cerveza sobre la encimera sin acercarse a él y Galen caminó hacia allí poniéndola nerviosísima. De repente parecía que aquella estancia había encogido, porque le dio la sensación de que le tenía muy cerca. Hasta llegaba a ella el aroma de su after-shave y su corazón pegó un brinco en su pecho. Él cogió la cerveza y sin dejar de mirarla bebió un buen trago. No pudo despegar la vista de esos labios y cuando apartó la botella mostrando la humedad en ellos sintió que su corazón se retorció de anhelo. Impresionada se volvió para abrir la nevera escondiendo la cabeza en ella. ¿Eran imaginaciones suyas o la alteraba mucho más que cuando estaba en Australia?

—Te veo muy bien. ¿Qué tal el hígado?

—Bien. Fenomenal. Todo perfecto —dijo mirando las costillas de cordero que tenía delante.

—Estupendo, nena. ¿Tienes calor?

—¿Qué?

—Estás colorada y has metido la cabeza en la nevera, así que igual tienes calor.

Cogió las costillas y cerró la puerta con la cadera. —Estaba decidiendo que cenar.

—Ya. ¿Me invitas?

Le miró de reojo mientras él se sentaba a la mesa de la cocina como si estuviera comodísimo. —¿A qué viene esto, Galen?

—¿No te lo he dicho ya? Quería saber cómo estabas. Verlo con mis propios ojos. Además, creo que es momento de que hablemos, ¿no?

—No.

Bebió de su cerveza y la dejó sobre la mesa. —Quería disculparme.

—No hace falta. Como dijiste no tienes la culpa de que enfermara.

—Quería disculparme por esas frases tan desafortunadas. —Blondelle apretó los labios.

—No tenía que haberte dicho esas cosas.

—Eso ya es agua pasada. Si no te importa tengo que...

—No me importa que cocines mientras hablamos.

Muy nerviosa le fulminó con la mirada. —¡Vete!

—Yo te invité a cenar. Deberías invitarme tú a mí. Es lo educado.

—¿Ahora soy maleducada?

—Mi abuela te envía recuerdos.

—¡No hagas eso!

—¿El qué?

—¡Meter a Hillary en la conversación!

—Hemos hablado mucho, ¿y sabes lo que me dijo? Que habías rechazado un millón de dólares por quedarte e intentar conquistarme.

Se le cortó el aliento. —No tenía que haberte hablado de eso.

—No lo hizo con maldad, solo quería que supiera la mujer que eres, aunque ya lo sabía. Pero quizás me di cuenta demasiado tarde.

—Pues muy bien. Ahora quiero que te vayas.

—¿Y la cena?

—¡Ni cena ni nada, no seas pesado!

—¿Ahora soy yo el pesado?

Parecía que le hacía gracia y jadeó. —¿Me estás llamando pesada?

—Otro se hubiera largado, nena, reconócelo.

—Oye, que tu abuela tuvo mucho que ver. ¡Me comió la cabeza con que eras perfecto!
Que ciega está, la pobre.

—Nunca diría que soy perfecto. Dijo que era perfecto para ti.

Le miró con ganas de soltar cuatro gritos. —Largo.

—Enseguida. Antes tengo que proponerte algo.

Parpadeó como si no le entendiera y él suspiró levantándose. —Intenta abrir tu mente,
¿de acuerdo?

—¿De qué hablas?

—Tengo un problema.

—Tienes muchos.

Hizo una mueca. —Sí, pero este es muy gordo.

—¡Termina de una vez!

—Voy a perder el rancho.

Se quedó de piedra. —¿Qué?

—Mi padre ha vuelto. Quiere hacerse cargo del rancho y al tener el cincuenta por ciento como yo, tiene derecho legal para hacerlo. Alega que la brucelosis ha ocurrido por una mala gestión del negocio y quiere quitarme el mando.

—Vaya, lo siento —dijo sinceramente.

—Por eso quiero ponerte al cargo a ti.

Le miró con los ojos como platos. —¿Qué has dicho?

—Una gerente que sabe hacer su trabajo, que ha nacido en el sector, que sabe qué hacer para enfrentarse a una crisis, que no se intimida por trabajar con hombres... Tienes mil veces más experiencia que mi padre y el juez, si es que esto llega a juicio, no podrá quitarme el mando porque ya está al timón la persona idónea que administrará la finca de manera eficiente.

Salió de su estupor para decir —Búscate a otro, no vuelvo a Australia ni muerta.

Él apretó los labios. —Vas a volver.

—¡Y una mierda!

—¡Nena, no te pongas difícil! ¡Tu lugar está allí!

—¿Por qué yo? ¡Puedes contratar a otro!

—¡Es que con otro no pienso formar una familia!

Hala, eso no se lo esperaba. Sin ser consciente de ello dio un paso atrás mostrando en su rostro que estaba espantada. —¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Explícate, ¿no te gusta el plan?

—¿Plan? ¿Me acusas de acostarme contigo para que me compres un puñetero tractor y ahora montas todo esto para quitarle el rancho a tu padre? ¿Te das cuenta de la contradicción?

—Creo que no me explicado bien. Mi padre es un irresponsable que...

—¡Me importa una mierda!

Él carraspeó. —Joder nena, creía que te haría ilusión. Te estoy dando el mando de un rancho cien veces más grande que este, con cuarenta vaqueros a tu cargo.

—Tú no me darás el mando de nada. Solo quieres que diga que sí soy la que manda ante el juez, pero seguirás siendo el jefe.

Él sonrió. —Lo has entendido perfectamente.

—Que te den.

—Muy bien, ¿quieres negociar? No sabes el sueldo.

Señaló a su alrededor. —¿Crees que me importa el dinero?

—Así no hay quien negocie, nena. Tienes que ser un poco flexible.

—No me voy de aquí ni muerta.

—Vale, si algún día fallecieras te enterraremos aquí.

—¡No tiene gracia!

—¡Claro que no la tiene! —Dio un paso hacia ella. —¡He trabajado como un cabrón por esas tierras y ahora quiere venir a destrozarlo todo! ¡Empezará a vender, estoy seguro y antes de cinco años no quedará nada!

Apretó los labios pensando en ello. Que ese cerdo pusiera sus manos sobre el rancho tenía que sentar como una patada en la boca, la verdad. Ni se quería imaginar lo que sufriría Hillary pensando que iban a perder las tierras de su marido, con lo orgullosa que estaba de él. Con lo orgullosa que estaba de su nieto. —¿Cuántas cabezas perdiste?

—En total novecientas veintisiete.

Dios, había sufrido una pérdida enorme. —Y tiene los registros para ir ante el juez, ¿no?

—Y ha conseguido que un veterinario declare que actué erróneamente y que por eso perdimos tantas.

—¡No actuamos erróneamente!

—Nena, eso no lo puedes decir. Tú no estabas allí. Tienes que decir que no estabas ese día.

Separó los labios de la impresión. —Porque para el juez yo también sería responsable de lo que ocurrió.

—Exacto. En eso tienes que mentir. Dirás que te fuiste esa tarde y que no volvimos a vernos.

—¿Y si se enteran de lo que ocurrió después?

—Nadie sabe nada. Sería muy difícil que saliera a la luz.

—Carl sí que lo sabe.

—¿De quién crees que fue la idea de que te contratara a ti? Está deseando que vuelvas y

no dirá palabra.

—Tus hombres me vieron.

—Te vieron arreando el ganado, pero no después.

Eso era cierto, después habían trabajado juntos y solos para repartir el ganado mientras los demás se habían distribuido por sus tierras como él les había ordenado.

—Sería una manera de justificar tu enfermedad si sale a la luz en el juicio.

Apretó los labios y se volvió hacia la encimera donde tenía las costillas.

—Nena...

—¡Tengo que pensar!

Galen apretó los labios antes de sentarse y seguir bebiendo su cerveza. Asombrada le miró. —¿Qué haces?

—Esperar —dijo como si nada.

—¡Tengo que pensar en ello!

—Ah, y no puedes hacerlo conmigo aquí.

—¡Lárgate!

—Entonces lo de la cena... Estoy muerto de hambre y esas chuletas tienen una pinta estupenda.

Gruñó y empezó a preparar la cena. —Malcom me necesita.

—Un millón de dólares.

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia él.

—Un millón para que saque esto adelante. Seré su socio en la sombra. Las decisiones serán tuyas en exclusiva.

—¿Pretendes comprarle? —preguntó furiosa.

—Es evidente que necesita ayuda. Se la brindaré yo.

—¡A cambio de mi ayuda! ¡Eres un chantajista!

La miró asombrado. —¡Encima que quiero ayudar ya que me ayudas a mí!

Parpadeó. —Pues ha sonado a chantaje. O me ayudas...

—Nena, tenemos que trabajar en cómo nos comunicamos. Tranquila, que en cuanto lleguemos a casa me pondré a ello, tienes todo mi compromiso en hacer lo que sea para mejorar esta relación.

—¡Un momento! ¡De relación nada, así que ya se te puede ir olvidando eso de formar una familia y esas fantasías! Después del juicio y de que pasen unos meses para que las aguas se calmen, yo me vuelvo.

—Joder nena, que esto es una relación a largo plazo.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Pero es que también tengo que decirlo yo.

—Y lo dirás nena, lo dirás. Y ante tus catorce hermanos. Por cierto, menudo recibimiento me hicieron. Una muñeca rota y dos costillas fisuradas.

Le miró asombrada. —Eso es mentira, mi madre dijo que no te habían tocado un pelo.

—Te aseguro que no. Me dieron hasta quedarse a gusto, hasta que llegaron los de seguridad del hospital. Y no respondí por ti, porque no hubiera más conflictos ni malos entendidos.

—¡Nunca hubo malos entendidos, dijiste lo que querías decir!

—Pregúntate por qué. ¿Acaso crees que no me di cuenta de que eras virgen? ¡No soy idiota! —Una chuleta le dio en toda la cara. —¡Nena!

—Lárgate antes de que coja otra cosa que te desangre —dijo con cara de loca.

Escucharon el sonido de los cascos de un caballo y Galen se tensó. —Ahí llega tu hermano. Es hora de decidirse, nena, o estás conmigo o no me verás más.

Su corazón se estremeció de miedo. Miedo a arriesgarse, pero también miedo a sufrir como había sufrido desde que había salido de aquel rancho. Porque no podía negarlo, cada vez que cerraba los ojos era su rostro el que veía y hasta podía sentir sus besos, esos besos apasionados que jamás olvidaría.

—¿Blondi? ¿De quién es ese coche?

La voz de su hermano la tensó y cuando le escuchó entrar en la casa Blondelle miró hacia el hall donde Malcom se había quedado de piedra al ver a Galen. —Hostia, al parecer tenía que haberte partido la crisma.

—¿Ves? —dijo Galen irónico.

—¿Qué coño haces aquí? —gritó su hermano furioso.

—Malcom cálmate —dijo ella intentando aplacarle—. Ha traído una propuesta de negocios.

—¿Qué?

—Me ofrece cinco mil dólares al mes por dirigir su rancho.

Galen no dijo ni pío, lo que significaba que estaba de acuerdo con el sueldo que se acababa de poner.

—¿Vas a trabajar para él? —preguntó incrédulo.

—Me lo estoy pensando. Tiene problemas y tiene que dejar la dirección del rancho.

—Tu hermana es más que capaz de llevarlo. Es fuerte, decidida y sabe cómo tratar a los vaqueros.

—¿Qué pasa? ¿Que no encuentras allí quien te lo lleve? Hermana, es una trampa, este quiere algo.

—Tienes razón, quiero que sea mi mujer. Cuando llegue a confiar en mí y consiga su amor, pretendo hacerla mi esposa.

Se puso como un tomate y su hermano gritó —¿Ves? ¡Este se arrepiente y todo es un engaño para que vuelvas y no regreses jamás!

—¡No la presiones! ¡Tiene derecho a tomar sus propias decisiones!

Blondelle se llevó las manos a los oídos. —¡Callaos!

Galen se tensó observándola y cuando apartó las manos le miró a los ojos. En ellos vio claramente la decisión que iba a tomar. —No, nena.

—Lo siento. De veras que siento muchísimo que tengas problemas, pero no puedo hacerlo. No voy a renunciar a mi mundo por un hombre que no conozco y lo que conozco de ti no me gusta. —Galen palideció. —Lo siento, pero no. —Salió corriendo y el portazo en el piso de arriba dejó un silencio tras ella solo roto por sus sollozos.

—Largo de mi casa —siseó su hermano.

Galen fue hacia la puerta principal, pero antes de salir se detuvo. —¿La oyes? Si no le importara no soltaría ni una sola lágrima. Cometí un error, pero no solo lo estoy pagando yo. Piensa en eso si tanto la quieres.

A través de la ventana Malcom le vio ir hasta su coche. No parecía enfadado. Decepcionado, dolido, pero no enfadado, como si entendiera su decisión. Preocupado salió al pequeño hall para mirar hacia arriba. La puerta de la habitación de su hermana estaba cerrada y apretó los puños sintiéndose impotente porque no debía invadir su espacio. Miró hacia fuera donde el coche se alejaba a toda velocidad y pensó en lo que le había dicho el australiano. Tenía la horrible sensación que los consejos que le había dado a su hermana solo la habían perjudicado y era algo que tenía que subsanar. Y cuanto antes, porque si no lo arreglaba puede que su hermana jamás fuera feliz, como no lo había sido en los últimos meses.

Capítulo 9

Dejó la maleta en el carrito y muy nerviosa miró hacia la salida de pasajeros. Empujó su equipaje hacia allí. —Vamos allá. Segundo round.

Salió tras una pareja de ancianos y sonrió a Carl que rio acercándose. Se abrazaron. —Te veo muy bien —dijo él loco de contento. Se apartó para mirarla de arriba abajo—. Preciosa.

—Exagerado. ¿Cómo estás?

—Genial. Y ahora todavía mejor después de verte. ¿Lista para una nueva vida?

—No sé... ¿No le habrás dicho nada?

—Claro que no —dijo yendo hacia su carrito—. Te he guardado el secreto.

Suspiró del alivio. —Gracias.

—No, gracias a ti por volver.

Era evidente que estaba deseando que se quedara. —¿Qué pasa?

—He conocido una chica —dijo sin poder disimular su alegría.

—Eso es genial.

—¿A que sí? Bien, ahora viene lo bueno, me odia.

—Eso es imposible.

—Pues lo imposible ha pasado. Me odia con todas sus fuerzas. Tienes que ayudarme. — Empezó a empujar su carrito. —Me vuelve loco. Cuando sonrío, que nunca es a mí, por cierto, es

que mi corazón vuela.

Se llevó la mano al pecho. —Qué bonito, Carl.

—Por eso tienes que aconsejarme.

—No soy la persona más adecuada para aconsejar en cuestiones de amor.

—Claro que sí, eres mujer, sabes lo que les gusta a las mujeres. ¿Qué puedo hacer para conquistarla?

—Oh, eso sí puedo hacerlo. ¿Qué tal unas flores?

—¿No está muy trillado?

—Tienes razón, debes ser más original. —Llegaron hasta su camioneta y él tiró las maletas atrás de mala manera. Blondelle hizo una mueca. Menos mal que no tenía nada que pudiera romperse. Abrió la puerta y se sentó tras el volante.

Carl carraspeó. —Te has equivocado.

—Ese es el tipo de comentarios que no nos gustan a las chicas. ¿Insinúas que no puedo conducir?

—No me vengas con preguntas feministas y reconoce que te has equivocado al subirte al coche, porque no te has acordado de que aquí conducen por la izquierda.

Soltó una risita. —Pues tienes razón, me has pillado. —Se movió al asiento de al lado y su amigo se sentó. —¿Y bien? ¿Cómo es y cómo es que no me has hablado de ella las veinte veces que hemos hablado por teléfono esta última semana?

La miró de reojo antes de salir a la carretera. —No te lo dije antes porque bastante tenías con pensar en lo tuyo. Trabaja conmigo. Se llama Elisabeth y es de Perth. Estudió física e hizo varios masters en meteorología. Está muy preparada, es muy inteligente y es preciosa.

—Vaya, ¿y cuál es el fallo?

—¿No te lo he dicho ya? Me odia.

—¿Qué has hecho?

—Ser el jefe y mandarle los típicos trabajos de los novatos.

Hizo una mueca. —Tiene que empezar desde abajo, ¿no?

—Exacto. Todos los hemos hecho, pero ella me dice que estamos desperdiciando su talento —dijo asombrado.

—Así que tienes que bajarle los humos.

Gimió. —Cada vez que tengo que reprenderla me sube la tensión, te lo juro.

—Lo que te sube es otra cosa.

Su amigo sonrió. —Eso también.

—Eres su jefe, ¿no hay conflictos de intereses o algo así?

Gruñó. —Pues sí. Y eso me mata, te lo juro.

—Bah, si todo os va bien nadie te dirá nada. Ya lo sé, mañana llévale un bollo de chocolate.

La miró asombrado. —¿Un bollo de chocolate?

—Una vez un chico del instituto me regaló un bollo de chocolate y empecé a fijarme en él cuando antes no me sabía ni su nombre. Después me di cuenta de que el bollo de chocolate se lo regalaba a todas a ver quién caía, pero leche le funcionaba, cada fin de semana estaba con una distinta.

Le miró asombrado. —¿De veras? ¿Eso fue antes o después de David?

Apretó los labios. —Un año después. Algunos de los chicos ya consideraban que estaba en circulación. Pero hablando de Elisabeth, llévale el bollo de chocolate solo a ella y dáselo en un momento en el que estéis a solas porque sino llamarás mucho la atención y puede que haya bromitas incómodas. Déjaselo en la mesa sin decirle nada a ver cómo reacciona.

—¿Crees que...? Leche, voy a probar. Mañana por la tarde estaremos solos.

—Genial, pues es el momento idóneo. Y si le llevas un café mejor.

—No toma café. Toma té.

—Pues un té.

—¿Y después?

—Después si te sonríe en algún momento de la tarde, le preguntas si ya conoce la zona, si le gustaría salir... Pero no la lleves a ese antro donde nos conocimos, llévala a un sitio con más clase o a tu casa a cenar.

—Lo haré. —Le sonrió. —¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás lista para verle?

—Tenías que sacar el tema, ¿no? Llevaba diez minutos de lo más tranquila.

Carl rio por lo bajo. —Haces lo correcto.

—¿Tú crees? Mi hermano dice que debo ver qué pasa, que si mi corazón da un brinco al verle es por algo. Que todo lo que dijo fue desafortunado y que me dolió, pero que puede que estuviera arrepentido de verdad y bla, bla, bla.

—Es que lo que te dijo... joder. Y además tú eras...

—Virgen, puedes decirlo.

—Pues eso.

—Lo dijo a mala leche. Se dio cuenta de lo que habíamos hecho y quería dejarme claro que no iba a haber nada entre nosotros.

—Joder, pues ahora debe tirarse de los pelos por su comportamiento.

Sonrió. —Parece que sí. ¿De veras todo lo que me contó es así? ¿Su padre le está haciendo la vida imposible? —Carl asintió. —¿Y cómo no me dijiste que te relacionabas con él?

—Cuando regresamos a Australia nos vimos en el bar. Él se acercó y se sentó conmigo.

Empezamos a hablar de ti. Como yo había regresado después que él, me preguntó que cómo estabas. Le alivió mucho que le confirmara que el antibiótico funcionaba de veras y que tu hígado había mejorado. Esa conversación llevó a otra y al final nos tomamos tres cervezas. De hecho, ahora su amigo Martin y él siempre se sientan conmigo. No te dije nada porque no querías saber nada de él y no quería incomodarte o que te enfadaras conmigo porque ahora nos vemos.

—Me alegro mucho de que os llevéis tan bien.

—Bueno, es evidente que quiere saber de ti y que yo soy la única fuente de información que tiene. El interrogatorio no me lo quita nadie cada vez que me ve.

Jadeó. —¿Y qué le cuentas?

—¿Todo?

—¡Carl!

—Vamos, ahora también es mi amigo.

—¿Y qué consejo te ha dado tu amigo sobre Elisabeth?

—Que le plante un beso a ver cómo reacciona. Y Martin dice lo mismo.

—Hala, en plan troglodita. No les hagas ni caso. No saben ligar. —La miró incrédulo y ella gritó indignada —¿Galen ha ligado delante de ti?

—Bueno, últimamente no es que ligue mucho, pero Martin es un hacha. Aunque yo voy a seguir tu consejo a ver qué pasa. Mejor poco a poco.

—¿Eso es que sí o que no?

—No, no ha ligado —dijo como si fuera una pesada.

Se llevó la mano al pecho. —¿De veras? No estarás protegiendo a tu amiguito del alma, ¿no?

—Si hubiera ligado, no puedes recriminarle nada, no estabais juntos.

—Si ha ligado es que yo no le importaba tanto.

—Ha ido a buscarte. Por cierto, esta llegada en plan sorpresa no sé si es buena idea.

—¿Por qué?

—Porque las sorpresas a veces son desagradables para quien sorprende.

—Me da la sensación de que quieres decirme algo, pero no te atreves. Este sigue con la divorciada, ¿no? —Carl se sonrojó. —¡Da la vuelta!

—¡No lo sé fijo!

—Ah, ¿no?

—El sábado estuvo en el bar sentada a nuestra mesa.

—¡La madre que le trajo! ¡Dijo que quería formar una familia conmigo y sigue con esa! ¡Solo ha pasado una semana! ¿No habrá contratado a otro? —preguntó espantada.

—Pues... Rechazaste el empleo. El empleo y todo lo demás.

Se quedó de piedra. —¿A quién ha contratado?

—A un tío que no conozco. Un tal no sé qué Galbert. Uno de los mejores capataces de Australia. Llegará en un par de días.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó indignada.

—Anda esta, porque si te lo digo no vienes.

—¡Pues tenías razón! Dios, voy a hacer el ridículo. Me voy a tu casa.

—Y una mierda. ¡Si te vienes a casa y Elisabeth me da una oportunidad, a ver cómo le explico qué haces durmiendo en mi cama!

—Pues dile que soy una amiga.

—Ya, que va a crearme.

—Ni que fueras un Don Juan.

—Ella cree que lo soy.

Pasmada parpadeó. —¿Es coña?

—Oye, que de vez en cuando cae alguna. Y dio la casualidad que el día que Elisabeth apareció, vino a mi casa en lugar de ir al centro meteorológico porque alguien le dio la dirección equivocada y justo en ese momento vio como la chica de esa noche salía al salón en bolas.

—A ver si piensa que es tu novia.

—Pues no porque otra vino a buscarme al trabajo tres días después. Desde entonces creo que me mira peor y todo.

—¿Está celosa?

—¿Tú crees? —preguntó ilusionado.

—No lo sé.

—¿Tú estás celosa?

—¡Qué te den! —Miró al frente y se cruzó de brazos. —¡Genial, en un país extranjero sin trabajo, sin pasta porque he insistido en dársela a mi hermano y sin novio porque tiene a la divorciada! ¡Eso por no mencionar que el único amigo que tengo aquí, es un traidor de mierda que va al sol que más calienta!

Carl se sonrojó. —Bueno, visto así.... Vamos al rancho, ¿no?

—¡No!

—Si no vas al rancho le llamo.

Jadeó. —Serás chivato.

La retó con la mirada. —A ver lo que le dices a él.

Le agarró por la oreja. —¡Deja de chivarte!

—Ay, ay... ¡No seas bruta! —Dio un volantazo y varios coches pitaron. —¡Suéltame!

—¿Te vas a chivar?

—No, ¿vale?

Le soltó y respiró hondo. —Tengo que pensar qué hacer.

—¿Por qué las mujeres lo complicáis todo? —Le fulminó con la mirada. —¿Qué? Es evidente que estás loca por él y él por ti. ¿Para qué lo lías todo?

—¡Fue él quien lo lio!

—Pero fue sincero con sus sentimientos. ¡Fue a verte dos veces para intentar arreglarlo! ¿Qué más quieres?

Gruñó cruzándose de brazos. Tenía razón, había ido hasta allí para averiguar si había un futuro con Galen, todo lo demás tenía que darle igual. Como le había dicho Malcom, la vida es para los valientes. Recordando las palabras de su madre cuando fue a despedirla, se mordió el labio inferior. La había abrazado y le había dicho que si se había acostado con él con todo lo que había esperado, es que había sentido algo muy intenso por Galen. Que no había criado hijos tontos, así que si había puesto los ojos en él es que algo debía tener. Que aceptaría la decisión que tomara, porque era su vida y tenía derecho a vivirla plenamente. Lucha por lo que amas, mi niña. —Llévame al rancho.

Su amigo sonrió de oreja a oreja. —Perfecto.

Tres horas después la camioneta se detuvo ante la casa y muy nerviosa vio como la puerta se abría para mostrar a Hillary, que chilló de la alegría al verla antes de bajar los escalones del porche a toda prisa. Abrió la puerta. —¡Estás aquí! Qué alegría, qué alegría. —La abrazó y de repente se apartó para mirarla. —¿Estás bien? ¿Estás recuperada?

—Sí. En la última revisión del hígado todo iba perfecto.

—Qué alegría. —La abrazó de nuevo. —Como me alegro de que hayas vuelto. —Se apartó. —Vamos dentro —dijo impaciente como si temiera que se fuera en cualquier momento.

Carl cogió sus maletas. —Entrad, hace un calor de mil demonios.

—Sí, me he dado cuenta de que aquí el sol pega más.

—Chico dinos que va a llover.

Su amigo hizo una mueca. —No tiene pinta.

—Vaya. Va a ser un verano muy duro. Entremos, allí estaremos más frescos. —Cogió el brazo de Blondelle. —Que bien que estés aquí, mi nieto se va a poner como loco.

—¿No me digas? —preguntó con segundas—. ¿Acaso no ha visto a la divorciada?

La abuela se echó a reír. —Pero como amigos. Eso se acabó.

—Pues se vieron el sábado —dijo entre dientes.

Hillary fulminó a Carl con la mirada. —Esos son chismes.

Su amigo se puso como un tomate. —Uy, que prisa tengo... ¿Dónde dejó las maletas?

—¿No te quedas a comer? —preguntó la abuela.

—Tengo que volver al trabajo.

Entraron en la casa y su amigo dejó las maletas en el hall antes de darle un beso a Blondelle en la mejilla. —Te llamo luego.

—Sí, huye... —Su amigo casi salió corriendo y ella se acercó a la puerta para gritar — ¡Acuérdate del bollo de chocolate!

Él le guiñó un ojo antes de subirse al coche y salir de allí levantando polvo. Al volverse vio que Hillary sonreía encantada. —Si quieres bollos de chocolate sé hacerlos.

—¿De veras?

—La magia de internet.

—No hace falta. —Fue hasta la cocina y se sentó a la mesa. Hillary se sentó a su lado y la miró fijamente. Blondelle hizo una mueca. —Lo sabes todo, ¿no?

—Sí, niña.

Se miraron a los ojos y los de Blondelle se llenaron de lágrimas. —Fue un trago.

—Me lo imagino. Yo también perdí a tres bebés antes de tener a mis hijos.

—Dios, lo siento.

Cogió su mano y se la apretó con cariño. —¿Lo deseabas?

—No sé qué decirte. Al principio sí, pero después pensé en todo lo que me dijo el médico... —La abuela vio su cara de culpabilidad. —Igual ocurrió por eso, porque renegué de él.

—Dios niña, no digas eso. No es culpa tuya haber perdido el niño, estabas enferma.

—Me he sentido muy culpable. Igual tenía que haberme cuidado más o...

—Shussss... Ya pasó. Dios dispone y ha puesto este escollo en tu camino. Tendrás hijos preciosos y muy sanos en el futuro. Tendréis niños preciosos.

—No corras tanto, que venido a ver qué pasa.

—Perfecto —dijo encantada antes de levantarse e ir hacia la nevera—. ¿Una cervecita?

—Prefiero un zumo si tienes por ahí.

—Sí, claro. —Sacó uno de piña y le echó hielo al vaso antes de acercárselo.

—Gracias. —Echó el contenido en el vaso y bebió sedienta. Cuando terminó tenía ante ella un buen sándwich.

—Seguro que estás hambrienta. Tú eres de buen comer.

—Pues... Deben ser los nervios porque... —En ese momento escucharon los cascos de un caballo y se levantó de golpe para correr hacia la ventana. Al ver que Galen llegaba en ese momento la miró pasmada. —¿Pero qué hora es?

—Las cuatro.

—Llega temprano. Uy, que Carl se ha chivado de que estoy aquí. Cuando le pille...

—¿Pero acaso no quieres que te vea? —preguntó sin entender.

—Oye, que aún estoy intentando acostumbrarme a la idea. —La abuela la miró como si fuera un bicho raro. —¡Esta situación es muy incómoda! —Miró hacia la ventana para ver como saltaba del caballo. —Y eso que había poca cobertura.

—Ha debido pillar una rayita.

—Puñetera rayita. —Se volvió hacia la puerta y de repente allí apareció. Se le cortó hasta el aliento por lo guapo que estaba. Y esa barba de varios días hasta le subió la temperatura. —
Hola.

Él sonrió. —Hola nena. —Dio unos pasos hacia ella, pero Blondelle sin poder evitarlo dio un paso atrás. Este perdió algo la sonrisa. —Entiendo.

—Uy, que incómodo es esto... —dijo empezando a agobiarse.

Hillary miró preocupada a Galen. —Hijo, acaba de llegar y creo que necesita algo de tiempo para aclimatarsé, para conocerte bien y decidir qué es lo que quiere.

Galen asintió. —Sí, por supuesto. Es estupendo que estés aquí. No sabes cómo me alegro.

—¿De veras? —preguntó sin poder evitarlo—. ¿De veras te alegras?

—No sabes cómo, preciosa.

—No, no lo sé. ¿Y lo sabe esa divorciada con la que te acuestas? —preguntó entre dientes.

Se quedó de piedra. —¿Divorciada?

—Sí, esa con la que quedaste el sábado.

Galen miró de reojo a su abuela que mosqueada se cruzó de brazos. —Es una amiga.

—¿Amiga? Creo que es mucho más. —Enfadada dio un paso hacia él. —Pero bueno, ¿a ti qué coño te pasa?

—Nena...

—¿Me tratas fatal, luego vas a buscarme y ahora me entero de que ves a otra?

—Te juro que no me acuesto con ella desde hace mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—¡Desde antes de conocerte! ¡Ahora solo somos amigos! El sábado salió y como siempre sale con nosotros... ¡Joder, no voy a hacerla de lado, es mi amiga y no ha hecho nada malo! —Ella iba a decir algo, pero la interrumpió. —¡Me diste puerta! —dijo asombrado. Se puso como un tomate y entrecerró los ojos mientras él añadía —Pero no te vayas.

—Que no me vaya... —dijo entre dientes antes de sonreír maliciosa—. Bien, no me voy. ¿Cuándo empiezo el trabajo?

Galen carraspeó. —¿Trabajo?

—Sí, ese que me ofreciste. Necesitabas ayuda, ¿no? Pues aquí estoy como una buena novia. Porque somos novios, ¿no? —Su tono le decía que más valiera que dijera que sí.

—Sí, por supuesto, novios, novios. Como los de antes. Vamos, que voy en serio.

—En serio... —Sonrió de una manera que les puso los pelos de punta. —¡Tú te debes creer que soy idiota! —gritó sobresaltándoles—. ¡Le has dado mi trabajo a otro!

Dio otro paso hacia ella. —Nena... que me dijiste que no.

—Te has dado mucha prisa, ¿no? Ya lo habías pensado.

No sabía dónde meterse. —Tenía que buscar distintas opciones.

Aquello era el colmo. —¿Y qué opción era yo?

—La primera, por supuesto.

—La primera. —Ella sí que tenía un mosqueo de primera. —Bueno, pues como era la primera opción ya estoy aquí, así que ya le estás diciendo que sus servicios no son necesarios.

—Eh...

—Eh, ¿qué? —preguntó poniendo una mano en la cintura.

—Que no puedo hacer eso.

Leche, que este quería guerra y acababan de empezar. —¿Por qué no puedes hacerlo?

—Porque ha dejado otro trabajo para venir aquí.

—Anda y yo.

—Joder... —dijo por lo bajo—. Un trabajo en un rancho muy importante.

—Ah, que el rancho de mi hermano no es importante.

—Nena, no es como mi rancho.

—¿Y ahora qué hago? —gritó exaltada.

—Puedes ayudarnos.

—Ayudaros... —Apretó los dientes y siseó —Voy a deshacer las maletas.

—¿Te ayudo?

—¿Puedes subirlas a mi habitación? ¿O crees que te arrepentirás por el camino?

—Nena, te aseguro que no me arrepiento de haber ido a verte y me alegro muchísimo de que estés aquí.

Se sonrojó. —¿A pesar de la bronca?

Él sonrió. —Tengo la sensación de que vamos a tener muchas por cómo es nuestro carácter.

Pasando ante él como si fuera a la guerra dijo —Si esperas una reconciliación en un breve espacio de tiempo, ya puedes esperar sentado.

—La espera merecerá la pena. —Se la comió con los ojos y ella se sonrojó aún más.

Blondelle cogió una de las maletas y empezó a subir las escaleras.

—Nena, ya lo hago yo.

—No soy una débil florecilla.

Mirándole el trasero con descaró dijo —Eso ya lo sé.

Hillary soltó una risita.

—¿Has visto, abuela?

—Tengo bueno ojo, ¿eh?

—Galen no tengo todo el día —dijo desde arriba antes de mirar a un lado y a otro del pasillo—. ¿Cuál es mi habitación?

—La mía es la del fondo de la izquierda.

Ella se metió en el pasillo de la derecha y Galen hizo una mueca. —¿Eso es una indirecta?

Sacó la cabeza para mirarle. —¡Sigue soñando y te va a ir muy mal! ¡Espabila!

Rio por lo bajo cogiendo las otras dos maletas y empezó a subir las escaleras. Cuando llegó arriba vio una puerta abierta y fue hasta esa habitación donde ella ya había abierto el armario. —Nena, vas a hacer el trabajo dos veces. Acabarás en mi cama.

—Sí.

—¿Entonces?

Levantó la mano. —Cuando tenga dos anillos en este dedo. Uno que diga que te comprometes conmigo y otro que diga a las divorciadas que ya no eres libre.

Dejó las maletas en el suelo y salió de la habitación.

—¿A dónde vas?

—¡A por los anillos!

—Muy gracioso. —Al ver que no regresaba fue hasta la puerta y sacó medio cuerpo para mirar lo que hacía. La puerta del fondo del otro lado del pasillo estaba abierta y de pronto salió. —¿Galen?

—Nena, ya los tenía preparados. Son los de mi abuela.

Sin poder creérselo vio como arrodillaba una pierna ante ella y cogía su mano. — Preciosa, ¿quieres ser mi esposa?

—¡No!

La miró como si tuviera cuernos. —¿No?

—¡No, es muy pronto! —Apartó la mano y regresó a la habitación para coger una de las maletas y ponerla sobre la cama. La abrió mirándole de reojo y gimió porque todavía estaba de rodillas mirándola como si no se lo creyera. —Dame tiempo.

Se levantó de golpe. —Vamos a ver, nena, que voy en serio.

—Eso dices, pero no nos conocemos bien. Tenemos que conocernos mucho mejor para dar un paso tan importante.

—Y de sexo nada.

—Podemos besarnos.

Gruñó. —Preciosa, soy un tipo muy sexual.

Se incorporó poniendo los brazos en jarras. —¿Y?

—¡Qué ya llevo una temporada de sequía y tenerte aquí y no poder tocarte, va a ser una tortura!

Se sonrojó de gusto. —Hablaemos de ello en un mes.

—¿Otro mes?

—Oye, a mí con exigencias no, ¿eh? —Cogió un paquete de buen tamaño y se lo tendió. —Para ti.

—¿Qué es esto?

—Pues un regalo, para hacer las paces.

Sorprendido lo cogió. —¿De veras? —Sonrió y empezó a romper el papel para mostrar la caja que había dentro. Él separó los labios de la impresión al ver que era un sombrero texano.

Dejó la caja sobre la cama y levantó la tapa para mostrarlo. —Nena, es precioso.

—A tu abuela le he traído un cinturón y unos pendientes de topacio azul. Es la piedra preciosa oficial de Texas, ¿crees que le gustarán? —susurró.

—Seguro que le encantan. —Se incorporó y se puso el sombrero. Dios, qué guapo era. —
¿Qué tal?

—Pasable.

Él se echó a reír. —¿Y has traído uno de estos para ti?

—Claro que sí, vaquero. —Se iba a volver hacia la maleta cuando la cogió por la cintura pegándola a él. Sorprendida se quedó sin aliento mirando sus ojos.

—Ahora voy a darte las gracias.

—¿Sí?

Se quitó el sombrero con la otra mano y lo dejó caer en la caja sin dejar de mirarla a los ojos. —Has dicho que puedo besarte. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla haciendo que todo su cuerpo vibrara y más aún cuando esos labios susurraron —No he podido olvidar esto, nena. ¿Lo sientes? Entre nosotros hay algo que es difícil de describir. —Sus labios rozaron su mejilla hasta llegar a la comisura de su boca. —Es como si algo me acercara a ti. Un hilo invisible que nos lleva el uno al otro. Y que estés aquí demuestra que tengo razón. —Besó su labio inferior antes de pasar la lengua con delicadeza sobre él tomándose su tiempo y Blondelle cerró los ojos sintiendo que el placer empezaba a embriagarla. —Tu olor, tu sabor... Todo en ti me vuelve loco. —Rozó sus labios con los suyos. —Ninguno de los dos renunciará a esto, nena. —Atrapó su boca invadiéndola antes de que se diera cuenta y la saboreó tan profundamente que se mareó de placer. Se aferró a sus hombros y Galen la agarró por las nalgas elevándola para ponerla a su altura. Ni se dio cuenta de que rodeaba sus caderas con las piernas mientras abrazaba su cuello besándole una y otra vez. Ni sintió como pegaba su espalda a la pared, solo sentía sus labios y sus manos acariciándola de una manera que la volvía loca. Sin aliento apartó

su boca y él besó su cuello bajando por el escote de su camiseta. Cuando pasó su lengua por el inicio de su canalillo gimió de gusto arqueando su cuello hacia atrás. —Nena, si sigo no sé si podré parar.

Abrió los ojos de golpe sintiéndose como si le hubieran echado un jarro de agua fría y él notó como se tensaba. Levantó la vista hasta su rostro e hizo una mueca. —Entiendo.

Gimió. —Lo siento, pero...

—Es muy pronto. —La dejó en el suelo con cuidado y llevó la mano a su cuello elevando su rostro para que le mirara a los ojos. —No quiero que te preocupes por esto, ¿de acuerdo? Puedo esperar.

—Te he animado y...

—Eh... ¿No te he dicho que no te preocupes? Entiendo que tengas dudas y esta vez intentaremos hacer las cosas de manera tradicional.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿De veras no te molesta?

Sonrió malicioso. —No, preciosa, no me molesta. Pero te aseguro que para ti tampoco va a ser fácil.

Jadeó indignada mientras él riendo iba hacia la puerta. —¿Qué tienes en mente, Galen? ¿Torturarme?

—Nena, ya que tengo que vivir esta abstinencia, lo justo es que tú también sufras un poco.

—¿Crees que claudicaré? Pues estás muy equivocado.

—Dime eso cuando no tengas un pecho fuera.

Jadeó mirándose y él se echó a reír saliendo de la habitación. Como un tomate estiró la camiseta para taparlo antes de soltar una risita. Qué beso. Casi se le habían caído las botas del gusto. Pero podía esperar, claro que sí. Puede que un mes no, pero un par de semanas... Tenían

que conocerse bien antes de lanzarse a la carga, que luego pasaba lo que pasaba. Sí, le daría una semana a ver cómo iba la cosa.

Capítulo 10

Bajó a la cocina en cuanto terminó de colocar su ropa. Sentado a la mesa estaba Galen leyendo unos papeles mientras la abuela hacía la cena. Él ya se había comido medio sándwich. —Eh, que era mío.

—Nena, que cenamos en dos horas —dijo con la boca llena. Mientras Blondelle se sentaba dejó un papel sobre la mesa ante ella.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiendo el sándwich.

—Me han ofrecido ese pienso. Dime qué te parece.

Cogió el papel y revisó el presupuesto. Entrecerró los ojos al ver el precio por kilo, no estaba nada mal, pero dejó la hoja sobre la mesa y dijo —No.

—¿Por qué?

—La composición de ese pienso no es lo que necesitas. Debes alimentarles de manera más natural, aunque sea más caro.

—Nena, que tengo muchas reses.

—Por eso he pensado... ¡Hacer nuestros propios piensos! —La miraron como si estuviera loca. —¿Qué? ¿No os gusta la idea?

—Preciosa, para eso habría que importar el grano, las vitaminas, forrajes, proteínas y todo eso mezclarlo a la cantidad adecuada. Eso por no hablar de la inversión en maquinaria y los empleados.

—La maquinaria te la puedo conseguir con un descuento del noventa por ciento.

No pudo disimular su asombro. —¿Qué has dicho?

Soltó una risita. —La fábrica de piensos de mi pueblo va a cerrar. El tipo se quiere jubilar y no tiene hijos. Está harto de luchar por el negocio y le ha dicho a mi padre que si encuentra comprador estupendo, pero sino también, porque cierra y san se acabó. Que como mucho le da un año porque está pensando qué hacer con los diez trabajadores que tiene. Le da pena echarles a la calle. El grano te lo puede vender mi padre de su cosecha y todo lo demás es fácil de encontrar.

Galen entrecerró los ojos. —¿Cuánto tendría que invertir?

—Pues no sé... ¿Dos millones?

—Joder, ahora no deberíamos hacer ese gasto con todo lo que tenemos encima.

Sí, igual tenía razón. Miró la hoja que tenía delante. —Vale, me parece bien ese presupuesto.

Galen miró a su abuela. —¿Qué dices?

—Hijo, piensa que no solo servirá para tus reses. Puedes venderles a otros y tu pienso saldrá gratis. Ampliaríamos el negocio y sabes que es necesario porque cada vez tenemos más competencia con la carne de Asia.

—Sí, además si tenemos un producto de calidad tendremos mercado. La mayoría de los piensos ahora son una mierda.

—Eso mismo dice mi padre. Solo necesitamos un veterinario y uno que haga las mezclas.

Galen se levantó y empezó a caminar por la cocina dándole vueltas. —¿Seguro que puedes conseguir la maquinaria tan barata?

Ella levantó una ceja sonriendo. —Mi padre negocia mucho mejor que yo. Si le compras el grano a él y a los de la zona, el señor Parker estará contento porque cerrar no le dará tanta pena

por lo de los empleados y eso.

—Muy bien, habla con tu padre.

Sus ojos brillaron. —¿De veras?

—Espero que no esté muy vieja y me valga unos años.

—Estuve allí hace un mes y vi como metían una trituradora nueva. Parker es de los que invierte. Quiere vender la fábrica lo mejor posible.

—¿Y quién la va a dirigir?

Pensó en ello y de repente sonrió de oreja a oreja. —Mi hermano Terence. Es un hacha para los negocios.

La miró sin entender. —Nena, ¿tu hermano se va a trasladar aquí?

—No, vamos a hacer los piensos allí. Cielo, piensa. El mercado americano es mucho más grande que el australiano. Trasladar toda la fábrica aquí supondría un gasto enorme, pero si usas lo que ya tienes allí, solo tienes que transportar tu pienso. Billy puede encargarse de las ventas.

—¿Quién es Billy?

—Otro de mis hermanos mayores, justo el que va delante. Él me enseñó mi trabajo. — Sonrió. —Puede vender cualquier cosa.

—No es mala idea —dijo su abuela—. Allí tienes los trabajadores que conocen el negocio y es un mercado muy grande. Además, allí ya tienes clientes.

—Sí... Bien visto, nena. Llama a tu padre y dile que tanteé al señor Parker. Pero antes de hacer una oferta quiero ver sus libros de cuentas. No puedo perder dinero con esto.

—Hecho.

Se levantó a toda prisa. Corrió hacia el piso de arriba mientras la abuela asentía como dándole el visto bueno. —La inversión inicial será fuerte, pero piensa que te ahorrarás el medio millón al año en piensos.

—Sí, es algo que no se me quita de la cabeza. En cuatro años la habré amortizado.

—¡Cariño, mi padre pregunta si en ese precio incluye los camiones!

Frunció el ceño. —¿De cuántos camiones hablamos?

—¡Dieciséis!

Separó los labios de la impresión. —Nena, ¿cómo de grande es esa empresa?

Se echó a reír. —Cariño tienes el presupuesto de su pienso delante.

Asombrado cogió el presupuesto y vio que era de una empresa del Paso que vendía a nivel nacional e internacional si le había llegado su presupuesto. Atónito fue hasta el hall. —¿Estamos hablando de Piensos texanito? —Ella asintió. —Nena, no me la va a vender por ese dinero.

—Uy, hombre de poca fe... —Se puso el teléfono al oído y retándole con la mirada dijo —¿Papá? Sí, con los camiones y toda la maquinaria incluida. La fábrica tal y como está. Mira a ver lo que puedes hacer.

Sin poder creérselo miró a su abuela que soltó una risita. —Esta chica...

Sentada a la mesa comía con ganas el pollo asado que Hillary había hecho. Cogió el bol del puré de patata y echó una buena cantidad para seguir comiendo. —Preciosa, ¿dónde lo metes?

Con la boca llena le miró sin entender y Hillary se rio a carcajadas. —Es hiperactiva. ¿No es cierto, niña?

—Uy, ¿no lo habías notado? Pues ahora no puedes dejarme por eso.

Galen sonrió. —No pensaba hacerlo.

—Mientras no me cambie el metabolismo, pienso comer lo que me dé la gana. Y puede

que después también.

—Cuando tuve a mi hijo mi cuerpo cambió y cualquier cosa me engordaba. Debo tener cuidado con lo que como. —Se acercó cómplice. —Pero mis onzas de chocolate por la noche no me las quita nadie.

—Vivir sin chocolate debe ser horrible —dijo como si fuera una tragedia enorme.

—Y que lo digas.

Escucharon el motor de un coche y Galen se levantó para mirar. —Es Carl.

—Oh... —Se levantó y fue a por otro plato. —Seguro que tiene hambre.

Se volvió y Galen la miraba levantando una ceja. —Es mi amigo, como la divorciada esa es amiga tuya.

—¿He dicho algo? Me cae bien.

—Claro que te cae bien con todo lo que te ha contado de mí.

—Nena, de alguna manera tenía que estar al día.

Se sonrojó de gusto y puso el plato en la mesa.

—¿Se puede?

—¡Pasa Carl! —gritó ella—. ¿Has cenado?

Su amigo apareció en la puerta de la cocina. —No.

—Genial, el pollo está buenísimo. —Le sirvió un buen pedazo antes de ir a por una cerveza. —¿Qué tal el día? —Abriendo la cerveza le miró divertida. —¿La has visto? —Miró a Hillary. —Está enamorado de una compañera de trabajo.

—Oh, ¿y qué tal te va en tu conquista, chico?

—Fatal.

Blondelle se sentó a la mesa. —¿Le has dado el bollo de chocolate?

Su amigo gruñó. —Aproveché que uno de los nuestros salió a echar gasolina y se lo llevé a la mesa. —Cogió la cuchara y se sirvió puré de patatas. —No ha funcionado.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque es diabética.

Se echó a reír a carcajadas.

—No tiene gracia. La cara que puso. Preguntó que si lo que quería era matarla.

—Nena, esta es de las tuyas, con mala leche.

—Ja, ja. —Volvió la vista hacia su amigo. —¿Cómo no sabías algo así?

—Juraría que la he visto comer caramelos —dijo pensativo.

—Igual son sin azúcar —dijo Hillary.

—A ver si te está vacilando. —Galen bebió de su cerveza.

—¿Crees que es eso? —preguntó ella sorprendida—. Sí que tiene mala leche si hace algo así. ¡Le ha regalado un bollo de chocolate, es un gesto de buena voluntad!

—Apuesto que le has pedido que haga algo que no le gusta nada y te la ha devuelto así.

—Le he pedido unos gráficos. —Carl entrecerró los ojos. —Y ahora que lo pienso al té le echa azúcar.

—Uy, uy, que vas a tener que sacar la artillería pesada.

—¿Qué artillería? —preguntó Carl con interés.

—Sigue mi consejo y plántale un beso en los morros —dijo Galen.

—Eso, y que me denuncie por acoso y agresión. Estaré genial en la cola del paro.

—No le hagas ni caso —dijo Blondelle—. Tú hazme caso a mí que sé de lo que hablo. Han intentado conquistarme miles de veces.

—¿No me digas, nena? —preguntó Galen molesto.

—Y para colmo me voy a fijar en el que no me hacía ni caso. —Abrió los ojos como platos. —Eso, ignórala.

—Y ella encantada —dijo Carl decepcionado antes de mirar a Hillary en su desesperación—. ¿Alguna sugerencia?

—Jóvenes, no saben por dónde andan. —Apoyó los codos sobre la mesa. —¿Te gusta esa mujer?

—Estoy loco por ella.

—Pues que no se dé cuenta o estarás perdido y te verá como un babas. —Miró a Blondelle. —¿Se dice así?

—Perfecto abuela.

—¿Soy un babas? —dijo su amigo espantado mirando a Galen.

—Es que ya te estoy viendo, joder. Seguro que se te pone chula y tú sonríes como embobado.

—Dios, qué perdido estoy en la vida.

—Es evidente que es una chula, porque lo del bollo de chocolate era un detalle que tenía que haber agradecido de todos modos. Incluso siendo diabética te podía haber dicho, gracias, pero no puedo. Pero eso de que quieres matarla, es que tiene mala leche.

—Sí, cielo, vas bien —dijo Blondelle.

—Pues la próxima vez que se te ponga chula, sueltas un grito para darle una orden y a ver si se le bajan los humos. Que para eso eres el jefe.

Carl gimió mirando a Blondelle. —¿Alguna otra sugerencia?

—Pero si le gritas no digas nada hiriente, que luego vienen los problemas. Solo del trabajo y mide tus palabras.

—Qué difícil es echarse novia. Es mucho más fácil echar un polvo. ¡Se suponía que era al

revés!

—Cómo ha cambiado todo —dijo la abuela—. Mi hombre no me tocó hasta la noche de bodas y fue para ayudarme a subir al tren. Hasta cuatro días después nada de nada.

—¿No me digas? —preguntó Blondelle interesadísima.

—Sí niña, es que no era coche cama porque se confundió al comprar los billetes y dormimos sentados tres días. Te aseguro que cuando llegamos al hotel no teníamos ni ganas. Dormimos dieciocho horas seguidas. Eso sí, cuando me pilló no me dejó salir del hotel en una semana. —Soltó una risita. —No vimos nada de Sídney, excepto la estación, claro.

—Que envidia —dijo Carl con la boca llena.

—Tranquilo amigo, que esta cae como me llamo Blondelle.

—Aquí hay mucho hombre. Mi ayudante le tira los tejos.

—¿Y ella se deja? —preguntaron los tres a la vez interesadísimos en su respuesta.

—Le ríe las gracias —dijo como si eso le molestara muchísimo.

—¿Y contigo se ha reído alguna vez? —preguntó Hillary.

—No, nada de nada. Y eso que una vez conté un chiste y todos se partieron de la risa.

Ambas chillaron de la alegría chocándose las manos y Carl las miró sin comprender. — No es para alegrarse tanto.

—¿No te das cuenta? —Blondelle apoyó los codos sobre la mesa. —Hace que no tienes gracia. Eso es un indicio que debe mostrarte que está interesada en ti.

—Ah, ¿sí?

—Si no le interesaras, te vería como un jefe y punto. Es más, te intentaría hacer la rosca para librarse de esas tareas que no le gustan. Yo en el trabajo lo he hecho mil veces. Una miradita de pena y el jefe se lo pasaba a otro por no disgustarme. Y seamos francos si te hiciera algo así, tú la dejabas vagueando todo el día.

—Así que crees que el cabreo tiene otro propósito.

—¿Es amable con los demás?

—Sí, solo es borde conmigo.

—Pues ahí lo tienes. ¿Qué razón puede tener para no hacerle la rosca a su jefe y llevarse bien con él cuando se lleva bien con los demás?

—¿Para que la eche?

Ellas se miraron. —Eso también puede ser —dijo Hillary.

—No, no puede ser eso, sino no hubiera aceptado el trabajo. ¡Quiere mantener las distancias contigo porque le gustas y eres su jefe!

Carl miró a Galen que se encogió de hombros. —El razonamiento de las mujeres está muy lejos de mi comprensión. Nosotros somos más primarios y directos.

—Lo dice el que después de hacer el amor, suelta frases memorables para que salga corriendo.

Galen carraspeó. —Nena, ¿tenías que sacarlo?

—Y lo que te queda, guapo. —Volvió la vista hacia su amigo. —Mira, sino le gustaras hubiera aceptado el bollo de chocolate. Si se lo hubiera dado otro, hubiera sido más educada, ¿no?

—Sí. Como ya te he dicho solo es borde conmigo.

Ambas superaron del alivio. —Muy bien, es tímida.

—Muy tímida —dijo la abuela.

—¿Qué?

—Es de esas chicas que huyen del chico que le gusta porque no saben relacionarse con los hombres. Mi cuñada era igual. Lo que le costó a mi hermano mayor que le diera una cita. ¿Y por qué le rechazaba? Por timidez, por meter la pata durante la cita. Elisabeth se siente cómoda

en su trabajo, es donde se siente segura, pero si la sacas de su zona de confort, no sabe comportarse. Es una manera de protegerse.

—Lo que yo decía, dale un buen morreo y se le quitan todas las dudas. —Galen bebió de su cerveza.

Carl entrecerró los ojos y se levantó dejando la cena a la mitad para salir de la casa dejándolas con la boca abierta. —No se atreverá —dijo Galen divertido.

—Ha salido derrapando —dijo Hillary riendo por lo bajo mirando por la ventana.

—A ver si hemos metido la pata. —Preocupada bebió de su cerveza.

—Lo sabremos en un rato —dijo Galen—. Si te llama es que ha ido mal y si no te llama es que aún la está besando. —Se acercó por encima de la mesa. —Hablando de besar....

Se levantó de golpe. —¿Postre?

—No rechazaría tu bollo de chocolate por nada del mundo —dijo comiéndosela con los ojos.

—Más te vale.

Galen se echó a reír y en ese momento sonó el teléfono fijo. Hillary que estaba más cerca lo cogió. —Rancho Newhall. Oh... —Apartó el auricular. —Es ese hombre que has contratado.

Galen se levantó de inmediato y cogió el auricular. —¿Patrick? —Blondelle dejó los platos en la encimera mirándole fijamente. —Sí, por supuesto, tu casa ya está preparada. —Gruñó cogiendo la tarta que le tendía Hillary y la llevó hasta la mesa. —No, de eso no me hablaste. —Se sentó atenta a cada palabra. —¿No me digas? Pues colegio no hay cerca. Claro, te emocionaste y no se lo consultaste a tu mujer. No te diste cuenta de eso, ¿no es cierto? Pues nada, no te preocupes que encontraré a otro. —Colgó a toda prisa y se miraron a los ojos. —Nos hemos librado.

Chilló de la alegría levantándose y se tiró a sus brazos. —¡Soy la jefa, soy la jefa! —Le besó en los labios antes de volverse y abrazar a Hillary que se echó a reír.

Galen carraspeó. —Nena, que el jefe soy yo.

—Pero eso no lo sabe nadie. ¿Ves cómo meterías la pata dejando que otro entrara en el ajo? Menos mal que he recuperado el control. —Entrecerró los ojos. —Hala, a la cama que hay que levantarse a las cuatro.

—A las cinco.

—¿A las cinco? No sé... haré un nuevo horario. A quien madruga Dios le ayuda —Cogió un pedazo de tarta y fue hasta la puerta, pero se dio cuenta de algo y regresó para darle un beso en los labios. —Buenas noches.

Él sonrió. —Buenas noches, nena.

—Mañana me enseñas la finca de cabo a rabo. —Se volvió y fue hasta el hall. —Buenas noches.

—Buenas noches, niña.

La escucharon subir los escalones y Galen se volvió hacia su abuela suspirando. —¿Qué te ha dicho ese?

—Que si habría problema por escolarizar a los niños. Casi ni le he dejado hablar y antes de darse cuenta se había quedado sin trabajo.

—¿Nos traerá problemas?

—Eso ya lo veremos. Si vuelve a llamar le diré que como había rechazado el trabajo, llamé a otro y que ya estoy comprometido. —Miró hacia arriba. —Y lo estoy. Abuela, mañana déjala dormir, con el cambio de horario y el viaje se quedará frita.

—Claro que sí, hijo.

Capítulo 11

Blondelle suspiró sentándose en la cama y al mirar su móvil que estaba sobre la mesilla vio que eran las cinco de la mañana. Estaba agotada, pero tenía que levantarse. Además así pasaría mejor el jet lag. Hora de ser productiva. Se levantó y salió para ir al baño topándose de frente con Galen que ya estaba vestido. Él parpadeó como si viera algo que no se creyera y Blondelle gruñó. —Buenos días.

Pasó ante él para ir al baño y Galen no perdió detalle de sus preciosas piernas bajo la vieja camiseta que usaba para dormir. —Nena, ¿qué haces? Es muy temprano.

Ella cerró la puerta dando fin a la conversación y él suspiró. —Perfecto. Pensaba que te levantabas de mejor humor.

Sentada en el wáter respondió —¡Eso es cuando no soy la jefa! ¡Se me está pegando tu mala leche!

Galen sonrió. —Pues te espero abajo, jefa.

Entonces pensó que para qué estaba en ese pasillo si su habitación estaba en el otro. Se levantó a toda prisa y tiró de la cadena antes de abrir la puerta. —¿Qué haces aquí?

Él que ya iba hacia las escaleras se detuvo. —Iba a comprobar que estuvieras dormida.

—¿Y eso?

—Para darte un beso de buenos días.

—Eso me despertaría si seguía dormida y es evidente que tú no querías despertarme. —

Parecía incómodo y dio un paso hacia él. —¿Galen?

—Quería verte, aunque estuvieras dormida.

Su corazón dio un vuelco porque le parecía algo muy tierno y sonrió. —¿De veras? —Se acercó y le dio un beso en los labios. —Buenos días.

Él sonrió. —Buenos días, preciosa. ¿Lista para un día de duro trabajo?

—Siempre.

Corrió hacia su habitación y cuando vio parte de una nalga Galen sintió como se endurecía su sexo. —Qué difícil es la vida de un novio formal.

—¡Te he oído!

Galen fue hacia las escaleras y apenas estaba a la mitad cuando ella bajó corriendo haciéndose una trenza. —Cariño, eres muy lento. —Al entrar en la cocina fue directamente a la cafetera sonriendo a Hillary. —Buenos días.

—Buenos días, niña. ¿Huevos?

—Por supuesto.

Galen entró en la cocina.

—Que se quedaría frita con el jet lag, ¿eh?

—Ni novia tiene una resistencia sobrenatural. —Cogió la taza de café que le tendía Blondelle y la besó en la sien antes de ir hacia la mesa.

Fue un gesto tan tierno, tan íntimo, que suspiró de gusto antes de sentarse a su lado. —¿Qué haremos hoy?

—Te presentaré al personal y te llevaré por las tierras para que las conozcas. No vaya a ser que te pierdas.

Ella asintió porque era lógico en una extensión de terreno como la que él tenía y al ver que la miraba preocupado dijo —Muy bien, suéltalo ya. ¿Con qué debo tener cuidado?

—Cuidado con los pozos secos, con las arañas y serpientes. Jamás salgas de casa sin llevar agua en tu alforja y también debes llevar protección solar y un buen sombrero. Siempre, y digo siempre, lleva una de las radios contigo. —Bebió de su taza como si se estuviera pensando que más decirle.

—Y... —dijo Hillary.

—¿Y? —Blondelle levantó una ceja mirándoles.

—Nena, no sé cómo será en Texas, pero aquí algunos de los vaqueros no son nada recomendables. Quiero que vayas armada.

—Vale.

—¿No vas a protestar? —preguntó asombrado.

—Cielo, soy de Texas y de la asociación nacional del rifle. No me asusta un arma.

—Aquí la tenencia de armas es bastante distinta a los Estados Unidos.

—¿De veras? —preguntó cogiendo el plato que le tendía Hillary.

—Desde hace unos años las normas son más estrictas y las multas por tenencia muy altas, incluso con penas de cárcel. Así que te daré una taser que se compró mi abuela hace unos años.

Le miró horrorizada. —¿Una qué?

—Nena, aquí no tienes licencia. Si te diera una de mis armas podría acabar en prisión.

Hillary dejó ante ella la pistola taser. —Está cargada a tope. Cuatro buenas descargas la agotan, así que controla.

Suspiró cogiéndola y apretó el botón para mostrar la descarga azul que salió. —Tengo que sacarme la licencia cuanto antes.

—Yo mismo te regalaré la pistola. —Le guiñó un ojo. —Y con la empuñadura grabada y todo.

Sonrió mirándole enamorada. —Que bien me comprendes.

—Pero recuerda que no puedes decir que es para tu defensa personal. Aquí solo puedes pedirla para caza, tiro deportivo y coleccionismo —dijo la abuela.

—Para tiro deportivo —dijo maliciosa.

—Perfecto —dijo él antes de empezar a comer con ganas.

—Cariño, tienes que darme los papeles del contrato de trabajo para el permiso de residencia.

Juró por lo bajo. —Tengo que hablar con mi asesor.

—Y hay que arreglar lo del seguro médico. Todavía me queda una revisión de lo del hígado. El doctor quería que hiciera una revisión anual.

—Se lo diré cuanto antes —dijo muy serio.

—Tienes que convalidar el carnet de conducir —dijo Hillary.

—De momento me vale el mío —dijo con la boca llena.

—Nena, no está de más que te lo saques por lo que pueda pasar.

Se encogió de hombros como si le diera igual. —Vale.

Hillary y Galen sonrieron. Ella disimuló que no sabía lo que estaban pensando. Era evidente que querían que se quedara, pero no había que correr tanto no fuera a ser que Galen le diera una sorpresa. Aún tenían que conocerse y conocerse muy a fondo.

—¿Cuándo hablamos con los abogados? —preguntó ella—. Tendrás que hablar de tu estrategia.

—Están de acuerdo. Ya lo habíamos hablado antes de ir a los Estados Unidos.

Eso sí que la sorprendió. —¿Y si te hubieran dicho que no?

Él sonrió. —Ya sé por dónde vas y estás equivocada, nena. Hubiera ido a verte igual con otra excusa.

—¿Estás diciendo que lo del trabajo fue una excusa para aproximarte a mí?

Hillary rio por lo bajo. —Hijo, no te metas en ese jardín.

Él carraspeó. —Aproveché las circunstancias.

Rio por lo bajo levantándose. —Vamos Newhall, que como has dicho hay mucho que hacer.

En el establo fue directamente hacia otro caballo porque le veía venir. Cuando empezó a ensillar a uno de pelo negro él dijo —Nena, es demasiado brioso.

—Mejor este que el que me dabas, que me ponía de los nervios. Casi tenía que arrastrarle yo. —Le fulminó con la mirada. —¿Acaso crees que no puedo montarlo? Aprendí a montar con tres años.

Él levantó las manos como pidiendo paz. —De acuerdo.

—Claro que de acuerdo, soy la jefa, ¿recuerdas? —Se subió al caballo y se acomodó en la silla. —Son mejores las sillas texanas. Más cómodas. Haré que mi padre me envíe la mía. —Sonrió de oreja a oreja. —Lleva mis iniciales. Si te portas bien en navidades te regalaré una.

—Estoy deseando probarla. —Se subió a su caballo y ambos fueron hasta la puerta. —Carl ayer debió triunfar, no llamó.

—No, envió un mensaje con un emoticono llorando a lágrima viva. —Él hizo una mueca. —Sí, me dio una pena...

—¿Le llamaste?

—Dijo que durmiera, que ya hablaríamos hoy en la cena.

—Ah, que viene a cenar.

Le miró de una manera que como para que dijera algo. Carraspeó. —Invitaré a Martin, así le conoces. A ver si a él se le ocurre algo.

—¿A Carl le dará vergüenza?

—Después de que nos contara con dos cervezas de más que una vez tuvo que ir a urgencias porque había metido su cosita...

—¡No me lo cuentes!

Galen rio a carcajadas. —¿Seguro que no quieres saberlo? Nena, es de lo más instructivo.

—No podría olvidarme de esa imagen en la vida.

Riendo azuzó a su caballo y ella le siguió. Se dio cuenta que iban hacia donde se habían encontrado con los hombres la última vez. Cuando llegaron al barracón allí estaban varios de ellos desayunando en una larga mesa. Algunos la miraron con curiosidad, otros como Richard la saludaron con la cabeza.

—Buenos días —dijo Galen que ya había perdido la sonrisa—. Para quien no la conozca ella es Blondelle Quirk y a partir de ahora la trataréis como la persona que dirige el rancho.

Hubo varios rumores entre los hombres y el que pareció más sorprendido fue Richard que dio un paso al frente. —Sí Richard, tú seguirás siendo el capataz. —Eso pareció aliviarle y ella le sonrió haciendo que bajara la vista con timidez. Galen siguió hablando. —Pero necesito a alguien que esté al cargo por ciertos asuntos y esa será Blondelle. Tiene mucha experiencia y está acostumbrada al trabajo. —Les miró fríamente a todos. —Aunque la veáis una muñequita, seguro que muchos ya sabéis que es una muñequita con muy mala leche y si me entero de que alguien no acata sus órdenes le despediré en el acto si no lo ha hecho ella ya. Vamos a iniciar una nueva era en el rancho Newhall, tenemos muchos planes y se van a llevar a cabo. Si alguno piensa que yo ya no estaré por aquí, está equivocado. Me enteraré de todo igualmente. Así que a partir de ahora ella manda y Richard será su segundo. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, jefe —dijeron ellos.

—Bien, pues a trabajar. Richard, los cercados del norte. Y preparad la manada tres para la revisión del veterinario. —Su capataz asintió. —¡Bill!

El hombre mayor de la otra vez se acercó lo más aprisa que podía. —Dime jefe.

Se agachó y dijo —No quiero que te separes de ella cuando yo no esté, ¿me oyes?

—Entendido jefe.

Blondelle apretó los labios. —No necesito niñera.

—Durante unos días sí. Hay que darles tiempo.

—Lo que quieres es comprobar si puedo hacerlo.

—Eso también. —Volvió su caballo. —Vamos, hay mucho tramo que recorrer.

Salieron a galope y los hombres les observaron. Richard se acercó a Bill que dijo —Una buena elección. Se nota que tiene raza y que la sangre ranchera corre por sus venas. ¿Qué opinas, amigo?

Richard asintió antes de volverse y dar dos palmadas que pusieron a todos en marcha.

Su finca era impresionante. Impresionantemente grande. Hasta tenía una serie de casas para los vaqueros con familia. Parecía una urbanización y era obvio que se conocían todos. Blondelle no daba crédito, aunque intentaba disimularlo. Mirando donde vivía esa gente pensó que había mil cosas que hacer como darles una mano de pintura a las casas, pero con el volumen de trabajo que manejaban no le extrañaba nada que ciertos detalles se dejaran a un lado. Pero ahora estaba ella allí para encargarse.

Estuvieron en las instalaciones donde se cargaban las reses y donde el veterinario hacía sus reconocimientos. También estuvieron donde tenían el grano y los piensos. Galen hacía un trabajo magnífico y se notaba que los hombres le respetaban, lo que la hizo sentir muy orgullosa. Ella tenía que ganarse su respeto, así que no tomaba a mal las distintas miradas que le habían dirigido. Sobre todo las de incredulidad. Pero era lo que había y sus opiniones solo cambiarían si

la veían trabajar como a los demás. Y pensaba dejarse la piel para ganarse su aprobación.

Comieron con Richard y con parte de sus hombres. Un tipo al que llamaban el bigotes era el que hacía la comida para todos. Le hizo gracia su bigote encolado con dos caracolillos a los lados. No sabía cómo podía mantenerlo con ese calor, pero no se lo preguntó porque de momento había que mantener las distancias. Ya habría más confianza.

La comida no era para tirar cohetes y viendo las caras de los presentes se notaba que no esperaban demasiado. Eso había que cambiarlo, porque se merecían un rancho mejor. Ya se le ocurriría algo.

Por la tarde iban hacia las tierras del norte a comprobar que todo estuviera bien con la manada cuando Blondelle detuvo su caballo viendo un joven muy moreno caminando descalzo sobre la árida tierra.

—Es un indígena. Se llama Daku.

—¿Vive aquí?

—Su familia lleva aquí muchas generaciones y los míos no les echaron porque como ves, tierras hay de sobra para tener una convivencia pacífica. No me molesta que estén en mis tierras mientras no haya problema con el ganado. Sus padres viven de la artesanía.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Hacen cosas de barro para turistas. Deben ser buenos porque se pueden mantener perfectamente. Solo una vez fueron a la casa y fue porque el abuelo no se encontraba bien. Tuvimos que llamar a emergencias.

—¿Se repuso?

—Desgraciadamente no. Era un buen hombre. —Hincó los talones en su caballo. —Ven que te lo presente. ¡Daku!

El chico se volvió y les saludó con la mano. Se acercaron a caballo. —Jefe, ¿cómo te va?

—Muy bien, chico. ¿De dónde vienes?

—De vender. —Miró hacia ella y no pudo evitar mostrar su admiración.

—Daku, ella es Blondelle. Será la nueva jefa.

Ella sonrió. —Hola Daku.

—¿Es de verdad? —preguntó él asombrado—. ¿O tengo alucinaciones?

Galen sonrió. —Es de verdad.

Se acercó extendiendo la mano. —Me alegro de conocerte.

—Muchas gracias, siento lo mismo. —Miró a su alrededor. —¿Dónde vives?

Él señaló hacia el oeste. —Detrás de esas colinas.

—¿Te llevamos? —Alargó la mano. —Venga vamos, estoy deseando conocer a tu familia.

Al ver que Galen estiraba el brazo y él lo cogía de inmediato no se ofendió. —¿Cuántos años tienes?

—Doce. —Le miró asombrada porque parecía mayor. —Ya soy un hombre.

—¿Y tienes hermanos?

—Doce.

Ella rio. —Te he ganado, tengo catorce.

Su admiración aumentó. —Tu madre es afortunada.

—Eso dice ella. Dice que los hijos es el mayor tesoro que se puede tener.

—¿Tú tienes hijos?

Perdió algo la sonrisa. —No, todavía no.

—Ya eres mayor.

Se echó a reír. —Vaya, gracias. ¿Has oído, Galen? Si yo soy mayor, tú eres Matusalén.

Galen asintió. —Eso me dice su padre. Siempre me recuerda que debo casarme.

Miró a su alrededor. —Es increíble que camines solo por aquí. ¿No tienes miedo?

—Soy un hombre —dijo como si eso lo dijera todo.

—Ah... —Hizo una mueca y Galen sonrió. —Seguro que salió de su casa muy temprano para vender, ¿no?

—Al alba seguramente, ¿no Daku?

—Sí.

—Va hasta la carretera y allí otro de los suyos le recoge para llevarlo a la ciudad.

Ahora lo entendía. —¿Y por qué no vas a caballo?

—No tenemos.

—Ah, pues puedes darles el jamelgo ese que ya no sirve para el trabajo, Galen.

Su novio asintió. —¿Qué me dices, chico? ¿Estás preparado para tener un caballo?

Sus ojos brillaron de la ilusión mirándola. —Padre no me dejará aceptarlo, pero si se lo dices tú... Es como un regalo de bienvenida, ¿no?

—Por supuesto. Hay que ser corteses con los vecinos —dijo ella porque se notaba que eso era muy importante—. Se lo ofreceré a tu padre.

—¿Eres vaquera?

—La mejor de toda Texas.

—Americana —dijo como si eso fuera todavía mejor.

—Pues sí, la mejor tierra de este mundo. —Galen carraspeó. —Oye majo, de la tuya di lo que quieras, pero como Texas no hay nada.

Él se echó a reír y Daku sonrió. —Y dime amigo —dijo ella—, ¿vas al colegio? ¿Cómo es eso de las clases por aquí?

—Tenemos colegio en el rancho, nena.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

—Para los hijos de los vaqueros y los de los contornos. Luego se van a estudiar el bachillerato fuera. Todos lo hemos hecho así.

—Vaya. Pero es lógico si para ir al bar más cercano tienes que pegarte cuarenta minutos en coche. —Miró de reojo a Galen sonriendo cómplice, porque era evidente que había mentido a ese Patrick que había contratado. Le lanzó un beso haciéndole reír.

—¿Os vais a casar? —preguntó el chico.

—No se lo digas a nadie, pero si hay suerte y la convenzo, será la señora Newhall.

—Está medio convencida.

—¿No me digas? —preguntó él como si le sorprendiera.

—Te mira de manera especial, ya formas parte de su corazón. Y se nota que es fuerte —dijo seriamente—. Luchará por lo que ama.

Se le cortó el aliento porque eso era lo que le había dicho su madre.

—Entonces soy afortunado —dijo mirándola como si fuera suya, lo que la sonrojó.

Daku asintió mirando a uno y al otro. —Sí, será un buen matrimonio.

Capítulo 12

Al final se pasaron en casa de Daku un par de horas porque sus padres les invitaron a una bebida de lima, limón y amargo. Lo pasó genial hablando con ellos. Cuando se alejaban a caballo Blondelle dijo —Son encantadores.

—Buenas personas.

Blondelle miró al frente y se le cortó el aliento por el atardecer más bonito que había visto nunca. —¿Te gusta, nena?

—Tu tierra es hermosa, vaquero.

—Serás muy feliz aquí, preciosa.

Rio lanzándose a galope y él la siguió. Al ver que se acercaba rio por la decisión de su mirada y cuando llegó a su lado ella alargó la mano. Galen se la cogió y la acercó cogiéndola por la cintura para ponerla ante él cara a cara. Con las respiraciones agitadas se miraron a los ojos y ella le acarició la nuca sin darse cuenta de que el caballo bajaba el ritmo hasta detenerse. —¿Me harás feliz?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Emocionada susurró —¿Por qué cambiaste de opinión?

—Porque no podía olvidarte. Esas horas que pasamos juntos han sido las mejores de mi vida. Pero no quería admitirlo, ¿lo entiendes?

—Sí. Yo también creí que podría vivir sin ti.

—Joder nena, siento...

Le tapó la boca con la mano. —Déjalo atrás. Ya no existe, pasó y no quiero pensar más en ello. —Apartó su mano y le dio un suave beso en los labios antes de abrazarle con fuerza. Y él la pegó a su cuerpo como si necesitara sentirla. —Que bien te sientes.

Galen acarició su espalda por debajo de la camiseta. —Lo mismo digo.

—¿No es increíble? Siempre me he sentido protegida por mi familia y es la misma sensación que tengo entre tus brazos, pero todavía mejor.

Él sonrió. —Espero que te sientas así siempre.

Blondelle se apartó para mirar sus ojos y las manos de Galen pasaron a sus pechos acunándolos de una manera que la mareó provocando que cerrara los ojos. —Preciosa...

—¿Sí?

—Lo de ese tiempo que íbamos a tomarnos. —Apretó los pezones entre sus dedos y ella gimió arqueando su cuello hacia atrás. —Creo que no voy a ser capaz de contenerme.

—Cielo...

—Nena, así no me lo pones fácil.

Ella sintiendo que la sangre ardía por sus venas abrió los ojos mirándole con deseo y él juró por lo bajo antes de que se tiraran el uno sobre el otro para besarse como posesos. Rodeó su cintura con las piernas pegando su pelvis a la suya y gimió con deseo saboreándole mientras enterraba los dedos en su cabello. Pero de repente él se apartó. —Nena, que estamos sobre el caballo. —Ella no le hizo ni caso besando su cuello ansiosa, así que la agarró con un brazo por la cintura llevándosela con él para bajar del caballo. Sus labios volvieron a encontrarse y él metió las manos entre los dos para desabrocharse el pantalón, pero los vaqueros de Blondelle y esa postura no les facilitaban la tarea. Frustrada apartó los labios. —Joder preciosa, que así no puedo.

Se bajó de él de un salto y sin aliento llevó las manos al botón de sus vaqueros para

abrírseles y dejarlos caer. —Mierda, las botas.

La cogió por el brazo y la volvió. Por inercia se sujetó en el caballo y jadeó al sentir que tiraba de sus braguitas antes de colocarse tras ella y abrazarla por la cintura. —Dios...

—Eso mismo estaba pensando yo. —Entró en ella de una sola estocada y Blondelle gritó de placer sintiendo como llenaba su interior. Él besó el lóbulo de su oreja —¿Me sientes, nena? Estoy dentro de ti. —Se deslizó haciéndola gemir de placer. —Tan suave, tan caliente, es una tortura. —La llenó de nuevo y Blondelle gritó de placer tensando su interior deseando sentirle aún más y Galen la entendió moviendo sus caderas con más ímpetu, provocando que su vientre se estremeciera. Pero aun así no era suficiente y desesperada apretó la silla entre sus manos gritando de necesidad. Galen la agarró por el hombro y entró en su ser de nuevo colocándola al borde de un precipicio del que estaba deseando saltar. Y cuando la llenó una vez más, se le cortó el aliento antes de sentir que todo estallaba a su alrededor y que se dejaba caer en la plena felicidad.

Tardaron unos minutos en reponerse y Galen la abrazó a su pecho besando su cuello mientras ella recuperaba las fuerzas. Cuando fue consciente de lo que había hecho rio volviendo el rostro hacia él. —Cariño, ha sido... Increíble. —Sintió como se movía en su interior y gimió cerrando los ojos. —Ha sido...

—Y lo va a ser, nena. Lo va a ser.

Riendo llegaron a la casa y cuando entraban en la cocina se detuvieron en seco porque había visita. Carl al lado de Hillary tras la isla forzaba una sonrisa antes de mirar hacia el hombre que estaba sentado a la mesa de la cocina con una cerveza en la mano. —Hijo, te veo bien.

Sintió como Galen se tensaba a su lado. Blondelle perdió la sonrisa poco a poco mirando al hombre que había abandonado a su novio siendo un niño. Un hombre sin sentimientos,

irresponsable y sin corazón para hacer sufrir así a los que llevaban su sangre. Porque ni se quería imaginar lo que había sufrido Galen sabiendo que sus padres no le querían, que a ese hombre no le importaba y encima estaba allí para robarle todo por lo que habían trabajado él y su familia. No tenía vergüenza. Mirando sus ojos azules iguales que los de su hombre, se tensó mostrando en su rostro que no era bien recibido en esa casa.

—Blondelle, él es mi padre —dijo Galen con desprecio—. Galen Colton Newhall.

Este la miró de arriba abajo. —Te llevas la diversión al trabajo, hijo. Es evidente que ya no te lo tomas en serio.

—Mucho más en serio que tú, que jamás has trabajado aquí.

—Desgraciadamente sí que he trabajado aquí.

Hillary se tensó. —No tienes vergüenza. ¡Por el rancho y el trabajo de tu familia vives como un rey en la ciudad!

—¡Sal de esta casa! —gritó Galen.

—Tranquilo, jefe —dijo Blondelle—. Lo que quiere es provocaros, ¿no es así?

—Dile a esa putita que hable cuando se le pida.

La madre que le parió, que era una santa. Galen dio un paso hacia él, pero ella le agarró por el brazo. —Lo que yo decía, ha venido a provocar, pues que sepa que no va a conseguirlo, cabrón sin sentimientos.

—¿Cómo te atreves? —Se levantó mostrando un traje que debía costar diez mil dólares. —¡Estas son mis tierras!

—Pues tenga cuidado, no vaya a ser que se le entierre en ellas antes de lo que piensa —dijo fríamente antes de sonreír maliciosa—. Los accidentes ocurren, buen hombre.

Colton se tensó. —¿Me estás amenazando?

—Que palabra más fea. ¿Habéis entendido eso? —Carl negó con la cabeza vehemente.

—Es evidente que su mente es más sucia de lo que pensaba, pero no es de extrañar de alguien que no quiere a la familia que se lo ha dado todo.

—Qué sabrás tú —dijo con desprecio.

—Oh, ¿me va a contar la historia del hijo maltratado? ¿Del hijo del alcohólico? ¿O del hijo no querido? Porque después de conocer a Hillary no me la tragaré.

—Eres un cerdo —siseó su hijo—. No te importa nadie excepto tú.

—En eso tienes razón —dijo dejándoles de piedra. Empujó un sobre que había sobre la mesa—. Esta es una oferta que propone mi abogado. Así nos perderemos de vista mutuamente.

Ella sonrió con desprecio. —Quiere dinero. ¿Cuánto? No nos haga perder el tiempo.

—¡No estoy hablando contigo!

—Ah, ¿no? Pues cuando me ha llamado putita era a mí, ¿no?

Galen se acercó y cogió el sobre abriéndolo de malos modos. Sacó los papeles y los leyó a toda prisa. Sonrió con desprecio. —¿Cien millones? Estás loco.

—Este rancho es mío. O me das ese dinero o me lo quedará todo. Mis abogados tienen la demanda preparada y la auditoría llegará el lunes. O aceptas el trato y firmas esos papeles o seguiré adelante.

Le tiró los papeles a la cara. —Pues sigue adelante, pero no te pienso dar ni un dólar más. —Dio un paso hacia él. —Escúchame bien, como pierdas, que perderás porque pienso dejarme la piel para que el juez se dé cuenta de que eres un aprovechado y una sanguijuela, no pienso darte ni un solo dólar más.

—No podrías hacer eso, aunque quisieras.

—¿No? —Rio en su cara. —Ella dirige este rancho y decide a donde va cada dólar. Si no quiere repartir ganancias para reinvertir, no puedes impedirlo.

La miró con sorpresa y sonrió maliciosa cruzándose de brazos. —¿Cómo que lo dirige

ella? ¡Esto es un engaño para el juez, solo hay que verla!

—¡Es una eficiente gerente que viene de Texas para implantar en el rancho nuevas medidas ganaderas y evitar lo que ocurrió en el pasado! ¡Y su reputación es intachable! ¡Eso por no mencionar que tiene conocimientos de mecánica, sabe más de maquinaria que cualquiera que conozca y es una excelente jinete! ¡Fue ella la que descubrió la epidemia cuando vino a conocer las tierras para ver si aceptaba el trabajo!

—Eso demuestra que eres un incompetente.

—Eres un cabrón. Me dejé la piel para salvar todas las reses que podía. ¡Si no fuera por mí no tendrías nada! —gritó perdiendo la paciencia.

—Cien millones.

—Te voy a...

Carl se interpuso cogiéndole por los brazos. —Es lo que quiere, amigo, no le des ese gusto.

—No le voy a dar una mierda. —Todos miraron hacia Blondelle que tenía la boca llena de pastel de manzana y como si nada fue hasta la nevera para sacar dos cervezas con una mano.

—Tú no tienes nada que decidir.

—Claro que sí, yo mando, ¿no ha entendido a su hijo? Yo decido a donde va cada dólar y usted no va a recibir ni una mierda. —Sonrió tendiéndole una cerveza a Galen y le indicó con la mirada que la cogiera. Este lo hizo y ella se alejó porque a ese cerdo le veía venir. Se creía el señorito de la finca que mandaba y exigía cuando los demás se deslomaban. —Y no le voy a dar nada por tres razones. Porque me da asco, porque no se lo merece y porque ver en los ojos de su madre ese sufrimiento que estoy viendo ahora me revuelve las tripas y antes me arranco la mano que esa mano firme un cheque a su nombre. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Ha quedado claro?

—Nos veremos en los tribunales.

—Sí, vaya a los tribunales. —Pasó a su lado y sintió la violencia que emanaba de él. —

Galen, ¿a que ya tenemos los testigos preparados y sus declaraciones juradas ante notario?

—Sí que los tenemos —dijo antes de beber.

Su padre se detuvo antes de volverse. —¿Qué testigos?

—¿Qué testigos? Los que le han visto divertirse durante años... Los vecinos de por aquí que declararán como se deshizo de su hijo. —Rio incrédula. —Los que acreditan su derroche en la ciudad. ¿Y pregunta qué testigos? Nos faltarán bancos a las afueras del juzgado para que se sienten dispuestos a declarar lo alocada e irresponsable que ha sido su vida, mamón desalmado. Incluso declarará su madre.

Él miró hacia Hillary que dijo con pena —¿Qué has hecho? Jamás te perdonaré esto. Has dejado de ser mi hijo.

—¡Dejé de ser tu hijo cuando le traje a esta casa! —gritó furioso señalando a Galen.

—Menos mal que le he tenido a él. Ha sido una alegría.

—Al contrario que yo, ¿no es cierto?

—Es aún más despreciable de lo que suponía —dijo Carl asqueado—. Tiene celos del hijo que abandonó.

—¡No digas estupideces, imbécil!

—Es hora de que se vaya, señor Newhall.

La fulminó con la mirada antes de salir de la casa y ella se volvió hacia los demás. —Dejó el coche atrás para sorprender a Galen, ¿no?

—Sí —dijo Carl mirando con pena a Hillary que estaba llorando.

Galen se acercó de inmediato a su abuela y la abrazó. —No llores. —La besó en la sien. —No merece la pena.

Blondelle sintió su intenso dolor. Ni se imaginaba lo que era que un hijo tuyo se comportara así. Esperaba no pasar por eso nunca. Preocupada miró a Carl que se acercó de

inmediato. —Menudo suegro tienes.

—Una joyita. —Se acercaron a la puerta para ver el mercedes pasando ante la casa para enfilar la carretera. —Pero ahora está arrinconado.

—Eso de los testigos ha sido brillante.

—Sí, es extraño que no se le haya ocurrido a mi novio, ¿no? —Se volvió y se cruzó de brazos. —Cariño o tus abogados son muy cortos o me has hecho la envolvente para que viniera hasta aquí.

Le escuchó gemir antes de mirarla sobre su hombro. —Nena, la abuela me necesita.

—¡No me sueltes rollos! ¡Me has mentido! Ya tenías una estrategia de defensa, ¿no es cierto?

Él suspiró —Preciosa, necesitaba una excusa para que vinieras y esto me venía al pelo.

Pasmada miró a la abuela. —¿Y el tío que llamó ayer?

—Un vaquero que había contratado el chico. Su llamada llegó justo a tiempo para que te lo tragaras todo.

Carl dio un paso hacia ellos. —Me mentiste.

—Eres su amigo. Podías chivarte de que había exagerado los problemas con mi padre y no quería quedar peor de lo que había quedado, la verdad, porque tenía intención de volver a intentar que Blondelle regresara cuando se relajara un poco. Así que después de regresar de Estados Unidos, te dije lo de ese gerente ficticio para que creyeras que todavía estaba en un problema con mi padre y que intentaba arreglarlo sin la ayuda de Blondelle. ¡Necesitaba que fueras convincente cuando hablaras con Blondelle por teléfono! ¡No tenía más opción! ¡Ya había mentido y tenía que continuar con la mentira si no quería perderla!

Hillary cogió los papeles del suelo y los partió en dos. —Mi hijo nunca ganará este pleito. Si él tiene un veterinario, nosotros traeremos un experto en Brucelosis de la universidad que hablará del tema. —Tiró los papeles al cubo y se puso los guantes del horno sorbiendo por la

nariz. —Ahora vamos a cenar.

Ella jadeó. —¿Eso significa que me he quedado sin trabajo?

—No, nena. Después de lo de hoy seguiremos esta táctica a ver qué pasa. Además, ayer cuando llegaste llamé a los abogados y dijeron que era buena idea, así que todo seguirá igual hasta el juicio, si es que lo hay. Más vale tener todos los frentes cubiertos.

—Hará otra oferta —dijo Carl cogiendo los platos de la encimera.

—¿Piensas aceptar alguna? —preguntó ella preocupada.

—No pienso darle ni un dólar. Es hora de que se busque la vida, que ya es mayorcito.

Todos miraron hacia Hillary que sollozó y ella se acercó de inmediato. —Tu nieto me ha hecho el amor.

Hillary le miró tan sorprendida que sonrió. —¡Hija, eso es estupendo!

—Nena, ¿por qué se lo has dicho?

—Para que deje de llorar —dijo Carl como si fuera un desastre—. No la entiendes.

—Anda, el experto en mujeres. ¿Cómo te fue ayer con Elisabeth?

Gruñó. —Tenías que sacar el tema.

Las mujeres se volvieron dando un paso hacia él.

—Muy bien, fui a su casa al salir de aquí.

Blondelle impaciente preguntó —¿Y?

—¡Estaba con un tío! —Dejaron caer la mandíbula del asombro. —¡Estaba con un tío en el salón de su casa jugando al Monopoly!

—¿Así que no la besaste?

—¿Cómo la iba a besar? ¿Si cuando abrió la puerta perdió la sonrisa de golpe y me preguntó de malas maneras qué quería?

—Joder, se me ha olvidado llamar a Martin —dijo Galen como si fuera una desgracia. Los tres le miraron—. No soy bueno dando consejos, ¿vale? Para uno que doy mira lo que pasa.

—Cielo, pues tienes que ir aprendiendo. Si tenemos hijos en el futuro, ¿qué vas a hacer?

—¿Cómo si tenemos? Los vamos a tener.

—Disculpar, ¿creéis que podéis centraros en mí un momento?

—Oh sí, cielo perdona —Blondelle le abrazó. —Ahora vamos con lo tuyo. Pero lo del Monopoly no significa nada. Me hubiera preocupado más que jugaran a otra cosa. El strip-póker hubiera sido más peligroso.

—Muy graciosa.

Le besó en la mejilla. —¡Eh, ya basta! —protestó Galen.

—Cielo, necesita consuelo. —Se le cortó el aliento. —¡Eso! —gritó sobresaltando a su amigo—. Necesitas consuelo. Vamos a idear una historia que haga que se derrita de pena.

—¿Quieres que me tenga pena?

—A mí me dio pena Galen y fue una de las razones para volver. Aunque no hubiera funcionado nuestra relación, tenía que ayudar.

—¿Te di pena? —Abuela y nieto se chocaron las manos. —Eres un hacha, abuela.

—Sabía que la niña tenía un corazón demasiado tierno.

—Sí, era evidente que con tanta mentira solo buscabais enternecerme. —Chasqueó la lengua mirando a su amigo. —Bueno, ¿se te ocurre algo?

—Pues no —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Además, olvidas que después se cabreará cuando se entere de la verdad.

—Tranquilo, que si eso llega a suceder, ya estará coladita por tus huesos y hará como yo que ignoro todas esas tonterías de mi hombre.

—Gracias, nena —dijo sentándose a la mesa.

—De nada, cielo. Venga, a cenar que se piensa mejor con el estómago lleno.

Comiendo la deliciosa cena que Hillary había preparado estuvieron un rato dando ideas y se rieron con ganas de algunas sugerencias de Galen. Era evidente que lo hacía para que su abuela se relajara y ella ayudó lo que pudo al igual que Carl que ponía unas caras muy divertidas con cada idea que se les ocurría.

—Descartar la enfermedad terminal —dijo ella tajante cogiendo un pedazo de tarta que le tendió Galen.

—Sí, mejor no jugar con esas cosas que luego el karma... —Todos miraron a Carl que se encogió de hombros. —Vale, soy científico, pero algo hay.

Entonces a Blondelle se le ocurrió algo. —¿No es tu cumpleaños la semana que viene?

Sonrió de oreja a oreja. —Te has acordado.

—Ya entiendo por dónde vas, nena. Vas a darle pena con el cumpleañosero que no tiene a nadie de su familia que le felicite.

—Exacto.

—Los del trabajo van a dar una fiesta. Por cierto, estáis invitados. —Todos negaron con la cabeza. —Que no.

—No, tienes que hacerle ver lo solito que estás aquí. De hecho si te ve antes a ti solo tomando algo en algún bar, mejor que mejor.

—La única vez que me vio estaba con estos y nos lo estábamos pasando muy bien.

Fulminó a Galen con la mirada. —Así que te lo pasabas bien, ¿eh?

—No tanto, nena —dijo a toda prisa antes de mirar a Carl como si quisiera arrancarle la cabeza—. ¿A que no?

—¿A que no qué?

—¿A que no nos lo pasábamos tan bien? —siseó Galen.

—No, claro que no. No dejaba de hablar de ti.

—¿Y no se divertía? Porque tú has dicho que lo pasabais muy bien. Qué le hacía tanta gracia, ¿eh?

—Tío... —dijo Galen por lo bajo.

—Lo siento, esa mirada me pone nervioso.

Blondelle se echó a reír a carcajadas y Galen suspiró del alivio. —Seréis pringados.

Hillary sonriendo fue hasta la cocina. —¿Alguien quiere café?

—Sí, gracias —dijo Carl—. Tengo que revisar unas cifras antes de acostarme y me llevará un rato.

—¿Va a llover? —preguntó Galen.

—No, todavía no. Pero he estado revisando imágenes que nos llegan por satélite y hay un frente que se aproximará por la India que me da buena espina.

—Joder, sería fenomenal. Necesitamos el agua.

—A ver si mañana puedo darte buenas noticias.

—Ah, que mañana también vienes a cenar.

Carl se sonrojó y Blondelle se tensó haciendo que Galen dijera a toda prisa —Tío es genial, nos encanta tu compañía.

—¿De veras? —preguntó él encantado—. No quiero ser una molestia.

—Tú no molestas —dijo Hillary—. Me encanta tenerte aquí y que la casa tenga vida. —Puso la jarra de café sobre la mesa. —Por cierto, niña, mañana tienes que ir a Moore a firmar los papeles para solicitar la residencia, el permiso de trabajo y eso. Sabía que el chico estaría ocupado contigo y he hablado con los abogados.

—Gracias, abuela. —Entonces Galen juró por lo bajo. —Joder nena, no puedo acompañarte, mañana tenemos las inseminaciones.

—Cielo, puedo ir sola. Antes de estar juntos sabía andar por el mundo, ¿sabes?

—Además, ya he preguntado eso del carnet de conducir. De momento puedes conducir con el tuyo como si fueras turista, pero debes hacer un curso para... —Entrecerró los ojos. —
¿Cómo dijo el hombre con el que hablé?

—¿Convalidarlo?

—Eso.

—Muy bien.

—Te daré la dirección y te acercas por allí de la que vas al abogado.

—Gracias, abuela.

—Hay que aprovechar el tiempo que es una hora de coche para ir y otra para volver. Me da una rabia cuando se me olvida algo de la compra... Consejo, apúntalo todo.

—Lo haré.

Entonces escuchó que el teléfono sonaba en el piso de arriba. —¡Mi padre! —Salió corriendo y los tres sonrieron.

—Se la ve muy a gusto, en familia —dijo Carl.

—Está en familia —contestó Galen.

—Qué lista es, ¿viste como no respondió a las provocaciones de tu padre? —preguntó Hillary—. Ese estúpido ni supo por dónde le venían. —Tensa apretó los labios.

—Abuela no pienses más en él.

—Me da una rabia lo que dijo... Si le hubiera oído su padre se moriría de nuevo de la impresión. —Sus ojos se llenaron de lágrimas mirando a su nieto. —Menos mal que te tengo a ti.

—Y me tendrás para toda la vida. Formaremos una gran familia como siempre has soñado. Se llenará la casa de niños que no consentiremos bajo ningún concepto.

—Y yo seré su padrino. —Ambos miraron a Carl que soltó una risita. —La cara que

habéis puesto. Eh, que entiendo que antes van los hermanos de Blondelle, que son unos cuantos.

—Y Martin.

—Y Martin, claro. Un buen tipo. —Se echó a reír. —Deberíais tener un montón de niños para que me tocara, ¿no?

—Los tendrán —dijo Hillary segura.

—Mi padre pregunta que si te valen dos millones y medio. —Se volvieron para ver que Blondelle pálida tenía el teléfono en la mano. —El señor Parker aceptaría dos millones y medio más un diez por ciento de los beneficios hasta su fallecimiento.

Galen se levantó. —Nena...

—¿Aceptas o no? —le espetó cortante.

—Sí, sí, claro.

Blondelle ese puso el teléfono al oído y se alejó hacia el enorme salón. Hablando con su padre su mirada cayó sobre las fotografías que había sobre un aparador. Fotografías de la familia a lo largo de los años. Sobre todo de Galen con los abuelos. Apretó los labios llevándose la mano libre a la frente. —Sí papá, no te preocupes, habla en serio. —Galen entró en el salón y parecía tenso. —Espera. —Apartó el teléfono. —¿Seguro que no quieres pensártelo?

—No tengo nada que pensar.

Asintió antes de decirle a su padre —Adelante, hazle la oferta. Sí, llámame mañana con lo que te diga. Dales un beso a todos, ¿vale? Sí claro, todo va perfecto. Te quiero. —Suspirando colgó el teléfono y lo observó entre sus manos. Esa sería su manera de comunicarse con su familia de ahora en adelante.

—Preciosa, ¿estás bien?

Forzó una sonrisa antes de elevar la vista hasta sus ojos. —¿Por qué no habría de estarlo?

—Tengo la sensación de que algo te ha disgustado. ¿Tu padre te ha dicho algo? ¿Todo va

bien por Texas?

—No hemos podido hablar de eso.

—Joder, si algo te molesta o te preocupa dímelo, pero no te cierres a mí.

—No te has puesto nada. ¡Otra vez!

En su rostro vio que comprendía perfectamente lo que quería decir —Sé que teníamos que haber hablado de esto y que después de lo sucedido es algo pronto, pero quiero tener hijos y...

—Y yo por mi genética soy una coneja, ¿no?

Galen se tensó. —¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—¿Qué se me está pasando por la cabeza? —Dio un paso hacia él furiosa. —¿Me elegiste porque me quedé preñada? ¿Porque mi madre ha tenido quince hijos? ¿Quieres llenar la casa de niños? —gritó a los cuatro vientos.

—Nena, ¿no quieres tener hijos? ¿Es eso?

—¿Y qué pasa si dijera que no? —preguntó exaltada.

—¿Ni uno?

—¿Me has elegido por los niños que puedo darte? —gritó de los nervios—. ¿Porque me preñas con un suspiro?

—Blondelle no te imagines cosas, sé que puedes estar confusa por lo que ocurrió aquella noche en el establo, pero te aseguro que si quería que volvieras, tener un hijo no tenía nada que ver.

—No hubieras ido a verme si no lo hubiera perdido, ¿no es cierto? ¡Querías averiguar de primera mano lo que había pasado! ¡Tú no abandonarías a un hijo como hicieron contigo, por eso fuiste! ¡Y después pensaste con esta lo tengo chupado para llenar la casa de niños! Tu abuela estaría encantada, ¿no? ¡Una gran familia con una ranchera que entendería tu trabajo, que echaría

una mano si fuera necesario! ¡Por eso me soltaste la patraña de lo de tu padre y me dijiste que necesitabas mi ayuda! ¡Era una prueba!

—¡Blondelle basta! —gritó Galen sobresaltándola—. ¡Te estás imaginando cosas!

—¡Qué cosas me imagino!

—Nena, ¿por qué no preguntas directamente lo que te preocupa?

—¿Acaso no he sido clara?

—¡No, porque lo que te preocupa es por qué te dije aquellas cosas y te dejé ir si me gustabas tanto! ¡Reconócelo! ¡Por qué si necesitaba estar a tu lado no me arrepentí y fui a buscarte a casa de Carl! No entiendes mi cambio de actitud, ¿no es cierto? ¡Por eso dudas! ¡Por eso crees que hay motivos ocultos para traerte de nuevo!

—¡Sí! Y lo que acabo de oír en esa cocina me lo ha confirmado. ¡Tú buscas algo! ¡Dime qué es de una maldita vez!

—¿Qué busco? ¡Demostrarte lo que no te demostré la otra vez! Que quiero conocerte, que me gustas y que lo que siento a tu lado es increíble. ¡Y por lo que siento a tu lado querría que compartieras mi vida para siempre, porque jamás me he sentido así! ¡Y sí! ¡Me gustaría que si todo va bien tuviéramos muchos hijos! Porque joder, puedo mantenerlos y sé que serás una madre maravillosa.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —No me conoces.

La cogió abrazándola. —Pues nos conoceremos, pero no creo que cambie nada. Todo lo contrario, porque después de un día contigo estoy aún más convencido de que eres mi mujer, ya lo siento así y sé que no cambiaré de opinión. Tendría que estar loco para meter la pata de nuevo y jamás te agradeceré lo suficiente la oportunidad que me has dado al volver, preciosa. Y te juro que no voy a desaprovecharla. —La besó en la coronilla. —Nena, y sé que tú piensas lo mismo. Has venido hasta aquí porque esto que tenemos es demasiado intenso como para olvidarlo.

—Tengo miedo de que...

—Todo se estropee.

Levantó la vista hasta sus ojos. —Sí. Y cuanto más tiempo paso contigo más te metes dentro y si lo pasé mal la otra vez... —Negó con la cabeza. —Si ocurre de nuevo me destrozaría.

La abrazó con fuerza. —Eso no va a pasar, no te voy a echar ni voy a romper lo que tenemos. Pienso luchar por ti como tú lo estás haciendo por mí.

Sin saber que sentir susurró —¿Esto es amor?

—Sí, preciosa. El amor no es siempre como sale en las películas. No siempre es perfecto ni sabes lo que ocurre y cuando te das cuenta has metido la pata. Pero precisamente porque hay algo que se llama amor seguimos aquí.

Con la mejilla apoyada sobre su pecho susurró —¿Me estás diciendo que me quieres?

—Te quiero en mi vida, siempre. Siento que ya no puedo vivir sin ti y si te fueras iría a buscarte una y otra vez porque no podría olvidarte. Sí, nena, siento que te quiero y que ya formas parte de mí.

Fue tal su felicidad que su corazón a punto estuvo de estallar. Se apartó para mirar su rostro y él sonrió. —¿Ahora estás más tranquila?

—Sí.

Él besó suavemente sus labios y susurró contra ellos —Si vuelves a sentir dudas hablemoslo, nena. No quiero que te sientas incómoda o tengas miedo de nada.

—Lo intentaré.

Galen sonrió. —Perfecto, ahora vamos a la cama que quiero que me conozcas mucho más.

Soltó una risita y fueron hacia las escaleras mirándose a los ojos mientras Carl y Hillary les observaban desde la puerta de la cocina sonriendo.

—Arreglado —dijo la abuela.

—Hora de irse.

—Ni hablar, ¿ahora que empieza lo bueno? ¿Qué tal juegas al póker, chico?

Carl levantó una ceja. —Saque la pasta, abuela.

Capítulo 13

Al día siguiente estaba de vuelta de Moore en el cuatro por cuatro de Galen pensando en la reunión con los abogados y al ver el indicador del depósito decidió detenerse en la gasolinera de Toro. Se bajó del coche y este la miró sorprendido antes de echarse a reír. —Increíble. ¡Has vuelto! Normalmente la gente se va para no volver.

—Pues me vas a ver una temporada. ¿Cómo te va todo, amigo?

—Como siempre. ¿Y cómo tú por aquí? ¿Vienes a vender más maquinaria?

—Soy la nueva jefa del rancho Newhall.

Él silbó. —¿Va en serio?

Se echó a reír asintiendo mientras él cogía la manguera para llenarle el depósito. —Que sorpresas da la vida.

—Sí, Galen necesita algo de ayuda.

—Ese chico trabaja demasiado.

Una vieja camioneta se detuvo tras su coche y miró hacia atrás para ver que Perk la conducía. —Vaya...

—Joder —dijo su amigo por lo bajo—. Ni le hables, niña, que este busca camorra.

—Tranquilo. —Sacó su bolso del coche y lo puso sobre el capó. —¿Cuánto es?

—Cuarenta y tres dólares.

Sacó el dinero de la cartera y se lo dio mientras Perk bajaba del vehículo. —Pero mira quien está aquí.

—Olvídame Perk.

—Sí que tienes ovarios para haber vuelto por estas tierras.

—Tengo más ovarios que tú huevos, así que estás advertido. —Tiró el bolso en el interior del coche y se volvió con los brazos en jarras. —¿Algo más?

La miró con rabia. —Serás puta. Te crees superior a los demás, ¿no?

—Ante ti se siente superior cualquiera.

Apretó los puños. —Creo que alguien debería bajarte los humos.

Levantó una de sus cejas rubias. —¿Y vas a ser tú?

—Perk deja de joder —dijo Toro mosqueado—. Te lo advierto, deja a la chica en paz, ahora trabaja en el rancho y no querrás que tu primo tenga problemas con los Newhall, ¿no? ¡Hostia, no le jodas la vida también! ¡Piensa que puede tener un futuro trabajando de vaquero!

No sabía de quien hablaba, pero le daba igual. Miró a aquel tipo sin intimidarse.

—Pero si no le he hecho nada. —Lo dijo de una manera que era evidente que no le molestaría en absoluto darle una lección.

Ella apretó los labios y se metió en el coche. —Que tengas un buen día, Toro. Ya nos veremos.

Su amigo asintió sin quitar la vista de encima de Perk. Cuando Blondelle entró en la carretera miró por el espejo retrovisor preocupada por Toro, pero este ya había cogido la manguera para servirle y no se decían nada. Suspiró del alivio y siguió en dirección al rancho. Odiaba que un hombre la pusiera nerviosa, sus hermanos le habían dicho mil veces que no se dejara intimidar por nadie, pero a veces, aunque lo disimulara no podía evitarlo. Ese tío era peligroso y si estuvieran solos le hubiera hecho pasar un mal trago. Esperaba encontrárselo lo

menos posible.

Esa noche a la cena también se sumó Martin y pasaron un rato muy divertido hablando de anécdotas de los chicos cuando iban al colegio.

Martin palmeó el hombro de Galen. —Sí, el chico se las llevaba a todas de calle.

—Joder, que suerte —dijo Carl por lo bajo haciendo que todos le miraran—. Eh, que hoy he avanzado mucho.

—¿De veras? —preguntó Hillary.

—Sí, yo estaba tomando un café con uno de los chicos y estábamos hablando de la partida de póker. ¡Y estaba poniendo la oreja desde su mesa!

—Genial —dijo Blondelle—. ¿Y qué más?

—Así que dejé caer que jugaba con Hillary.

—Y cree que soy una pretendiente —dijo la abuela.

—Elisabeth apretó los labios como si le molestara.

—¡Ja! Esa está colada —dijo Blondelle loca de contenta—. Ahora a rematarla.

Galen rio. —Nena, eso no es muy solidario con tu sexo.

—Es Carl, se lo desearía a mi mejor amiga, así que no he dicho nada malo.

—Gracias amiga.

—De nada. Ahora a por ella. Hazle el numerito de que ya no tengo familia en Inglaterra y me siento solo, a ver qué te dice. No esperes al cumpleaños que para ese día tengo otro plan.

—¿Qué plan?

—Hay fiesta, ¿no? Pues me presentarás como una recién llegada y ya la interrogaré yo.

Los ojos de su amigo brillaron. —¿Vas a ser espía doble?

—Y triple si hace falta.

—¡Genial!

Galen levantó una ceja. —¿Qué? Mi amigo necesita ayuda. Es dura de pelar. —Miró a Martin que bebía de su cerveza. —¿Y tú cuándo te casas?

Este se atragantó mirándola como si hubiera perdido la cabeza. —¿Qué?

—Oye, aquí mi novio se va a comprometer y si todo sigue así se va a casar. Olvídate de salir con él con chicas, ¿de acuerdo?

—Nena, eso no es justo. Podemos quedar y que luego él...

—Ya, ni de coña. Tú no vuelves a salir sin mí que hay mucha divorciada suelta.

Su amigo carraspeó. —Amigo, que marcaje.

—Ahora está algo insegura, pero en un año o dos...

La cara de horror de Martin lo decía todo y Blondelle se echó a reír. —La cara que ha puesto.

Galen rio por lo bajo. —Se lo ha tragado todo.

—¿Era broma? —preguntaron los demás asombrados.

—Lo de la divorciada no, ¿verdad nena?

—Ni de coña. Aléjate de todas las que hayan visto tu pajarito.

La abuela soltó una risita. —La mitad de las mujeres solteras de la zona.

—Genial abuela, sigue animándola.

Sonó el teléfono y Blondelle salió corriendo. —Es su familia —le explicó Galen a su amigo.

—¿Estás seguro de esto?

—¡Te he oído! —gritó desde arriba—. ¡Espera a que baje!

Galen sonrió. —Más seguro que de nada en la vida.

Un cristal se rompió en el piso de arriba y Galen frunció el ceño levantándose. —Nena...

Un fuerte golpe sobre el suelo les alertó y Galen salió corriendo. —¡Blondelle!

Al llegar arriba la vio en el suelo de la habitación y al ver la sangre sobre su pecho gritó su nombre una y otra vez arrodillándose a su lado.

Blondelle aún sin saber lo que estaba ocurriendo cogió su mano aterrorizada por tanta sangre. —¿Cielo?

Martin que le había seguido salió corriendo mientras gritaba a Carl que llamara a emergencias.

—Tranquila nena, es en el hombro.

Temblando miró hacia allí para ver un agujero del que brotaba la sangre. —¿Me han disparado?

—Sí. ¡Llamad a emergencias! —Alargó la mano libre y tiró de la colcha para apretar la herida. Ella gimió. —Lo siento, lo siento, pero hay que hacerlo.

Su abuela se arrodilló a su lado. —Déjame ver.

—Abuela...

—Déjame ver la herida.

Su nieto apartó la colcha y Hillary asintió. —Sí, está en el hombro. Aprieta con fuerza, hay que detener esa hemorragia. —Forzó una sonrisa. —Te pondrás bien.

—Pues no has puesto buena cara —susurró Blondelle temblando aún más—. ¿Galen?

—Como ha dicho ella te pondrás bien —dijo pálido—. Hizo un curso de primeros auxilios, ¿sabes? Tiene ojo para las heridas. Ha visto muchas a lo largo de los años.

Sollozó porque por la cara de Hillary era evidente que se trataba de una herida grave. —

No nos ha dado tiempo a nada. No es justo.

—Tenemos mucho tiempo por delante. —Se agachó y le dio un beso en los labios. —Te lo juro nena, te pondrás bien.

Increíblemente sus palabras la tranquilizaron y él elevó la mirada hacia Carl. —¿Has llamado?

—El helicóptero está de camino. He explicado la situación y envían a los del hospital, por lo visto estaban cerca de aquí con un herido.

—¿Ves, preciosa? No tardarán en llegar.

—¿Quién me ha hecho esto?

—No lo sé, pero te juro por lo más sagrado que lo voy a averiguar.

Entonces recordó lo que hacía cuando la dispararon e intentó incorporarse. —Mi móvil, papá...

Galen juró por lo bajo mirando a su alrededor y al ver el móvil cerca de la ventana estiró el brazo a toda prisa para cogerlo viendo que la pantalla estaba encendida. Se puso el teléfono al oído al oír los gritos al otro lado. —¿Diga?

—¿Qué le ha pasado a mi hija? —gritó Marc fuera de sí.

—Está bien. Se ha caído.

—Trae —dijo inquieta por lo que estarían pensando.

A toda prisa se lo tendió. —¿Papá? Que patosa, me he caído por las escaleras.

—He oído que te habían pegado un tiro.

Gimió por dentro. Ahora ya no podía mentirle. —No sé muy bien lo que ha ocurrido, igual era una bala perdida. Pero estoy bien, ha sido en el hombro. —Escuchó como su madre sollozaba. —Dile a mamá que no llore.

—¿Seguro que estás bien?

—Me va a venir a buscar un helicóptero no te digo más. No va a pasar nada. —Tembló al ver la colcha llena de sangre, que Galen intentaba apretar contra la herida para detener la hemorragia. —Todo irá bien. —Intentando reprimir un sollozo tomó aire. —Te llamaré cuando pueda, ¿de acuerdo?

—Uno de tus hermanos irá a verte de inmediato. Y más le vale a ese australiano que estés bien.

—Genial. Así conoce esto y os cuenta cuando regrese.

—¡Vas a volver con él!

Galen apretó los labios antes de cogerle el móvil. —Ahora no es el momento de hablar de esto. Te llamaré en cuanto la atiendan, te lo prometo. Sí, te juro que le encontraré. —Colgó y escucharon el sonido del helicóptero. Galen metió el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y la cogió en brazos. —Ya están aquí. —Fue a toda prisa hacia las escaleras y al bajar vio como entraba Martin. —¿Le has encontrado?

—No —dijo fríamente—. Pero ha dejado huellas.

—Síguelas, quiero que encuentres a ese cabrón.

Salió de la casa y los sanitarios ya corrían hacia ellos con la cabeza agachada. Una chica se acercó a ella y al ver la herida gritó —¿Puedes subirla?

—¡Sí, no te preocupes!

Esta se volvió. —¡Muy bien, nos vamos! —gritó corriendo hacia el helicóptero—. ¡Harry prepara una vía!

En cuando Galen la subió, el tal Harry y ella la cogieron con habilidad para tumbarla en la camilla. La sujetaron en la cintura con una especie de cinturón de seguridad y Harry le pasó unas tijeras a la que debía ser la médica, que de inmediato empezó a cortarle la camiseta dejando la herida al aire.

—¿Bea? —preguntó Galen a gritos para que le oyera.

—¡Déjame reconocerla! ¡Vamos Harry!

Le inyectaron en el brazo y la doctora pasó la mano tras su hombro. —La bala ha salido.

—¿Eso es bueno? —preguntó ella muy nerviosa—. ¿Galen?

—¡Tranquila nena, estás en buenas manos!

—¡La tensión está muy baja!

—¡Plasma! —Sacó una jeringuilla y le inyectó algo en el gotero que el tal Harry acababa de colgar en un gancho.

—¡Joder Bea, dime algo! —gritó Galen frustrado.

Ella no le hizo ni caso y se volvió para gritar —¡Apriétale, Tom!

Asustada miró a Galen a los pies de la camilla y sollozó. Sintió que se mareaba y Harry puso unas gruesas gasas sobre la herida. Bea sonrió. —¿Eres Blondelle?

—Sí —susurró—. ¿Cómo lo sabes?

—Galen me ha hablado de ti.

—¿De veras? —Confundida le miró a él que hizo una mueca y entonces lo entendió. —
¡No!

—Nena, ella es... Bea.

Joder. Miró hacia ella y con mareo y todo la vio guapa, así que debía ser guapísima cuando se arreglaba y no llevaba un traje fosforito. ¡Y era médico! Incredula miró a Galen. —
Pero bueno, ¿qué os pasa a los hombres?

—Ni idea —dijo ella—. Tampoco lo entiendo.

—Aunque no me quejo por habérmelo quedado yo.

Sonrió irónica. —¿Quién dice que te lo has quedado tú?

Eso la espabiló del todo y la cogió por el peto que llevaba acercándola a su rostro. —¡Lo digo yo! —Esta rio por lo bajo antes de mirar a Galen y guiñarle un ojo. —¿Te ha guiñado el

ojo?

—Nena, déjala trabajar.

—¡Quiero otro médico!

—Anda, déjame trabajar no vaya a ser que la espiches y me lo quede.

—¿La has oído? —preguntó indignada.

—¡Nena, déjala trabajar!

Bufó soltándola. —Más te vale que no la casque porque regresaré desde el más allá para hacerte la vida imposible. ¡Y al que me ha pegado el tiro también! —Entrecerró los ojos con cara de asesina en serie. —Cuando le pille se va a cagar.

—¡Cinco minutos! —gritaron desde delante.

—La tensión se estabiliza.

Bea sonrió y miró a Galen. —Controlada.

Él suspiró del alivio. —¿Ves cómo es buena en lo suyo?

—¡Si ya había salido la bala! ¡No hables de ella como si me hubiera operado a corazón abierto cuando solo me han colgado una bolsa del brazo!

—No, no te va a tragar —dijo Galen a Bea.

—Lo suponía.

—Lo suponías, ¿eh? ¡No te acerques a mi hombre!

—¿Ni para curarle?

—¡Ya le curo yo!

—Uy, que celosa...

Asombrada miró a ese Harry. —¿Me habéis drogado y estoy en una realidad paralela?

—No, te han pegado un tiro.

Gimió dejando caer la cabeza sobre la camilla. —¿Por qué a mí?

—Eso, ¿por qué a ti? —preguntó Bea—. ¿Tenéis alguna pista? ¿Has visto algo? ¿Quién ha sido?

La fulminó con la mirada. —¿Ahora eres policía?

—Tengo que hacer un informe, si me dices algo tengo que informar.

—¡Ya les informo yo!

—Ah, ¿pero sabes quién ha sido?

—¡Pues no! Pero mi hombre lo va a averiguar.

—Puedes estar segura, nena. Martin está en ello y es un cazador de primera

Bea cogió una jeringuilla y un frasquito. —Ah, ¿sí?

Lo dijo de una manera que la impactó. —¿Te gusta Martin?

Se puso como un tomate. —No, claro que no.

—Leche, estás loca por él, ¿verdad?

—¿Bea? —Ahora el asombrado era Galen.

—Que no, que se imagina cosas por las drogas. —Preparó la jeringuilla en un visto y no visto. —Voy a ponerte esto para que te calmes, ya verás como te encuentras mejor. Esto es la leche. —Se lo inyectó a la vía.

—¿Crees que así vas a callarme? Pues que sepas que ni las drogas me callan cuando quiero decir algo y... —Se empezó a encontrar mejor, como flotando. —Uy, que maravilla.

Bea sonrió. —¿Ves? Relájate y disfruta.

—Mi amor deberías probarlo. —Sonrió de gusto. —Es increíble. Como después de cuando me haces el amor, pero mejor.

—¿Te gusta Martin? —volvió a preguntar asombrado.

—Claro, le da vergüenza porque como estuvo liada contigo...

—Nada, que no se calla —dijo Harry a punto de reírse.

—No tiene gracia. —Mosqueada volvió la vista hacia Galen. —¡No me gusta!

Blondelle se echó a reír para asombro de todos. —Por eso quedas con ellos, no es por Galen es por Martin.

—No jodas —dijo su novio.

Bea no sabía dónde meterse de la vergüenza. —Delira.

—Ya, tengo un ojo... Fui comercial y es importante fijarse en las expresiones de los compradores para saber por dónde tirar y a mí no me la pegaban. De hecho, calé a Galen desde el principio.

—Si te dio puerta —dijo Bea atónita.

—Pero estoy aquí, ¿no? —gritó fulminándola con la mirada—. ¡Y no me repliques que estoy intentando disfrutar de mi droga!

—Bea, ¿y desde cuándo es eso? —preguntó Galen.

—¡Qué se lo está inventando! ¡No me fijaría en él ni muerta!

Con los ojos como platos Blondelle dejó caer la mandíbula del asombro. —Uy cariño, que ya se ha acostado con él.

Galen se tensó porque Bea se puso como un tomate. —¿Pero qué me estás contando?

La señaló con el dedo. —Mírala, mírala... Que cara de culpable... —Bea le dio un manotazo en la mano. —¡Ja! ¡Tengo razón! —Entrecerró los ojos. —Y que poco profesional ha sido eso.

El helicóptero tocó suelo y Bea gritó —¡Ya hemos llegado!

La puerta corredera se abrió. Antes de darse cuenta sacaban su camilla y la trasladaban a otra antes de salir corriendo. Miró hacia atrás para ver que Galen estaba allí y sonrió. —Me

siento mucho mejor.

—No sabes cómo me alegro, nena.

—Mañana volvemos al rancho.

Capítulo 14

—¡La madre que parió al que me ha pegado un tiro! —gritó mientras le hacían una de las curas dos días después. Y a pelo. Aquella tía era una sádica. —Hostia, ¿pero qué haces? —Se miró la herida y vio que empezaba a sangrar. —¡Serás burra!

—Uy.

—¿Uy? ¿Uy? ¿Me has saltado otro punto?

—Es que se ha infectado y...

—¡Pues se anestesia, bonita!

Galen entró en la habitación. —¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Qué me ha estrujado la herida y me ha saltado otro punto!

La muchacha estaba como un tomate y en ese momento entró otra enfermera más mayor. —¿Pero qué has hecho? ¡No estás capacitada para hacer eso! —Se acercó a toda prisa. —Oh, Dios mío.

La chica se echó a llorar y salió corriendo. —¿Pero qué está pasando aquí? —preguntó Galen mosqueado—. ¿Cómo que no está capacitada para hacer eso?

—Lo siento mucho. Es auxiliar de enfermería y seguro que al vernos apuradas ha querido ayudar.

—¿No es enfermera? ¡Pero si la atendió ayer! ¡Y por cierto también le hizo daño! —Indignado se acercó para mirar su herida. —Joder, nena... Está infectada.

—Voy a llamar al médico —dijo la enfermera antes de salir de la habitación a toda prisa.

—Pero si me iba hoy. ¿Cómo ha podido infectarse si tomo antibióticos?

—Eso es lo que tendrán que averiguar.

—Pero...

Él la besó en la frente. —Sé que quieres irte, pero esto solo es un contratiempo. Estás bien y es algo que debemos agradecer.

En ese momento se abrió la puerta y ambos miraron hacia allí para ver que Malcom entraba en la habitación. Galen se tensó porque su cara decía que tenía ganas de romperle las piernas. Su hermano sin decir ni pío rodeó la cama y miró la herida antes de jurar por lo bajo. Levantó la vista hacia Galen. —¿Qué vas a hacer al respecto?

—Lo que haga falta.

—No es la primera vez que nos decepcionas, Galen, pero sí será la última.

—¿No piensas saludarme, hermano? —preguntó Blondelle irónica.

—Déjanos solos —dijo a Galen que se tensó aún más.

—No, mi novio no va a irse a ningún sitio.

—Déjanos solos. —Su tono indicaba que como no saliera de la habitación iban a tener un problema.

—Malcom...

—Padre me ha enviado y pienso arreglar esto. Déjame hablar con mi hermana a solas.

—No pienso salir de aquí para que la convenzas de que se vaya.

—Eso ya no es una opción. En cuanto solucione ciertos temas con quien ha hecho esto, me la llevo a casa.

—Ya está en casa —dijo entre dientes.

—¡Y una mierda! ¡No has sabido cuidarla! ¡Desde que te conoce ha visitado dos veces el

hospital! ¡La primera vez perdió a tu hijo y ahora casi la matan! ¡Así que sal de aquí si no quieres que te saque yo!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el doctor desde la puerta.

—¿Por qué tiene mi hermana la herida así? —gritó Malcom sin cortarse.

El médico se acercó y al ver la herida juró por lo bajo. Malcom le cogió por la bata y le acercó a su rostro. —Como a mi hermana le pase algo, te pienso partir las piernas y tendrás que arrastrarte de cama en cama para hacer de matasanos, ¿me has entendido?

Muy asustado asintió. —Sí, sí, claro.

Le soltó y se cruzó de brazos haciendo que Blondelle pusiera los ojos en blanco. —Discúlpate hermano.

—Y una mierda. —Fulminó a Galen con los ojos. —Y con ese tampoco.

—Será posible. ¡Ay!

—Perdón, perdón. —dijo el médico sudando y todo—. Voy a tener que abrir los puntos.

—¿Qué dice? —preguntó Galen preocupado—. ¿Otra vez?

—Hemos debido pasar algo por alto. Debemos averiguar qué está provocando esta infección. —Entonces entrecerró los ojos acercándose a la herida. —Enfermera, unas pinzas.

La enfermera se acercó con una bandeja de acero en la mano y él cogió unos guantes. —¿Qué ocurre? —preguntó ella—. ¿Qué ha visto?

—Un momento, por favor.

Todos se aproximaron a la cama para ver como cogía las pinzas y las acercaba a la herida. —¿Qué coño...? —Metió las pinzas entre los puntos y ella dio un respingo. —Por favor, no se mueva que... —De repente tiró de las pinzas y las levantó mostrando lo que parecía un cristal. —¿Qué diablos...?

—¿Cómo no han visto algo así? —preguntó Malcom sin poder creérselo—. ¡Si se ve a

simple vista!

—Ya decía yo que me dolía. Sin embargo, después de abrir la herida y que me la cosieran no me dolía tanto. Fue después de la cura de ayer cuando...

—Este punto no se ha roto hoy —dijo el médico muy tenso antes de mirar a la enfermera—. Que venga quien hizo la cura.

—¿Qué quiere decir? ¿Que esa muchacha le ha metido un cristal en la herida para que se le infectara? —preguntó Galen sin poder creérselo.

—Ayer también me hizo mucho daño, pero me callé porque pensé que era normal. Hoy es cuando ya no lo he soportado.

—Lógico con esta infección. —El médico dejó las pinzas sobre la bandeja. —Pero esto no estaba aquí cuando abrí esta herida. Como han visto es imposible no percatarse de su presencia.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Malcom.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

En ese momento entró la enfermera con la otra del brazo y prácticamente tuvo que arrastrarla dentro de la habitación.

—¿Por qué has realizado tú la cura? —preguntó el doctor fríamente. Esta sollozó agachando la mirada, pero no dijo ni pío—. Bien, llamaremos a la policía.

—¡Por qué has querido hacerle daño a Blondelle! —gritó Galen perdiendo la paciencia antes de cogerla del brazo para que la mirara—. ¡Habla!

—Judith, más te vale que digas la verdad porque estás en un lío de primera —dijo la otra enfermera.

—¿Judith? —Galen entrecerró los ojos. —¿No serás Judith la hermana de Richard?

Se echó a llorar más fuerte y Galen dio un paso atrás de la impresión.

—Sí, tiene un hermano que se llama Richard, trabaja en un rancho, es capataz —dijo su compañera—. No deja de hablar de lo orgullosa que está de él. Se envían mensajes continuamente. Incluso sin poder hablar dirige a cuarenta hombres. Nos ha enseñado su foto mil veces.

Galen se llevó las manos a la cabeza mientras ella parpadeaba intentando digerir la información. —Cariño, ¿tu capataz ha intentado matarme?

—¡Le has robado su trabajo porque te acuestas con el jefe! —gritó Judith mirándola con rencor—. ¡Es lo único que tiene y se ha dejado la piel por ese rancho! ¡Hasta perdió la lengua por su culpa! ¡No tenías derecho a llegar como la nueva jefa!

—¿Perdió la lengua por culpa del rancho?

—La herida que se hizo en la lengua fue con una lata de las que les damos por si tienen hambre por la noche. Chupó la tapa y se cortó. No fue al médico, ni siquiera se lo dijo a nadie y cuando reconoció que le dolía, ya era demasiado tarde. No fue culpa de nadie, solo suya. Yo mismo le llevé al médico cuando me di cuenta de lo que estaba pasando. —Apretó los puños. —Ahora entiendo por qué a Martin le fue imposible encontrar al tirador. Decía que las huellas se perdían en mis tierras en una zona donde había ganado. Se suponía que Richard estaba vigilando unas reses esa noche. Se escondió entre ellas para que Martin no le viera. —Miró a Malcom. —¿Te quedas tú con ella?

Su hermano asintió.

La besó en la sien y dijo al médico —Llame a la policía.

—Por supuesto que lo haré.

—Cielo, no vayas.

—Soy el dueño del rancho y esto no se queda así.

Asustada miró a Malcom. —No le dejes ir.

—Yo haría lo mismo y lo sabes.

—¡Galen! —Él se detuvo en la puerta y emocionada dijo —Él ha intentado destrozar nuestro futuro, no dejes que lo consiga. Piensa en todo el tiempo que nos queda por delante.

—Tranquila, nena. Volveré antes de la noche.

Salió dejándole un desasosiego y muy inquieta miró a su hermano. —Por favor vete con él.

—Hermana...

—¡Por favor, temo que cometa una locura que destroce nuestras vidas! ¡Porque mi vida está al lado de la suya y no pienso irme a ninguna parte!

Malcom la miró fijamente antes de ir a toda prisa hacia la puerta y salir corriendo. Miró a su médico y dijo —Cúreme, tengo que volver a casa cuanto antes.

Muy nerviosa miraba el techo de su habitación. Hacía tres horas que le habían servido la cena y no fue capaz de tomar bocado. Pero a nadie le extrañó después de la cura que tuvieron que hacerle y de haber tenido que declarar ante la policía lo que había ocurrido. Aunque lo que realmente la estaba matando es que no sabía lo que ocurría en el rancho. Había intentado llamar a la casa, pero no lo cogían. Ni Galen ni Malcom cogían sus móviles tampoco, así que tanta incertidumbre la estaba volviendo loca. Y se sentía así después de pasar cinco días a su lado, ni se quería imaginar lo que sentiría después de un año o dos. Richard... Ni se le hubiera pasado por la imaginación. Perk, puede que el padre de Galen, ¿pero Richard? Si la última vez que le había visto hasta le había sonreído a modo de despedida. Aquello era una locura. Aunque después de que su hermana se pusiera histérica al ver a la policía y empezara a decir estupideces como que era una usurpadora, igual algo de locura había. Esperaba que su maravilloso suegro no intentara utilizar aquello para sacar beneficio. Aunque seguro que sí. Tenía que salir de allí cuanto antes. Entrecerró los ojos y apartó las sábanas antes de pulsar el botón que llamaba a la

enfermera. Cuando la puerta se abrió dijo —¿Me puede traer un chándal?

Menos mal que se sabía de memoria su número de tarjeta de crédito, porque gracias a ella pudo pedir un coche privado para que la llevara al rancho. El coche aparcó ante las escaleras. — Gracias —dijo ella abriendo la puerta.

—Cuídese.

Sonrió metiendo en el cabestrillo la bolsa de papel donde llevaba la medicación y salió con cuidado. Las luces del salón estaban encendidas y le extrañó porque ya era muy tarde. Caminó hasta las escaleras pensando que Hillary debía haberse olvidado de apagarlas, cuando escuchó a través de la ventana abierta —Es así desde pequeña —dijo su hermano borracho como una cuba. Asombrada se acercó a la ventana para ver a su prometido sentado en el sillón con una cerveza en la mano, mientras su hermano estaba sentado de espaldas a ella en el sofá. — Joder, se camelaba a todos los que tenía a su alrededor con una facilidad pasmosa. A mis hermanos y a mí nos sonreía y le decíamos que sí a todo. —Se echó a reír. —Una vez quería salir con sus amigas y mis padres no la dejaban porque tenía que llegar más tarde de su hora. Pues consiguió que la dejaran, porque Billy y yo las acompañamos. Tenías que verla toda orgullosa con sus dos hermanos mayores detrás como si fuéramos sus guardaespaldas.

—¿No se enfadó porque tuvierais que acompañarla?

—Qué va, si fue idea suya para no quedarse en casa. —Suspiró. —Siempre lucha por lo que quiere. ¿Te he contado que fue animadora?

—No.

—Joder, pues era increíble. Todos íbamos a los partidos solo para verla. Era la jefa de animadoras y se esforzó muchísimo por ser la mejor. Menudas coreografías practicaban. Podría haber sido profesional, ¿sabes? Hasta la llamó un ojeador. Se subía encima de una pirámide

increíblemente alta y pegaba unas volteretas con aquellos pompones... Bueno, a lo que iba. Una vez tenían que irse con el equipo de fútbol a doscientos kilómetros de casa para un partido y mis padres no estaban nada contentos con que pasara la noche fuera. Y eso que Jeremy, que es el que nació después que ella también iba porque estaba en el equipo. Pero claro, tenía diecisiete y era un peligro.

—No te entiendo.

—Tenía a medio instituto tras ella. No dejaban de pedirle citas y mi hermana después de lo de David les decía a todos que no. Aunque también influía que a nosotros no nos daba la gana que saliera con cualquiera, joder. Para nosotros ninguno la merecía. Bueno, el hecho es que había un tipo en el equipo que era muy pesado con ella. Siempre estaba llamándola a ver si quedaba y a mi padre no le gustaba nada que fuera a ese viaje, sobre todo estando ese chico allí, porque ya la había arrinconado fuera del vestuario y Jeremy que salió en ese momento la salvó de pasar un mal trago. —Blondelle se mordió el labio inferior. —¿Pues qué hizo ella cuando nuestro padre dijo que no quería que fuera por culpa de ese? Cuatro días antes de irse al viaje había entrenamiento y le partió la mano con la puerta del vestuario.

—¿Qué dices?

—Después del entrenamiento Jeremy haciendo que se empujaban de broma le hizo la zancadilla y ese imbécil cayó espatarrado, con la mala suerte de que ella cerró la puerta del vestuario de chicas de golpe y le pilló la mano.

—¿Aprovechó la oportunidad? —preguntó divertido.

—Y tanto.

—¿Jeremy sabía algo?

—Qué va. Blondelle nos contaba lo mínimo porque sabía que entre tantos puede que alguno se chivara.

—Tuvo que ser difícil ser la única entre tanto hombre.

—Aprendió a imponerse. Ha crecido entre hombres de todos los tipos y sabe cómo manejar todas las personalidades. Hasta la de mi hermano mayor que tiene una mala hostia increíble. Pues Blondelle es su ojito derecho. Que no se la toque nadie. Suerte has tenido de que viniera yo.

—Así que crees que sabrá manejarme, ¿no? —preguntó divertido sin tomárselo a mal.

—No lo sé.

—Explícate.

—Aparentemente eres igual a nosotros. Ranchero, como acabas de demostrar con ese tipo que has dejado hecho un guiñapo, tienes mala hostia cuando te tocan los huevos, trabajas como un cabrón... Sí, cualquiera diría que te pareces a nosotros, pero algo la descolocó contigo, algo no encajó desde el principio. —Malcom se adelantó. —Hay algo en ti que te distingue de todos los hombres que ha conocido y eso es lo que me llama la atención.

—Te llama la atención que se haya fijado en mí. —Se echó a reír. —Vaya, pues gracias.

—No, en serio. ¿Por qué tú? Vives en el culo del mundo, por aquí no hay un alma, allí deja familia, amigos, vecinos... Todo lo que siempre ha conocido. ¿Qué tienes tú de especial para que lo arriesgue todo por ti?

Galen frunció el ceño pensando en ello y bebió de su cerveza.

—¿Queréis dejar de decir tonterías?

Dejó caer su cerveza de la impresión y atónito la vio entrar en el salón.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó ella poniendo el brazo en jarra—. ¿Le habéis pillado?

Ambos asintieron con la cabeza y Galen fue el primero en reaccionar. —¿Te has escapado del hospital?

—¿Y tú no ibas a ir esta noche?

Se levantó de golpe. —¡Joder nena, estamos esperando a la policía!

Asombrada preguntó —¿Todavía no le han detenido?

Escuchó un gemido y se volvió de golpe para ver a Hillary sentada en una silla con la escopeta en la mano. —¿Pero qué haces en la cocina a oscuras? —Al oír otro gemido caminó hacia allí para ver a Richard en el suelo amordazado y atado de pies y manos. Eso sin mencionar que tenía la cara llena de golpes y sangraba por una ceja. Pasmada se volvió. —¿Cómo vais a explicar esto?

—Intentó huir y le pasó una manada por encima —dijo Galen tan pancho—. ¿Qué coño haces aquí?

—¿No te alegras de verme?

—A mí no me pongas esa cara de niña que no ha roto un plato.

Ella fulminó a su hermano con la mirada. —Deja de beber.

Malcom se echó a reír. —Ahí la tienes, ahora intenta cambiar de tema.

—Nena...

Mejor enfrentarse a él. —Estaba preocupada por ti. ¡No sabía lo que estaba pasando y no llegabas! ¡Estaba de los nervios y pedí el alta voluntaria!

—¿Pero estás loca? ¡Tienes una infección!

Sacó la bolsa del cabestrillo. —Tengo las pastillas.

—¡Tiene las pastillas!

—¡Estoy bien! Antes de salir del hospital me han chutado algo que es la leche. —Su hermano pasó a su lado y la besó en la mejilla. —¿A dónde vas?

—A por una cerveza.

—Ni hablar, ¿y que estés aún más borracho cuando llegue la policía?

—No lo entiendo, debe ser el jet lag ese que me está afectando un poquito.

—¿Un poquito? ¡Estás como una cuba! —Miró a su novio. —¿Por qué le has dejado?

—Quería desahogarse y antes de que matara a Richard preferí que se bebiera unas cervezas. Nena, te voy a llevar al hospital.

—¡Ja! —Fue hasta la escalera.

—¿Ves? Ya empieza a camelarte. Ya te está cogiendo la medida. En cuatro días le dirás que sí a todo como nosotros.

—Cierra la boca —siseó ella.

—Blondelle, ¿y si necesitas asistencia? —preguntó Galen obviamente frustrado.

—¡Pues llamas a la divorciada!

—Nena, no la metas en esto para evitar la bronca.

—Mira él también empieza a conocerte —dijo su hermano a punto de partirse de la risa.

—Malcom cállate —dijeron los dos a la vez.

—¿Y cómo es que no he oído el coche? —preguntó Galen—. ¿Cómo has llegado hasta aquí si ni tenías dinero?

—Hay algo que se llama tarjeta de crédito. Pedí un coche y voilà. Lo hubieras oído si no hubieras estado tan distraído cotilleando sobre cómo era mi vida antes de que llegara aquí.

—¡Te habrá costado una fortuna!

—Cariño, el dinero es para gastarlo.

—¡Eso dice mi padre!

Miró a Hillary. —Ahora entiendo lo de agarrado.

—¿Que yo soy un agarrado? Si me he gastado más de dos millones hace nada —dijo incrédulo.

—Si todavía no has puesto un dólar. —Le señaló con la bolsa. —¡Y no te pareces en nada al capullo de tu padre! —Le dio un tirón en el pecho y gimió.

Galen juró por lo bajo y se acercó a toda prisa para cogerla en brazos. —Sí cielo, llévame

a la cama que estoy hecha polvo.

Subiendo las escaleras él dijo —Nena, debería llevarte al hospital.

—No te preocupes. Ahora cuéntame lo que te ha dicho Richard.

—No ha contado mucho, nena, no tiene lengua.

—Leche es verdad.

—Cuando llegué a caballo hasta el barracón, me vio y se debió imaginar algo porque intentó escapar yendo hacia su caballo. No le dio tiempo a subirse. El viejo Bill me ha dicho que llevaba unos días algo disgustado, enfadado, como si algo le preocupara. Así que cogí su móvil mientras tu hermano le agarraba. Abrí los mensajes a su hermana y allí está todo. Cuando se enteró de que estabas viva y que te llevábamos al hospital le escribió un mensaje que decía remátala.

—Menuda familia. —La tumbó sobre la cama y ella suspiró de gusto quitándose con los pies las zapatillas que le habían dado en el hospital mientras él ponía la bolsa sobre la mesilla de noche. —Que bueno es estar en casa.

Él sonrió. —Sí nena, estás en casa. —Se sentó a su lado y cogió su mano sana. —¿Puedo ponértelo ya?

Supo perfectamente de lo que hablaba y soltó una risita. —Tienes razón, para qué esperar un mes. —Puso el anillo en su dedo y ella levantó la mano. —Tenía una piedra verde y varios diamantes chiquititos lo rodeaban. Se notaba que era antiguo y que fuera de Hillary, que se lo hubiera dado para ella, hacía que aquel fuera el anillo perfecto para simbolizar su amor.

—¿Te gusta?

—Es hermoso, ¿y los otros?

Se los mostró en la mano. —Estos nos los pondremos ante el sacerdote. Ante todos los nuestros.

—Cariño no podrán venir todos. Tienen ranchos y...

—Nos arreglaremos, pero no faltará nadie.

Se emocionó. —Sería un sueño.

Besó su mano. —Pues lo vivirás. Ahora descansa, preciosa. Estoy oyendo a los policías fuera.

—Oh, ¿tengo que ir?

—Te avisaré si te necesitamos. —La besó en los labios. —Pero ahora descansa.

—Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa.

Capítulo 15

Tamborileó los dedos sobre la mesa y miró hacia la ventana. —¿Dónde está?

—Niña, trabajando —dijo Hillary exasperada porque ya lo había preguntado mil veces. Y es que se aburría porque en la última semana no es que tuviera mucho que hacer. Sobre todo, desde que se había ido su hermano dos días después de su llegada porque tenía un rancho que atender.

Bufó levantándose y al ver que un vehículo se acercaba, chilló sobresaltando a Hillary que tiró toda la harina fuera del bol. —¡Es Carl!

—Menos mal que ya ha llegado. A ver si te entretiene con sus desventuras con esa Elisabeth.

Jadeó indignada. —¿Ahora te estorbo?

—¡Niña, búscate un entretenimiento!

—Búscamelo tú, tráeme algo que esté estropeado.

—¡Ya has arreglado todo lo que hay en la casa! —Entrecerró los ojos. —Uy no, que el reloj de mi marido lleva veinte años en el cajón.

—Luego le echo un vistazo. —Casi corrió hacia la puerta y al llegar al porche frunció el ceño porque aunque tenía el mismo color aquella no era la camioneta de Carl. —Hillary, ¿esperamos visita?

Hillary salió tras ella secándose las manos. —No.

El coche se detuvo ante la casa y al ver el rostro del hombre sonriendo de oreja a oreja la abuela gruñó. —Ese vende algo.

—Déjame a mí.

El hombre salió del coche. —Buenos días.

—Buenos días, buen hombre. ¿Se ha perdido?

—¿Este es el rancho Newhall?

—Pues sí, ¿nos trae algo? No tiene aspecto de repartidor.

—Les traigo las mejores ofertas en menaje del hogar.

—Oh, ¿has oído Hillary? Menaje del hogar.

—Ya tenemos de todo —respondió la abuela muy seca.

—Oh, el robot de cocina que les traigo no lo han visto nunca. ¿Me dejan que se lo enseñe?

—Sí, claro que sí —dijo Blondelle con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué haces? —preguntó la abuela por lo bajo.

—Espera y verás. —Entonces levantó la voz. —Aunque igual a mi marido no le gusta verle aquí cuando llegue de trabajar —dijo con inocencia—. Al último le partió las piernas, ¿sabe? Es que me sonrió y no se lo tomó muy bien.

El tipo perdió la sonrisa de golpe. —Seré muy serio. —Sacó un trasto enorme del portaequipajes. —¿Tienen huevos? Podemos hacer un bizcocho para chuparse los dedos.

—Ya hago bizcocho sin tener ese trasto —dijo la abuela.

—Pero esto es más rápido.

—Y luego hay que fregarlo.

Se acercó a los escalones. —Ya verá lo que hace, es una maravilla.

—¿Eso va a pilas? —preguntó Blondelle haciéndose la tonta. Él levantó el cable. —Uff que fatalidad, no tenemos luz.

—Ah, ¿no?

—Una avería.

—Vaya. —Parecía que le había dado el disgusto de su vida. —Puedo volver otro día.

Le dio penita, ese trabajo era tan duro... —¿Cuánto vale eso?

—Setecientos cincuenta y seis dólares.

—Traiga aquí.

—¡Pero niña!

—Mírale, si está pasando muchísimo calor y seguro que lleva horas de kilómetros y kilómetros...

—Cómo me comprende. Usted ha trabajado en esto, ¿no?

—¿Se nota?

Escucharon los cascos de un caballo y todos miraron hacia Galen que llegaba a galope. Su rostro decía que había algún problema, lo que la inquietó. Detuvo su caballo cerca de ellos y sin bajarse dijo —¿Quién es este?

—Un vendedor.

—Largo.

—Cariño, ¿qué pasa?

—Ven, nena. Tenemos que hablar.

—Pero...

—¿No se lo queda?

—Cariño...

Galen se detuvo volviéndose para mirar al hombre antes de mirar lo que tenía en las manos. —Será una broma.

—Mírale, ¿no te da penita?

La cogió de la mano libre y la metió en la casa.

—¡Largo! —gritó la abuela—. ¡O saco la escopeta!

—Ya me parecía a mí que era muy fácil —dijo el hombre por lo bajo antes de ir hacia su coche.

—¡Y no vuelva! —gritó la abuela antes de entrar en la casa y sonreír—. Todavía tengo mi toque.

—Pobrecito.

—Nena, céntrate.

—¿Qué?

—¿Crees que podrás subirte a un caballo?

—Claro, ¿por qué?

—Vamos date prisa, ponte las botas.

—¿Qué pasa?

—Un notario viene para acá para intentar sorprendernos. Creo que pretende dar fe de que no trabajas en el rancho.

Corrió escaleras arriba y Hillary se acercó. —¿Cómo te has enterado?

—Se ha parado en la gasolinera y Toro al verle tan trajeado le ha preguntado en qué trabajaba. Cuando le contestó el tipo le ha preguntado si nos conocía. Si conocía a Blondelle y si trabajaba aquí. He sumado dos más dos.

Blondelle bajó las escaleras corriendo. Hasta se había quitado el cabestrillo. —Lista. —Cogió el sombrero del perchero. —Vamos cielo, tienes que ensillarme el caballo.

Saliendo con ella dijo —¿Crees que podrás hacer que trabajas?

Se agachó y cogió un poco de tierra para mancharse la camiseta. —No lo dudes, vaquero.

—Tengo que quedarme aquí, preciosa. Se supone que diriges tú. Llévate mi caballo.

Asintió y se agarró con una mano a la silla. —Empújame.

Él lo hizo y se subió a la silla cogiendo las riendas.

—No fuerces el otro brazo. Todavía no te han quitado los puntos.

—Tranquilo.

Galen le metió el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. —No tiene clave de acceso. No sé si quiere sorprenderte trabajando o querrá que te llame, así que llévatelo.

—Vale.

—Si quiere sorprenderte y quiere que le acompañe hasta donde estés, la abuela te enviará un mensaje.

—Perfecto. —Volvió el caballo y le guiñó un ojo. —¿Dónde están?

—Vete hacia los barracones. Están marcando las reses.

Ella se lanzó a galope para alejarse lo antes posible y que no la vieran desde el camino de acceso al rancho.

Cuando se aproximó pudo ver la cantidad de reses que había para marcar y sonrió sintiéndose genial. Entonces algo le tapó el sol y sorprendida miró hacia arriba para ver una nube. De hecho había varias. Sonrió cabalgando hasta sus hombres. —¡Si hay suerte lloverá hoy como decía mi amigo Carl!

Varios gritaron de la alegría y a galope se acercó a Bill que tenía el hierro en la mano. —¿Cómo por aquí, jefa? ¿Ya se ha repuesto del todo?

—Hora de volver al trabajo, amigo. ¿Cuántas quedan?

—Doscientas veinte.

—Pues vamos a ello.

Eran casi las seis y se levantó un viento increíble. El cielo estaba totalmente encapotado y las reses empezaron a ponerse muy nerviosas. —Huelen la tormenta —dijo Bill mirando el cielo—. Y va a ser de las fuertes.

Blondelle le tendió el hierro después de marcar la última res. Galen no había llamado ni habían ido hasta allí, ¿qué estaría pasando?

—¿Todo bien? —preguntó Bill—. Pareces preocupada.

—No, todo va bien. Que los hombres recojan todo. —Miró a su alrededor. — ¿Esta es la planicie más alta?

—¿Temes que llueva tanto? —preguntó divertido—. Serán cuatro gotas.

Sentía que no era así, aquellas nubes no presagiaban nada bueno. En ese momento se puso a llover y ella preguntó —¿Dónde están el resto de las manadas?

—Más al norte. —Señaló las colinas. —Allí aún hay agua y pasto.

—Pues tenemos que trasladarlas aquí.

—Pero...

—Si allí aún hay agua es que el nivel freático está más cerca de la superficie. ¿Se ha inundado alguna vez?

—En verano no.

—Esas nubes no me gustan nada.

—Estás exagerando.

—¿Quieres hacer de una vez lo que te digo?

Bill apretó los labios. —Muy bien, como quieras. —Se volvió y gritó —¡Chicos hay que

trasladar las manadas aquí! ¡Vamos, vamos!

En ese momento empezó a llover más fuerte y ella sacó el móvil, pero no había cobertura. —Mierda. —Buscó con la mano dentro de la alforja, pero no encontró la radio. —Bill, ¿tienes radio?

Él no la oyó dando órdenes a los hombres para que se distribuyeran. Al ver que enviaba alguien al sur se subió al caballo haciéndose daño en la herida y se acercó. —No, no... ¡Todas las que estén cerca de aquellas colinas! ¡Traedlas a todas ya!

Los hombres corrieron hacia sus caballos y ella dio la vuelta al suyo saliendo a galope y varios la siguieron. —¡Vamos, vamos! ¡Mostradme donde están!

Un chico se adelantó y ella le siguió como los demás. Entonces empezó a llover con fuerza y un rayo atravesó el cielo. El grupo se dividió en dos. La tierra se convirtió en barro rápidamente y tuvieron que bajar el ritmo cuando uno de los caballos se resbaló casi tirando a su jinete. Cuando llegaron a la manada llovía de manera torrencial y el agua empezaba a caer por la colina como si fuera una cascada. Pero lo que más la preocupaba era que por el color del cielo aquello no mejoraría. —¡Vamos, rodeadlas! —gritó lo más alto que pudo. Los hombres las rodearon y las reses empezaron a moverse. Cuando cayó un rayo cerca, estas aceleraron el ritmo como si estuvieran deseando salir de allí. Esperaba que no hubiera una estampida. La manada se ponía nerviosa a cada minuto que pasaba y cayó otro rayo que hizo correr a varias empujando a otras reses. Al ver al chico que antes se había adelantado en el grupo, se le pusieron los pelos de punta porque era evidente que estaba en problemas. Estaba rodeado de reses y no podía salir. Su yegua se puso muy nerviosa al ser empujada y relinchó levantando las patas delanteras para asustar a las reses, lo que provocó que el chico, que no podía dominarla, cayera al suelo antes de que su caballo saliera huyendo. Blondelle gritó cabalgando hacia él y se escuchó un trueno aterrador. El muchacho se levantó y las reses salieron corriendo, pero ella se interpuso con su caballo para evitar que le arrollaran. Las reses la rodearon y el chico se subió tras ella con agilidad. —Gracias.

—Ya te echaré la bronca. ¡Estabas demasiado cerca!

—No solo le doy las gracias por esto. —Ella le miró sobre su hombro sin comprender. —
Le doy las gracias por no haberme echado a pesar de mi primo.

—¿Tu primo? ¿Quién es tu primo? —Entonces lo entendió. —Perk.

—Sé que ha tenido problemas con él.

—Nunca te juzgaría por lo que ha hecho otra persona. Son tus actos los que cuentan,
díselo a cualquiera que se meta contigo por su culpa.

—Lo haré.

Uno de los vaqueros había conseguido detener el caballo del chico y Blondelle se acercó
a él para que se montara en su yegua. Ella dio la vuelta a su montura, iban a buena velocidad. —
¡Vamos, vamos!

El chico preguntó —¿Cree que empeorará, jefa?

—¿Ves el agua de esas colinas?

—¡Sí!

—¡Lo va a inundar todo y en esta tierra tan blanda el fango hará que se queden atrapadas!
¡Rápido!

Los hombres trabajaron como nunca hasta ponerlas a salvo y cuando se acercaron a zona
segura ella gritó —¡Continuad! ¡Voy a ver qué pasa con Bill! —Señaló a uno. —Encárgate de
que lleguen.

—¡Sí, jefa!

Apenas había recorrido una milla cuando la cortina de agua no la dejaba ver. Supo por
instinto que estaba cerca de la casa e intentó llegar antes de perderse del todo. Suspiró del alivio
al ver las luces del porche y fue hasta el establo. Dejó allí al caballo. Ni tenía fuerzas para
quitarle la silla. —Tendrás que esperar, amigo. —Fue hasta la casa y se dio cuenta que el coche

de aquel tipo aún seguía allí. —Genial.

Sintiendo que le dolía todo subió los escalones y se quitó las botas con esfuerzo porque el brazo de la herida casi ni lo podía mover. Entró en la casa y le extrañó no ver a nadie en el salón. Fue hasta la cocina sin hacer ruido y al ver a Hillary sentada a la mesa con la cena preparada se detuvo en seco. Sobre todo porque parecía preocupadísima. —¿Qué pasa? ¿Dónde está Galen?

Levantó la vista sorprendida. —¿Galen? ¿No está contigo?

—No le he visto y no me ha llamado.

—¡Salió hace más de dos horas con ese tipo! —exclamó levantándose.

—¿Qué? ¿Y a dónde han ido?

—¡A buscarte! El tipo dijo que quería verte trabajando.

—Dios mío... —Se llevó la mano a la frente intentando pensar. —No fueron a donde marcábamos reses.

—Le dije que no fuera, ese tipo no me parecía abogado, notario ni nada. Le miraba de una manera...

—¿Qué quieres decir?

—¡No me ha dado buena espina! —Preocupadísima se apretó las manos. —Es imposible que se hayan perdido con el temporal. Mi chico sabría volver a casa incluso con los ojos cerrados. ¿Crees que le ha pasado algo?

Corrió hacia sus botas y se las puso a toda prisa antes de bajar los escalones de un salto. Hillary la observó desde el porche y vio como iba hacia el coche e intentaba abrir la puerta. —¿Qué haces?

—¡Comprobar algo! —Como estaba cerrada cogió una de las piedras que había en el pequeño jardín delantero y la tiró sobre la ventanilla. La alarma del coche empezó a sonar. Pulsó el botón para abrir la puerta y metió medio cuerpo buscando algo que le dijera la identidad de ese

hombre. Al no encontrar nada tiró de la palanca del maletero y corrió hacia allí. Se le cortó el aliento al ver una caja de fusil. La reconocía perfectamente después de haber ido varias veces a ferias de armas. Tiró de las pestañas y la abrió. Efectivamente allí estaba el fusil, incluso la mira. Era un asesino a sueldo. —Hijo de puta. —Cogió el fusil y tiró de la palanca para comprobar que estaba cargado. Efectivamente así era. Intentando pensar se pasó la mano por la cara porque estaba empapada. Una trampa. Su padre le había enviado para deshacerse de él y quedarse con todo. Sintiendo que el corazón se le paralizaba de miedo miró a su alrededor. Cómo iba a encontrarle con ese tiempo, la finca era enorme. El lugar perfecto para deshacerse de un cadáver. Tardarían días en dar con él. Piensa, piensa. Hacía al menos una hora que habían ido a agrupar al ganado. Sus hombres habían recorrido las tierras. Bill no había llegado con las reses. ¿Y si no habían llegado porque se habían encontrado con ellos? Tiró el arma en el interior del coche y corrió hacia ella. —¿Tienes una pistola?

—Sí, claro. —Fue hasta el hueco de la escalera y al abrir la puerta allí las vio colgadas en la pared. —Y también hay munición. Mi marido enseñó al chico a tenerlas limpias y preparadas.

Cogió una Colt y comprobó que estuviera cargada antes de metérsela en la cinturilla del pantalón para coger un revólver. —¿Una radio?

Hillary cogió la que tenía sobre el aparador. —Aquí tienes. Es la mía no podrás avisarme.

—Pero sí podré avisar a los chicos. No te muevas de la casa, no dejes entrar a nadie. Cierra, coge la escopeta y espera a que lleguemos.

Asintió angustiada. —Lo que digas.

Corrió fuera de la casa y fue hacia el establo gritando a la radio —¿Me oye alguien?

—¿Jefa?

—Bill, ¿eres tú?

—Sí, jefa. Todo en orden. Estamos ya en el barracón.

—¿No te has encontrado con Galen?

—No.

—Mierda. —Apretó el botón. —Tenemos una emergencia, el jefe ha desaparecido. ¡Un hombre armado se lo ha llevado de la casa y todavía no han vuelto!

—¿Es una broma?

—¿Te crees que estoy de broma? —gritó histérica—. ¡Hay que salir a buscarles! Quiero que los hombres vayan armados, ¿me oyes?

—Entendido.

—¡Haced el recorrido hacia la casa con una separación de unos metros! ¡Se suponía que iban hacia allí!

—Jefa, si el tipo tenía malas intenciones y el jefe lo sabía, no lo traería aquí donde podría haber más heridos.

Se le cortó el aliento. —¿Y a dónde le llevaría?

—Si intentaba librarse de él... A las colinas. Entre ellas hay varios pozos y si tiene oportunidad de escapar sería más fácil cubrirse con las rocas y matorrales. Además, hay una cueva.

Bill conocía muy bien a Galen y conocía esas tierras, debía fiarse de él. —Muy bien, envía a los hombres a las colinas. ¡Encontradles!

—Si está allí le encontraremos.

Sin perder el tiempo se subió al caballo y Hillary a través de la ventana la vio salir a galope. —Dios mío, Dios mío... Galen, mi amor, protégeles.

Capítulo 16

Se aproximó a las colinas rezando porque todos estuvieran equivocados y aquel hombre fuera inofensivo, pero la razón le decía que puede que Galen estuviera ya herido o muerto porque había pasado demasiado tiempo desde que habían salido de la casa. Desesperada por encontrarles ni sabía por dónde empezar y entonces vio las luces de la casa de la familia de Daku. —¡Ja! —gritó azuzando su caballo. Fue hasta allí a galope y se bajó del caballo. El padre de Daku debió oírla llegar porque abrió la puerta—. Galen ha desaparecido. ¿Le habéis visto?

—Daku le vio hará una hora. ¡Daku!

El chico salió a la puerta.

—¿Dónde has visto al jefe?

—Yendo hacia la colina azul, padre. Iba con un tipo a caballo. Yo estaba cazando cuando empezó a llover y no me vieron. No saludé porque no quería molestar, parecían serios.

—¿La colina azul?

Su padre se acercó a ella y se la señaló. —Es esa que tiene el pico en punta. La llamamos así porque en el pasado la familia encontró en ella ópalo con cierto color azul. ¿La ves?

—Sí, sí. —Tiró de las riendas para girar al caballo. —Gracias.

—Te acompañaremos. Daku ensilla el caballo y llama a tus hermanos.

No tenían caballos para todos, no podía esperarles. —Me adelantaré. ¡Si veis a sus hombres que vayan hacia allí!

Pálida de miedo porque las suposiciones de Bill eran ciertas, fue hacia donde había dicho el chico. No estaba precisamente cerca y cuando se aproximó temió haberse equivocado porque no podía ver la cima desde allí e igual no era esa colina. Empezó a subirla a caballo, pero al caer un rayo que iluminó la zona vio los caballos que ya tenían el agua hasta las rodillas atados a un saliente y estaban realmente nerviosos con la tormenta. —Galen. —Llevó el caballo hasta allí y se bajó dejándolo con los demás. Inmediatamente vio una especie de sendero que discurría entre las dos colinas. Si habían dejado los caballos allí es que Galen le había llevado por ese sendero. Sacó el revolver y caminó hacia allí ignorando el agua que caía por las pendientes. Fue muy lentamente porque Bill la había advertido de que había pozos y con el agua no podía verlos. De repente el sendero se estrechó provocando una especie de desfiladero. Pasó entre las paredes y juró por lo bajo porque allí casi no veía nada, pero no se detuvo llegando al otro lado. Entonces vio la punta de un zapato saliendo del agua, estaba detrás de una roca y gritó corriendo hacia allí. Se quedó helada al ver un hombre con una cuchillada en el cuello. —¿Galen? —Se volvió y gritó —¡Galen! —Frenética se alejó del cadáver. —¡Galen! —Tenía que estar por allí, tenía que estarlo. Muerta de miedo se alejó unos metros y subió un desnivel dejando el agua atrás. Miró a su alrededor y gritó su nombre una y otra vez, pero la intensidad de la lluvia amortiguaba el sonido y desesperada intentaba gritar más alto. Se acercó a una gran roca que estaba más alejada y gritó —Galen, ¿estás aquí?

—¡Nena! —le pareció oír.

—¿Dónde? ¿Dónde estás? —preguntó mirando frenética a su alrededor. —¡Galen!

—¡Blondelle! ¡El pozo! ¡Ten cuidado con el pozo!

¿El pozo? Ella no veía ningún pozo. —¡Galen háblame!

No contestó y asustada gritó —¡Galen!

—¡Aquí!

Subió un poco más y caminó lentamente hacia donde le indicaba la voz para ver el pozo.

Dentro estaba muy oscuro. —¡Galen!

—¡Nena, necesito ayuda!

Tiró la pistola a un lado y a toda prisa sacó el móvil para encender la linterna. La impresionó lo profundo y ancho que era, pero sobre todo la impresionó que Galen estaba agarrado a una especie de raíz con el agua al cuello. —Estoy herido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó histérica.

—Me di cuenta enseguida de que ese no tenía nada de notario. Quería que fuéramos a buscarte y cuando me dijo que después volveríamos a la casa a firmar unos papeles, me mosqueé todavía más porque no llevaba ningún maletín, ni cámara para sacarte fotos trabajando ni nada. ¡Quería pillarnos a los tres solos! Así que le traje aquí diciendo que estabais arreglando unos cercados, que por el desfiladero era más rápido. Entonces le pregunté si le había enviado mi padre y sacó una pistola. Como estaba preparado de una patada conseguí quitarle el arma y le atacué con mi cuchillo, pero él logró arrebatármelo y me rajó antes de empujarme aquí dentro. Con la caída creo que me he roto el brazo. Nena, ya no aguanto más y esta raíz tampoco —dijo con esfuerzo.

—No, no... —Desesperada miró a su alrededor y recordó la radio. La cogió de su cinturilla y se la puso a la boca. —Bill, Bill, ¿me oyes?

—Las colinas no dejan que pase la señal.

—Mierda. —La tiró a un lado. Intentó encontrar una solución, no podía dejarle solo para pedir ayuda, no llegaría a tiempo. Al ver que tenía que levantar la barbilla para evitar ahogarse, su corazón se retorció de miedo. Tenía que subirle ya. —Necesito una cuerda.

—El látigo, nena... Está en mi caballo.

Corrió hacia allí lo más rápido que pudo, resbalándose antes de llegar al caballo y cayendo de rodillas. Gimió por el dolor en su hombro, pero se levantó lo más rápido que pudo para ir al caballo de Galen y coger el látigo enrollado. Aquello a su hombre no le serviría de nada

con el brazo roto. Tenía que sujetarse a la raíz con el otro brazo, no podría atárselo a la cintura. Angustiada buscó en las alforjas por si algo les servía de ayuda, pero solo había una botella de agua y una navaja. Por si la necesitaba se metió la navaja en el bolsillo, corrió de nuevo hasta el pozo y buscó donde atar el extremo del látigo, pero no tenía donde. La roca más cercana no soportaría su peso. Apretó los labios. Tenía que confiar en que él pudiera aguantar hasta que encontrara otra solución. Se asomó al pozo y le iluminó con el móvil. —Ya estoy aquí, amor. — Tiró el extremo del látigo y él alargó la mano para coger la cola, pero era evidente que ya no tenía fuerzas y se hundió. —¡Galen!

Su mano apareció en la superficie y cogió el látigo tirando de su cuerpo hacia arriba, lo que provocó que ella casi cayera al interior. Clavó los tacones de sus botas en el barro y aguantó lo que pudo. —¡Dime que estás bien! ¡Galen!

—Estoy bien, nena. Ya tengo la cabeza fuera.

Suspiró del alivio mientras él reía. —Mi abuela tenía razón, ¿sabes?

—¿En qué?

—Eres perfecta para mí.

Se emocionó. —Y tú para mí. —Tiró del látigo con esfuerzo.

—No pensé mucho lo que te dije aquella noche.

—Eso ya pasó.

—No, preciosa. No pasó porque lo recuerdo cada día y maldigo mi estupidez. ¿Sabes lo que pensé cuando te vi por primera vez?

Intentando reprimir las lágrimas dijo —¿Otra pesada que vende cosas?

—No, antes de eso. Cuando me volví y te vi en el porche trasero.

—¿Qué pensaste?

—Tiene la sonrisa más hermosa del mundo. —Rio por lo bajo. —Y después me di cuenta

de que no podías estar allí por las buenas.

—Cariño, tienes que ser más flexible con los vendedores de puerta a puerta. Su trabajo es muy duro, ¿sabes? Y gracias a ese trabajo te encontré a ti.

—He pasado los mejores días de mi vida a tu lado, preciosa.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas. —Cariño, hay algo que no te he contado porque...

—¿Hablas de David? Durante esos seis meses en que no nos vimos, mi abuela y yo tuvimos muchas conversaciones. Y me habló de David, de cómo murió. Además, Carl y tu hermano también me hablaron de él.

—No quería ocultártelo. Es que no sabía cuándo decírtelo.

—Le quisiste mucho, ¿no es cierto? Ibas a casarte con él.

—Durante años pensé que era el amor de mi vida y que me quedaría sola. Pero te encontré y me he dado cuenta de que lo que siento a tu lado no tiene nada que ver.

—Entiendo.

Intentando ignorar el dolor de espalda dijo —A él le quería, a ti te amo. Lo que sentía por él era un amor adolescente y lo que siento por ti es arrollador, mi vida.

—Nena, te quiero. Daría lo que fuera por envejecer contigo.

Había tal sufrimiento en su voz que ella sollozó sin poder evitarlo. —No pienso perderte, ¿me oyes? No te rindas.

—Preciosa me estoy mareando, me voy a desmayar. Dile a la abuela...

Asustada sintió que soltaba el látigo y gritó de miedo lanzándose al pozo sin pensar. De la que emergía le agarró y ambos salieron a la superficie. Como había visto en la televisión consiguió volverle boca arriba y colocándose tras él, le pasó el brazo por el cuello para mantenerle la cabeza fuera. Comprobó que respiraba y sollozó del alivio al darse cuenta de que sí. —¿Galen? —No podía ver su rostro con aquella oscuridad y asustada alargó la mano libre

tocando la tierra que la rodeaba. —¡Galen, cielo! ¡Respóndeme! —Muerta de miedo porque no sabía cuánto tiempo podría sostenerle, buscó donde agarrarse y al tocar el canto de una piedra se aferró a ella aun sintiendo que cortaba la palma de su mano. —¡Ya está! Te tengo, ¿me oyes? ¡Estoy aquí, contigo! —La postura era incómoda y más con el hombro como lo tenía, pero estaba tan asustada que haría lo que fuera. Acercó su rostro al suyo para besar su sien. —Nos encontrarán. Saben que estamos aquí y nos encontrarán. Nuestro niño que está en el cielo no dejará que nos pase nada, ¿sabes? Es nuestro ángel de la guarda. He pensado mucho en ello y él ha hecho que esté aquí, que volviera a ti y que te encontrara esta noche. Él nos protege e impedirá que nos pase nada malo, mi amor. Ya verás como sí. —Miró hacia arriba. —¿Ves, cielo? Está dejando de llover y eso es cosa suya. ¡Ayuda! ¡Estamos aquí!

Ni supo cuánto tiempo estuvo gritando. Le fallaba la voz y sentía que estaba helada. La mano de la roca ya la tenía insensible, pero lo que más le preocupaba es que Galen no se había despertado. —Vamos, cielo... ¡Ayuda! ¡Por favor, ayudarnos!

—¿Jefa?

Oír la voz de Bill la hizo sollozar. —¡Estamos aquí! ¡Cuidado con el pozo! ¡Estamos aquí! —gritó hasta que le dolió la garganta.

Una luz pasó por encima del agujero y acercó su mejilla a la de Galen. —Ya están aquí, mi vida. Ya nos sacan. —Miró hacia arriba y gritó —¡Aquí! ¡Trae algo para sacarnos!

La luz de repente les iluminó y vio a dos de sus hombres. —¡Daos prisa, ya no aguanto más!

—Corre a pedir ayuda.

El chico salió corriendo mientras gritaba que les habían encontrado. —¿Te tiro el látigo?

—¡No! ¡No quiero arriesgarme!

Bill preocupado se agachó al lado del pozo. —¿Está vivo?

—Sí, está inconsciente.

De repente vio a Daku y a su padre. —¿Cómo les sacamos? —preguntó el chico.

—Hijo súbete al caballo y vete hasta la casa. Trae la cesta de mimbre y cuerdas.

—¿Crees que entrará en el agujero, padre?

—Lo comprobaremos.

El chico salió corriendo. —¿Aguantará su peso? —preguntó Bill.

—Sí, la hicimos para el viejo perro de mi padre. Cuando era mayor casi no podía caminar con las patas de atrás y le hicimos esa cesta para que estuviera cómodo. Pesaba casi cincuenta kilos.

—Pero no es lo mismo elevar la cesta que tenerla sobre el suelo —dijo ella desde abajo.

El hombre asintió. —Lo sé, pero aguantará. La hice a conciencia.

Increíblemente le creyó a pesar del miedo que tenía en el cuerpo y susurró —Gracias por vuestra ayuda.

—Todavía no hemos hecho nada, pero os sacaremos de ahí.

Se volvió para alejarse y Bill forzó una sonrisa. —Todo irá bien. Ya han llamado a emergencias. Si su cesta no vale, ellos os sacarán.

Sollozó del alivio y Bill no pudo disimular su admiración. —Eres una jefa con todas las letras, Blondelle. Tienes agallas. El jefe tiene suerte.

Pensó en ello y miró a Galen. Se acercó para sentir su respiración y susurró —¿Le has oído, mi vida? No sabe que la suerte la he tenido yo. Suerte de encontrarte, de que lucharas por mí y que fueras a buscarme. Porque hubieras insistido hasta que me rindiera, ¿no es cierto? Tú luchas por lo que quieres y te diste cuenta de que me querías a mí. Y te voy a demostrar que yo no pienso fallarte. Jamás, mi amor. Jamás te fallaré.

Cuando la cesta llegó ante ellos, Blondelle se preguntó cómo iba a conseguir colocarle allí dentro sin soltar la piedra. La cesta de mimbre flotaba en el agua y tendría que hundirla para colocar a Galen encima. Mordiéndose el labio inferior, elevó su pierna empujando la cesta hacia ellos con la punta de su bota. Respiró hondo y miró hacia arriba donde sus hombres les observaban. Tendría que soltar la piedra, no quedaba otra opción. Venga, Blondelle... Soltó su mano y a toda prisa agarró el borde de la cesta empujándola hacia abajo. Gritando del esfuerzo consiguió hundirla lo suficiente para que la mitad del cuerpo de Galen se recostara sobre ella y esta al flotar, ya sostuvo su peso. Respiró del alivio mientras arriba gritaban de la alegría. Intentó subir sus piernas, pero era imposible, así que cogió una cuerda y le ató las presillas del pantalón vaquero a las cuerdas que sujetaban la cesta por sus cuatro lados. Esperaba que no volcara. Muerta de miedo por si tenía una mala caída le vio subir. Rezó a cada metro que ascendía y sollozó cuando llegó al borde, pero la cesta no aguantó su peso rompiéndose en un lateral justo cuando Bill lo agarraba. Gritó de miedo, pero pudieron sacarle. Estaba fuera, estaba fuera. Se agarró a la cuerda que le acababan de tirar. No se sentía capaz de subir por ella, así que debería esperar a que llegaran los de emergencias para sacarla, pero le daba igual porque Galen ya estaba fuera. Impaciente miró hacia arriba y gritó —¿Está bien?

—¡Sí, respira! —dijo Bill para su alivio—. ¡Pero tiene un tajo muy feo en el costado!
¡Ahí llegan los sanitarios!

Escuchó el sonido del helicóptero y aferrándose a la soga susurró —Vamos, vamos.

Un hombre con chaleco fosforito se acercó. —Hostia. —Se arrodilló al lado del pozo viéndola temblar. —Te sacaremos.

—¡No, antes atendedle a él!

—Bea ya está con él, no te preocupes.

—Bea... —dijo entre dientes antes de gruñir.

—¡Tom, tengo que llevármelo! —escuchó que gritaba Bea.

Se le cortó el aliento.

—¡Tiene hipotermia, está al borde del shock! ¡Trae una manta térmica!

—¿Bea? ¡Bea llévate!

El rostro de la mujer apareció en el pozo. —¿Estás bien?

—Sí, sí llévate.

—¿Puedes aguantar? El otro helicóptero estará al llegar.

—¡De acuerdo! ¡Daos prisa!

Bea desapareció y apenas dos minutos después escuchaba como el helicóptero se iba. Bill apareció arriba con los labios apretados como si aquello no le gustara un pelo y ella sonrió. — Estoy bien.

—¿Podrías atarte la soga bajo los brazos? Podemos intentarlo. Entre todos te subiremos en un suspiro.

Daku se asomó al pozo. —Apoya los pies en la pared para que no te arrastren por ella al subir.

—Que fácil es decirlo —dijo por lo bajo cogiendo el otro extremo de la soga y pasándosela alrededor de su torso. Aquello tenía pinta de que iba a doler. Con las manos temblorosas del frío, se ató el nudo lo mejor que pudo y se agarró a la soga con ambas manos. — ¡Lista!

—¡Apoya los pies! —gritó Daku.

—Vamos chicos.

Apoyando los pies en la pared sintió el primer tirón y la soga subió por encima de sus pechos provocándole un dolor horrible en la herida, pero lo peor es que tenía que levantar el brazo, lo que la estaba matando. Las piernas cayeron y gritó intentando que la cuerda no se le resbalara más y le saliera por la cabeza, así que hizo presión en los brazos sufriendo horrores. La

subieron más arrastrándola por la pared de tierra y el pánico la invadió cuando sintió que su nudo se deslizaba. Sin fuerzas gritó aferrándose a la cuerda y a punto estuvo de caer cuando alguien la agarró por la cinturilla del pantalón subiéndola como si no pesara nada. Al caer al suelo solo pudo sentir alivio y ni supo cómo se volvió para ver las caras de los suyos sobre ella. Sonrieron y ella les correspondió. —Gracias chicos.

—Un placer, jefa —dijo Bill antes de ponerle una manta por encima—. Un auténtico placer.

Sentada al lado de la cama de Galen estornudó, gimiendo después por el dolor que traspasó su pecho. Se tomó un sorbo del caldito que le había pedido Hillary, que preocupada se acercó a ella para ponerle por encima de los hombros la bata que le había llevado. —Estoy bien —dijo casi sin voz.

—No, no lo estás. Estás hecha un guiñapo y mi chico también.

—Nos repondremos. Se despertó en el helicóptero. —Sonrió radiante. —Preguntó por mí. Ahora está drogadito por la anestesia, pero se pondrá bien. Y después de esto prepararemos una boda por todo lo alto.

Hillary sonrió. —No dejes que racanee.

—Ja, lo tiene claro. —Al ver que la abuela perdía la sonrisa mirando a su nieto susurró —Todo irá bien.

—Ha intentado matarnos. Todavía no me lo puedo creer. ¿Qué he hecho mal?

—Estoy segura de que tú no has hecho nada mal. Solo hay que ver cómo quieres y proteges a tu nieto.

—Tu madre ha tenido quince hijos y todos la adoran. Algo he tenido que hacer mal. Le he consentido tanto que solo quería más. Jamás piensa en los demás solo en él. —Se sentó en la

silla a su lado y Blondelle dejó el caldo sobre la mesilla para coger su mano. Hillary sonrió con tristeza. —Va a ir a la cárcel. Jamás me imaginé que pudiera ocurrir algo así.

—Y no es tu culpa. Todos tomamos malas decisiones y él ha tomado la peor de todas. Tú le criaste, le diste amor y si no ha sabido verlo no es responsabilidad tuya.

La miró divertida. —¿Cuándo tomaste tú una mala decisión?

—Cuando me subí a ese coche para irme con intención de no volver. —A Hillary se le cortó el aliento. —Tenía que haber luchado por él. Sabía cómo era, me di cuenta desde el principio, pero no luché por él. Fue Galen quien luchó por mí.

—No digas eso, te hizo daño.

—¿Qué podía esperar de un hombre al que habían abandonado sus padres? ¿Al que la única novia que había tenido, le había engañado de la peor manera? Recibí un zarpazo de un animal herido que no quería mostrar sus sentimientos y en lugar de enfrentarme a él, hui. Tenía que haber pensado en todo lo que me hizo sentir, lo tierno que fue conmigo mientras me hacía el amor, la pasión que mostró a mi lado y como me besaba como si me necesitara, pero todo eso lo dejé a un lado por unas frases que solo buscaban protegerle de que le hiciera daño. Y no lo vi.

Hillary emocionada apretó su mano. —La frustración en su rostro cuando te fuiste me retorció el corazón. Sabía que no quería que te fueras, pero no hizo nada.

—Lo hizo después, cuando recapacitó, cuando se dio cuenta de que éramos uno.

—¿Sabes que durante unos días ni fue a trabajar?

Se le cortó el aliento. —No.

—Se quedaba sentado en el porche mirando el camino como si esperara que volvieras, daba las órdenes desde allí. Parecía que no quería irse de la casa por si volvías. Como si no quisiera perderse tu llegada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

Se echó a reír tan emocionada como ella. —Parecía contrariado, como si no se esperara lo que estaba pasando. Recuerdo el día que volvió a trabajar, vio los catálogos que estaban aún en la cocina y siseó —Voy a tener que comprar la maldita maquinaria.

Rio por lo bajo. —Al final ha comprado mucho más, está empezando a soltarse. Va a ser una boda de primera.

—Y que lo digas, nena.

Sorprendida miró hacia él y se levantó lo más rápido que pudo para acercarse a su hombre. —¿Cómo estás?

—Como si me hubiera arrollado la manada.

Sonrió. —El cirujano ha dicho que el corte en el costado no ha dañado nada importante y te ha cosido. Te repondrás pronto.

—¿Y tú?

—Yo estoy perfecta.

Él cerró los ojos como si estuviera agotado. —No me creo nada. ¿Abuela?

—Su herida se ha abierto de nuevo y le han tenido que coser la mano por un corte muy feo. Aparte de la ronquera y que le duele todo, está bien.

Él abrió los ojos e intentó levantar la mano para acariciarla, pero se dio cuenta de que tenía el brazo escayolado. —Mierda.

—Sí, vaquero. Vas a tardar en subirte a un caballo. —Se acercó y besó sus labios. —Pero tranquilo, que ya estoy yo aquí.

Se miraron a los ojos mostrando todo lo que se amaban. —Y jamás me fallarás.

Se le cortó el aliento. —Lo oíste.

—Creí que era un sueño.

Blondelle sonrió. —Pues te voy a demostrar que mi amor es muy real, vaquero.

—¿Para siempre?

—Para el resto de nuestra vida.

Epílogo

—¡Hija, estate quieta! —protestó su madre mientras intentaba abrocharle la multitud de botones que tenía a la espalda el vestido de novia de encaje.

Hillary soltó una risita asegurándole las horquillas del primoroso recogido que le habían hecho hacía dos horas. —Mi nieto no tendrá paciencia para quitarte eso.

Sonrió maliciosa. —No, ¿verdad? Se va a poner frenético intentando desabrocharlos.

—Esta hija mía... —Su madre rio por lo bajo.

—Hillary, ¿ya ha llegado?

—Claro que sí, niña. Se está duchando después de supervisar el trabajo.

—Rancheros —dijo su madre exasperada terminando de abrochar el último botón—. Nunca dejan de pensar en el trabajo.

—Bill está algo pachucho desde la despedida de soltero y no está en su mejor momento para dirigir a los hombres —dijo Blondelle mirándose al espejo—. ¿Qué os parece?

—Que estás preciosa —dijeron a la vez.

Los invitados estaban llegando y se oían muchas voces en el piso inferior. —Va a ser una fiesta de primera —dijo Hillary mirando por la ventana—. Niña, el cura ya ha llegado.

—Perfecto.

—No, perfecto no, falta algo. —Se volvieron para ver a su padre que emocionado la

miraba de arriba abajo. —Hija, estás preciosa.

Cogió su voluminosa falda y caminó hasta él para darle un beso en la mejilla. —Y tú estás muy guapo con ese traje gris, papá.

Su madre con los ojos llenos de lágrimas susurró —Parece una princesa. Siempre hemos pensado en este día y ya ha llegado, Marc.

—Mamá no llores. —Sus ojos mostraron su ilusión. —Me caso con el amor de mi vida. —Miró sorprendida a su padre. —¿Dices que me falta algo? No, llevo de todo. Algo azul la liga, algo prestado el reloj de Hillary, algo nuevo el vestido... ¿Qué me falta?

—Esto.

Su padre abrió su mano mostrando un hermoso guardapelo de oro. Sintiendo que se le cortaba el aliento lo cogió de su mano. —Papá es precioso.

—Ábrelo.

Ella abrió la tapita y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver dos fotos. La primera de sus padres juntos y la otra de ella montada a caballo con el rancho detrás. —Es para que sepas que siempre estarás con nosotros por muy lejos que te encuentres. —Se echó a llorar abrazándole con fuerza y su padre la pegó a él cerrando los ojos. —Venid a vernos de vez en cuando, ¿de acuerdo? Quiero ver ese brillo de felicidad en tu mirada y no solo por videollamada.

—Hecho. —Le besó en la mejilla y se apartó. —¿Me lo pones?

—Por supuesto.

Se volvió y su padre cerró la cadena a su espalda. Lo acarició mirando a su madre que no dejaba de llorar. —Por favor mamá, no quiero que estés triste.

—No, hija... Son lágrimas de felicidad. Porque después de estos días a vuestro lado, estoy segura de que haces lo correcto. Solo hay que veros juntos.

Sonrió. —Sí, hago lo correcto. —Escuchó risas y como sus hermanos jaleaban al novio.

—Ha llegado la hora. —Cogió el brazo de su padre muy emocionada y Hillary se acercó para pasarle un pañuelo por las mejillas. —Gracias abuela.

—No, gracias a ti por traer la felicidad a esta casa. He perdido un hijo, pero he ganado una nieta que vale mil veces más. —La besó en la mejilla y fue hasta la puerta como su madre. —A por él, chica.

En cuanto salieron miró a su padre. —Así que ya no te parece tan mal el australiano, ¿eh?

—Es pasable —dijo poniéndose serio. Blondelle se echó a reír y Marc le guiñó un ojo antes de salir de la habitación. Bajaron las escaleras encontrándose a muchos de sus hermanos allí y su padre dijo aparentando exasperación —¿Queréis ir a sentaros?

Nadie le hizo ni caso. Mirando a Malcom a los ojos se emocionó y este dijo —Eres la novia más preciosa que ha habido nunca. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

Mientras las lágrimas no dejaban de fluir uno por uno fueron besándola todos hasta llegar a su hermano mayor que la miró fijamente a los ojos. —Blondi...

—¿Sí, Marc?

—Este sí. —Ella sonrió de oreja a oreja mientras la besaba en la mejilla. —Te deseo toda la felicidad del mundo, pequeña.

—Gracias. —Cuando su hermano se apartó mostró a Carl que estaba allí con su ramo de novia. Se echó a reír. —¿Qué te parece mi dama de honor, papá?

—Que no podías haber elegido mejor.

Blondelle cogió su ramo y le abrazó intentando demostrarle todo lo que le importaba. —Gracias por tu apoyo.

—Gracias por tus consejos.

Lo dijo de tal manera que entrecerró los ojos antes de mirar su rostro. —¿Ha venido?

Él sonrió y ella chilló de la alegría abrazándole de nuevo. —Al parecer le ha dado pena

que no tuviera con quien venir y ha aceptado. Y es cierto, es muy tímida.

—Ya la soltarás tú. —Se apartó ilusionadísima. —Esto empieza genial. —Cogió el brazo de su padre de nuevo y dijo —Vamos, vamos que mi novio se impacienta.

Sus hermanos rieron viendo como casi tiraba de su padre hasta la puerta para rodear el porche e ir hacia la parte de atrás de la casa. Todo estaba lleno de rosales blancos y al fondo del jardín se había instalado un cenador plagado de rosas del mismo color donde esperaba el sacerdote. La familia Quirk flanqueó a la novia deteniéndose ante las escaleras del porche. Los invitados se pusieron a aplaudir y sonrió viendo varias caras que ya conocía, como Toro o Bill que estaba muy guapo de traje. Ver a Bea no le gustó tanto, pero era lo que había, al final se harían amigas y todo. Se preguntó dónde estaba su novio y de repente apareció al final del pasillo seguido de Martin y la miró de una manera que le cortó el aliento. Estaba guapísimo con su traje gris y la rosa en la solapa. —Mírale, papá. Por esa mirada recorrería el mundo, ¿cómo no voy a recorrer solo la mitad?

Marc asintió. —Pues vamos allá. —Bajaron los escalones con toda su familia detrás y recorrieron el largo pasillo. No podía mirar a nadie más que no fuera a él y todas las promesas que decían sus ojos. Y eran muchas, pero la más importante es que la amaría siempre. Cuando llegaron hasta él, su padre dijo —Te entrego a mi hija y os deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias Marc. —Cogió la mano de Blondelle. —Te juro por lo más sagrado para mí que son las tierras que pisamos, que me dejaré la piel para conseguir que sea feliz a mi lado.

Ambos miraron al sacerdote que sonrió mientras los demás se sentaban. —Amigos, familia, estamos reunidos aquí para unir en sagrado matrimonio a Blondelle y a Galen...

Estaban en la pista de baile y le abrazó por el cuello. —Ha sido perfecto, gracias por esforzarte tanto para que estuvieran todos aquí.

—Tampoco ha sido para tanto, nena. Solo había que contratar a las personas adecuadas.

—Todavía no me puedo creer que hayan venido todos.

—Y volverán para el nacimiento.

Se le cortó el aliento. —Lo sabes. —Él se echó a reír. —¡Galen, quería sorprenderte!

—Es que sé contar, preciosa. Y en los últimos tres meses nada de nada.

—Vaya, ¿y ahora qué te regalo? —Se mordió su labio inferior pensando en ello antes de que sus ojos brillaran de la alegría. —Pues no se me ocurre nada más, voy a tener que doblar la oferta. ¿Qué te parecen gemelos?

Él sonrió hasta que vio la picardía en su mirada. —¿Son gemelos? —preguntó pasmado.

—Sí.

Se echó a reír cogiéndola de la cintura y elevándola. —Felicidades —dijo Bea a su lado bailando con Martin mientras sus hermanos aplaudían.

—Gracias —dijo ella. Él la dejó en el suelo y abrazada a su cuello susurró —¿Te gusta mi regalo?

—Es el broche de oro para un día estupendo, mi amor. —Besó suavemente sus labios. —Tendremos una gran familia.

Ella miró a su alrededor. Vio como todos se divertían. Como Carl besaba tímidamente a Elisabeth sonrojándola. Vio pasar a Toro hablando con Bill, que reía a carcajadas, y a su madre hablando con Hillary. —Ya tenemos una gran familia, mi vida. —Le miró a los ojos. —Somos muy afortunados.

Sus ojos expresaron todo lo que la amaba. —Sí que soy afortunado, he conseguido tu amor.

—Y lo tendrás para siempre.

FIN

Nota de la autora:

Quiero agradecerlos todos estos años en los que habéis seguido mis historias con pasión. Soy muy afortunada de teneros y de que siempre estéis ahí impacientes por mis novelas. Es algo que quiero agradecerlos de corazón. Por eso debo advertiros que de hace un tiempo a esta parte han salido varias autoras que sospechosamente tienen un nombre muy parecido al mío. Yo exclusivamente publico con el nombre de Sophie Saint Rose o el de Eli Jane Foster, ambos debidamente registrados. Cualquier otro nombre similar no soy yo, ni aunque tenga una portada parecida o el mismo título. Estas imitadoras no solo me perjudican a mí, sino que os engañan a vosotras, por eso os ruego que os aseguréis de que es mi nombre el que aparece en la portada. De todas maneras, si os queréis cerciorar de que la novela es mía, siempre aviso de mis publicaciones por redes, así que os aconsejo que me sigáis por allí. Os envío un abrazo muy fuerte y espero que os haya encantado la novela. Un besazo enorme.

Sophie Saint Rose

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)

- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo

- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí

- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras

- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo

- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti
- 216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.